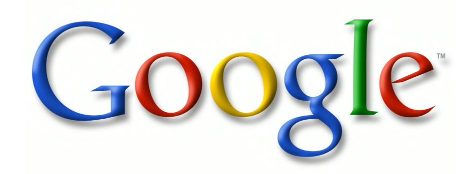
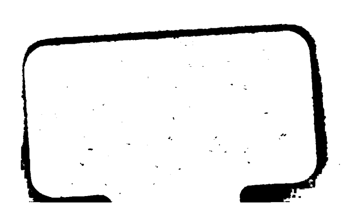




COSTUMBRES POPULARES.

ESCENAS COPIADAS DEL NATURAL

POR

Un Desocupado.



HABANA.
LIBRERÍA "LA PRINCIPAL", EDITORA.
Mercado de Tacon núm. 36.
1881.

Imprenta LA IDEA, Estrella esquina á San Nicolás.

UNA MUDADA DE CASA.

Viviendo en la calle de.... (no importa al caso,) casa número.... (mucho ménos,) tenía por vecina á una tal doña Ruperta, madre de tres *pimpollitos* que en su tiempo no digo que hubieran sido feas, pero la fecha era ya demasiado larga y no conservaban ni pizca de hermosura. Se llamaban Yeya, Sana y Belica.

Yeya ó sea la primogénita, era como de cuarenta años, gruesa, cara mofletuda, barrigona hasta lo sumo, prieta como un carbon, y tenía la cabeza á consecuencia de las jaquecas con tan poco cabello, que todos la llamaban la "Pelona. Era de muy mal carácter y fumaba brevas mayúsculas.

Sana, dos años menor que Yeya, tenía los ojos chiquitos y embutidos, la nariz chata, el talle larguísimo, una boca que más bien era un boquete y un pié feroz. Le gustaba mucho el baile y cantaba como una chicharra.

Belica, aunque era la de ménos edad, parecía la más vieja, alta, delgada como un fideo, tenia la cara picarazada de viruelas, la nariz puntiaguda, usaba gafas y le agradaban mucho las novelas.

Doña Ruperta se conservaba fuerte aún y agenciaba lo necesario para su casa; hacía diez y nueve años que estaba viuda y treinta y dos que vivia la casa donde la conocí.

Sus hijas se empeñaron en mudar de barrio y ella que siempre las había complacido no quiso contradecirlas. A todos los vecinos y conocidos les encargó doña Ruperta que le buscasen una casa grande, bonita, en buen punto, con pluma de agua, ventanas, que fuera seca, que no tuviera chinches, pulgas, cuca-

rachas ni ratones, y por último, que no la exigieran mes en fondo ni fiador.

Una mañana que como de costumbre salí á mis diligencias, oí que me gritaban:—Eh!....*Vesino*....Oiga, don *Vesino*!!—Volví la cara apresurado y ví á doña Ruperta que con un brazo fuera de la ventana, me hacía señas para que me acercase.

—¿Que se le ofrece á V. señora?

—Dispense el atrevimiento, pues ni V. tiene el honor de *conosernos* á nosotras, ni nosotras el de *conoserlo* á V. más que de vista; pero ya que V. anda siempre por la calle, quiero *mereserle* un favor.

—Diga en qué puedo servila y lo haré con mucho gusto.

—Es poca cosa, para que si vé alguna casa desocupada por ahí, que tenga las comodidades *nesesarias* y sea apropósito para una familia *desente*, me avise donde está ó que me traiga la llave.

—Será V. servida.

—Muchas *gracias*, don...... Cómo se llama V.?

—Pantaleon.

—Pues muchas *grasias*, don *Pantalonsito*; pero no lo eche V. en saco roto, por su *madresita* se lo pido, mire que estas muchachas de los diablos me tienen llena por otra casa.

—Procuraré complacerla cuanto ántes.

—¿Tardarás mucho en encontrarla?

—No sé.

—Nada, en cuanto la veas vienes y me avisas, porque tú tendrás poco que *haser*, verdad?

—No mucho,—contesté algo amostazado por el tuteo.

—Ya lo vés!....En qué te ocupas?

Esta pregunta hecha de sopeton me desconcertó un poco, sin embargo le respondí:—En nada.

—¡Si yo *conosco* las personas á la legua!....Con eso podrás servirme de fiador.

—¡Yo fiador!....En cuanto á eso....

—¿Quién mejor que tú que vives sin *haser* nada?

—Señora, son las diez, voy á almorzar.

—Que te haga buen provecho. Adios.

Regresaba por la tarde á mi morada sin haberme ocupado de la comision de doña Ruperta y la encontré esperándome.

—¿Que tal, que tal, hijito, ya sabes de alguna?

—Señora, no hay ninguna casa vacía en toda la Habana.

—Debian fabricarlas expresamente para los pobres en el campo de Marte y en el paseo que bastante terreno tienen *desperdisiado*!....Qué vamos á *haser*!....

—¿Quieres pasar adelante?

—Otro dia, señora.

—Llámame Ruperta, ya tú eres para mí como de la familia. Quiero que *conoscas* á mis hijas. ¡Yeya! ¡Sana! ¡Belica!

—No las moleste V.

—Si ellas quieren *conoserte* para darte las *grasias* por haberte brindado á buscarnos casa.

—¡Yo!....

—¡Yeya! ¡Sana! ¡Belica!

Viendo que sus hijas no contestaban fué á buscarlas; yo me quedé en la ventana esperando el resultado. Al poco rato salieron las cuatro.

—Hijas mias, este es el *cabayero* que me ha *ofresido* conseguirnos casa y que Vds. tenian tantos deseos de *conoser*.

—¿Pantaleon?

—El mismo.

Belica que parecia ser la más literata hizo uso de la palabra.

—Nos hará V. un favor inmensísimo, don *Pantealon*, pues en esta mansion hemos sido los seres más *desgrasiados* de esta mísera humanidad; aquí sufrimos el golpe furibundo de ver *espiritualisarse* al autor de nuestros *insipientes* dias, y aquí es una calle tan poquísimo transitable, que vamos á morir de pasion de ánimo ocasionada por la soledad.

—Entónces Yeya morirá primero; pero de hidropesía.

—Yo quisiera una casa donde pudiéramos dar bailes y *soireses*.

—Veremos si la encuentro. Adios.

—A mi me gustaría una por donde *crusara* bastante *concurrensia* de gente!

Doña Ruperta que estaba lela observándolas exclamó con regocijo.

—Qué locas son! ¡Lo mismito que yo en mi juventud!

Penetré en mi casa que estaba á la otra puerta, y como las divisiones eran de tablas, oí la siguiente conversacion:

—Mamá, ese joven *parese* ser muy *complasiente*; he quedado encantada de su trato.

¡Ay! Si fuera igual al de la novela un "Jóven simpático" de *Paulo di Coqui!*

—Tú tienes la *cabesa* descuajeringada con las novelas. Lo que interesa es que mañana á más tardar salgamos nosotras á buscar casa, aunque sea en los quintos infiernos.

—¡Yo, loca!.... Mejor fuera que no fumaras esas *rasiones* de tabaco tan *promulgativas* que te *giede* muy mal el aliento. Eso está bueno para el *seso* varonil y feo!

—Cada una *hase* lo que le dá su regaladísima gana. Sió, hética!

—¡Y tú, barriguilla! ¡Vaca frita!....

—¿Qué gritería es esa, demonios?.... A ver si se dejan de belenes.

—Es Yeya....

—Belica fué....

—Las dos son buenas. Ya tengo deseos de mudarme, á ver si encuentro algun aburrido que cargue con Vds.

Despues de apaciguada la tormenta crucé por la ventana y ví á doña Ruperta durmiendo en un sillon, á Belica leyendo un periódico, á Sana cantando la *Guabina* y á Yeya tejiendo crochet y fumando un enorme coracero.

Al dia siguiente por evitar un encuentro con doña Ruperta salí más tarde que de costumbre; fué tanta mi desgracia que apénas asomé la cara me llamaron las vecinitas.

—Don *Pantealon*, vá V. á tener la bondad de acompañarnos á buscar otra mansion.

—Señorita, yo....

—Nada, en lugar de estar de vago por esas calles de Dios,

rompiendo zapatos y buscando enfermedades, irás con nosotras. Las *niñas* tienen mucho miedo por lo que pasó el otro dia, á una señora en una casa *vasía.*

—¿Qué le pasó?

—Que tres arrastrados al verla entrar sola, le robaron hasta la ropa que llevaba puesta y luego la dejaron *enserrada* en la *cosina.*

—¿Y nadie la defendió?

—A los gritos acudieron los *vesinos* y la salvaron de una muerte segura. Yo me *horripilisé* cuando lo supe.

—Por eso queremos que nos acompañes, *Pantalonsito.* Vamos, niñas....Tu vás á mi lado, hijito, no sea que vaya á creer la gente que eres novio de alguna de las muchachas.

—Bien.

Cerré la puerta y empezamos nuestra excursion. Sana iba delante, luego Belica y Yeya, y detrás yo con doña Ruperta. Cuando veían una casa cerrada, me hacían preguntar á los vecinos si estaba deshabitada. Por fin, en la calzada de S. Lázaro encontramos una. Belica fué la primera que la vió y exclamó, llena de gozo:

—¡Victoria! ¡Victoria! Aquí estaremos rodeadas de las brisas de la mar y nuestros pechos respirarán *dulsemente* contraidos.—El papel de la casa decía: "Se alquila, la llave está en la bodega, tratarán de su ajuste en Marianao.

—Ves á buscar la llave, hijito.

La traje y entramos.

—Quítala de la *serradura* que puede pasar algun *grasioso* y dejarnos *enserrados.*

Despues de haberla registrado minuciosamente, preguntó doña Ruperta á sus hijas:—Estareis contentas aquí?

—Sí, sí.

—Vamos para casa *entonses*; *Pantalonsito* irá ahora en un momento á *Marianado* á hablar con el dueño. Toma, hijito, toma ocho *riales* para que pagues el tren.

—Qué disparate, señora!....Casualmente tengo que ir esta tarde allá, de paso puedo traerle la razon.

—Bien, salgamos.

Yo fuí el primero; detrás salió Yeya con tanta prisa, que tropezó conmigo en el escalon de la puerta y fuimos los dos al suelo.

—Ay! exclamó agarrándose de mí.

Jesucristo! dije yo pues poco faltó para que me aplastase. Me levanté como pude y ayudé á levantarse á Yeya que, al ver á su madre y á sus hermanas riéndose les dijo:

—Vaya una *grasia!* Cómo si esto fuera paso de risa!

—Si fueras delgada como yo no te hubiera *susedido* eso.

—Belica, mira que....

—Eh! Se concluyó. *Sierra* la puerta, *Pantalonsito.*

Despues de haberla cerrado, doña Ruperta se dirijió á una pardita que estaba en la otra casa asomada á la ventana.

—Dime, hijita, tú sabes si *hase* mucho tiempo que está *vasía* la casa esa y cuánto ganaba?

—No puedo *satisfasé* á la señora porque ayer fué cuando me mudé.

—Dispensa, hijita.

—No hay de qué. Vaya con Dios la señora.

Cuando llegamos á la esquina entabló doña Ruperta con el bodeguero el diálogo siguiente.

—Dígame, don Jaime, V. *conosia* á los que vivieron en esa casa?

—Comu ca ma llevarun siete reales de vacaladu fritu y da frijoles negrus y no ma lus pagaron, mire V. si lus conoseré. Pero lo que es daquí en adelante, no le fio ni un medio mes ni á mi padre.

—Y eran blancos?

—Dicen así; peru yu creyu ca Seboruco era medio capirru.

—Ese Seboruco tenía mujer?

—Una mulate mes fea ca yo tres veces.

—Y el *vesindario* es bueno?

—Ya lo creyu! Todus ma pagan religiosamente purque á ninguno le fio ni un centavu.... Conque si V. sa muda pur aquí, ya sabe ca tiene mi casa á su disposisió. Nu se dan contras.

—Muchas *grasias.* Adios.

—Adeu.

Seguimos nuestra marcha, no sin hacer alto á cada momento para que doña Ruperta pudiera hablar con sus amigas. Por fin, despues de dos horas de camino llegamos al punto de partida, cubiertos de sudor y de polvo.

—Vé, *Pantalonsito*, vé ahora á *Marianado.*

Partí en seguida á tratar del ajuste de la casa con idea de que se mudaran mis vecinitas y no volvieran á molestarme más. Por fortuna, el dueño era amigo mio, y se conformó con que yo respondiera del importe de los alquileres. Satisfecho del buen resultado de mi viaje, volví donde doña Ruperta y la dije:

—Tenga V. la llave, señora; la he ido á buscar á la bodega con un papelito que me dió el dueño para que me la entregaran.

—Cuánto gana la casa?

—Cuarenta pesos billetes, mensuales.

—Qué cara!.... Y con qué *condisiones?*

—Con la de pagar con puntualidad.

—A eso no hay quien me gane. Dios te lo pague, hijito.

—Muchas *grasias*, don *Pantealon.* Desde hoy en adelante serémos amigos sin *cumplimentasiones.*

—Está V. satisfecha del resultado de mi comision, doña Ruperta?

—A tal extremo que el dia de tu santo voy á regalarte un *maso* de tabacos.

—Yo un pañuelo.

—Yo una petaca de crochet.

—Y yo una relojera para cuando tengas reloj.

—Muy bien, hijas mias.

—Eso no merece la pena.

—Qué pasen Vds. muy buenas noches.

—Buenas noches. Vamos á descansar, hijitas, para levantarnos tempranito y *empesar* á arreglar los tarecos con *despasio.*

Desde las tres de la madrugada llamó doña Ruperta á sus hijas, armando una algazara infernal para hacerlas dejar la cama

Por evitar que me dieran otra comision como la del día anterior, hice propósito de no salir; pero de nada me valió; doña Ruperta ántes de que aclarase empezó á llamarme por el patio. *¡Pantalonsito! ¡Pantalonsito!*

—[Qué se le habrá salido?......]Mande V.

—Ven acá, hijito, para que me hagas el favor de apearme una maleta que tengo *ensima* del escaparate.

—Allá voy...... Buenos dias.

—Buenos dias.

—Cuál es el escaparate?

—El de la *losa*, que está en la *cosina*.

—Eso no es maleta, doña Ruperta, es un baul y de los grandes.

—Ahí es donde guardamos los trapos viejos, para vendérselos al chino trapero.

—Hay aquí alguna escalera?

—Te pondremos una mesa de tijera con una silla *ensima*.

—Puedo caerme.

—Entre las cuatros te *resibirémos*.

—Pues á ello.

Colocaron la mesa delante del escaparate con la silla encima; subo muy determinado, y al echarle mano á la agarradera del baul, me dió tan fuerte picada un alacran, que pegué un grito horroroso. Belica y Sana se asustaron y echaron á correr; pero en la huida me tumbaron la silla y tuve que agarrarme á la corniza del escaparate para no caer.

—Bájate, hijito. ¿Qué fué? ¿Porqué gritaste?

—Porqué me ha picado un alacran.

—Eso no es nada, ahora verás.... Trajo doña Ruperta unos cuantos dientes de ajos y me los restregó en la mano. Ya estás curado, vuelve á subir.

—Que vuelva á subir? Dispense V. señora; pero no soy acróbata ni marinero.

—A ver si con esta horqueta puedes tirarlo al suelo.

—Veremos.

Despues de mucho trabajo logré echar abajo el baul; el alacran estaba todavía en la agarradera.

—*Pantalonsito*, mira, mira el alacran que te picó!.... Mátalo!

—¡Cuidadito con matarlo! Yeya, trae el pomo de *aseite* del esquinero, miéntras yo agarro el alacran con las *tenasas*.

—Lo vá V. á guardar para memoria?

—Lo voy á meter en el pomo, porque es muy conveniente en una casa el *aseite* de alacran.

—Para qué?

—Para muchas cosas. Para la *irritasion*, la disentería, el mal de piedra....Yo siempre lo tengo por lo que pueda *suseder*.

—El baul lo vá V. á dejar aquí?

—Voy á meter en él las *casuelas* y los jarros de lata.

—Y los trapos que están dentro?

—Los dejamos en el patio ó en la *cosina*....No, mejor será tirarlos en el *poso*, con eso no dirá el dueño de la casa que se la hemos dejando *susia*.

Cargó con los trapos y los zambulló en el pozo; llenó el baul con los enseres de la cocina y lo colocamos en la sala.

—Pero cuándo es la mudada?

—Mañana.

—Y mudándose mañana desde hoy está V. arreglando los muebles?

—Conviene tenerlo listo todo para cuando lleguen los carretones. Apropósito, *Pantalonsito*, vás á ir á ajustarme dos en la *ajensia* de la *calsada* de Galiano, porque esas cosas las *hasen* mejor los hombres que las mujeres.

—Al momento.

—Antes ayúdame á desarmar el escaparate.

—Para eso es necesario un carpintero; más vale dejarlo así. ¿Dónde vá V. á meter la ropa que tiene dentro?

—Es verdad....Mira, apéame la *losa* del armario para ponerla en un barril con la ropa *susia*.

—Ya está V. servida.

—*Sáfame* las tendederas del patio y enrróllalas.

—Qué más, doña Ruperta?

—Por ahora más nada.

—Entónces me retiro. Adios.

—Adios. . . . Yeya, *sierra* la puerta no vayan á llevarse algo.

Al ir á cerrar Yeya, le preguntó una vecina. ¿Qué es eso, se mudan Vds.?

—Mañana.

—Adónde?

—A la *calsada* de San *Lásaro.*

—Yo tambien tengo deseos de mudarme; esta calle es muy triste, nadie pasa por ella. . Dime, el *vesino* es pariente de Vds?

—Porqué me lo pregunta?

—Como ayer ví que salió con Vds. á paseo. . . .

—Tiene algo de particular?

—Nada. . . . pero como de las seis de la mañana estoy en la ventana y no lo he visto entrar en tu casa y ahora le veo salir. .

—¿Sabe que V. es fijona? Eso de andar *agüaitando* las *operasiones* de los *vesinos* es de gente murmuradora y *lengüi-larga.*

—Ave María purísima! qué aprisa te incomodas, hijita, *pareses* de merengue en plato.

—¡Vaya V. á *freir tusas!* le contestó furiosa Yeya, cerrándole la puerta. Yo seguí mi camino sin hacer caso de la disputa. Despues de haber ajustado los dos carretones en la agencia de mudadas, volví á casa de doña Ruperta y,—señora, le dije, cuestan ocho pesos los carretones; mañana á las siete vendrán. El pago ha de ser adelantado.

—Y tú los pagaste?

—Yo?. . . . . . No, señora.

—*Entónses* me los prestarás, ya tengo el escaparate *serrado* y no lo abro hasta que estemos en la casa nueva; allá te los devolveré.

—Siendo así, vayan los ocho pesos.

—*Grastas.* Hombre, *Pantalonsito!* quisiera que buscases al

negro viejo que friega los suelos y fueras con él á enseñarle la casa.

—No es necesario que yo vaya; él sabe las calles.

Por fortuna, el negro pasaba por la esquina y doña Ruperta lo llamó.

—Cuánto quieres por fregar los suelos de una casa?

—Cuánto cuarto só, niña?

—Cuatro, la sala y el comedor; pero ha de ser hoy mismo.

—Tres pesos.

—Qué *dises*, viejo?.... Es muy caro.

—Si la niña da dó peso ahuora adelantá, camina payá cummigo.

—*Pantalonsito*, dale los dos pesos á este demonio y son *dies* los que te debo. Taita Pancho, que queden bien.

—Dónde é?

—Este jóven te llevará. Vé, *Pantalonsito*, y vuelve pronto.

Figúrese el lector de qué buena gana iria; sin embargo, como me tenía de su parte me resigné. Fregó los suelos el negro, tarea que duró desde las doce hasta las cuatro.

—Ya están fregados los suelos, señora; aquí tiene V. la llave. Me voy á comer.

—Por si acaso no vuelvo á verte hoy, *Pantalonsito*, mañana ven tempranito para que tengas cuidado con los de la *ajensia*.

—Será V. complacida.

Al dia siguiente desde las cinco de la mañana me llamó doña Ruperta: *Pantalonsito, Pantalonsito!* ya es hora.

—Todavía es temprano.

—No importa, ven acá.

—Estoy en paños menores, espere un poco. Buenos dias.

—Buenos dias.

—Por qué llora Belica?

—Ay! don *Pantealon*, porque ha *desaparesido* mi gatica Miñinga. Pobrecita!

—Andará por el tejado; ella volverá.

Los carretones llegaron á las nueve, habiendo sido pedidos

para las siete. Doña Ruperta dirigía la colocacion de los muebles, exclamando: ¡No me ponga las sillas así!.... ¡Tenga cuidado con ese barril que lleva *losa!*.... ¡Ya me rompieron una pata del escaparate!......

—Estaba rota, señora.

—No, señor. Por eso piden Vs. el dinero adelantado....

—Será lo que V. quiera.

Cuando estuvieron cargados los carretones se dirigió á mí doña Ruperta. *Pantalonsito,* me dijo, tú vas con los carretoneros y nos esperas allá.

—Mejor es entregarles la llave y que vayan delante. Enseguida nosotros tomamos coches y llegamos á tiempo.

—Bien.

Partieron los carretones. Al ir á salir nosotros, se apareció en el patio la gatica de Belica. ¡Miñinga! ¡Miñinga! Como era mansa saltó encima de su ama.

—Vamos, dijo la bendita señora.

—Y deja V. la casa sin barrer, doña Ruperta?.... La cocina, los cuartos y el patio están llenos de basura.

—Que la barra el dueño si quiere. Vamos.

Despues de cerrada la puerta se acordó Yeya de su lorito; entré y lo saqué. Doña Ruperta y sus hijas comenzaron á despedirse de sus amistades. Adios, doñà Blasa!

—Adios!.... Que les vaya bien.

—Adios, Ciriaca! ¡Adios, Manuelita!

—Quién es?....

—*Semos* nosotras que ya nos vamos.

—Adónde?......

—A la *calsada* de San *Lásaro;* allí nos tienes á tu *disposision.* Tú sabes que yo soy muy franca.

—Igualmente. Belica, ya que te vas, llévate las novelas que me prestaste.

—Dámelas. Sana que va con las manos *vasías* las llevará.

—Que es tarde, señoras, dije yo impacientado.

—¡Adios!.... ¡Adios!......

Caminamos hasta encontrar coches. Si nos hubiese visto un pintor, saca una copia magnífica para un cuadro. Yeya iba delante con la jaula y el loro; Sana con el paquete de libros; Belica con su gata; doña Ruperta con un lío en cada mano, y yo con otros tantos. Encontramos dos coches; entraron en el primero las tres hermanas, y en el segundo doña Ruperta y yo. Apénas aquellos empezaron á rodar, saltó fuera la gata de Belica.

—¡Ay, mi gatica!.... ¡Mi gatica!......

—Pára, cochero,

Yo tuve que apearme para cogerla: como diez minutos tardé para conseguirlo. Llegamos á la casa nueva; aún estaban los de la Agencia descargando, y pagué los coches. A todas estas eran las doce y no me agradaba el estar sin almorzar, por lo cual intenté hacer una escapada á la primera fonda que encontrase, pero fuí tan desgraciado que doña Ruperta me pilló. A dónde vas? me dijo. Ayúdame á poner bien estos cachivaches.

Los colocamos á su gusto.

—Vas á *haserme* un favor, *Pantalonsito.*

—Cuál, señora?

—Llévale la llave de la otra casa al dueño, y no le digas donde nos hemos mudado. Vive en Guanabacoa.

—Y no le paga V. el último mes?......

—Demasiado le he pagado! Ya la casa debia ser mia.

—Doña Ruperta, recuerde V. que me dijo que me devolveria los diez pesos cuando estuviésemos aquí.

—Mira, hijito, voy á *desirte* la *verdá.* La semana que viene tengo que coger un dinero que me deben, y *entónses* te pagaré. Ahora no tengo más capital que siete *riales.*

—Está muy bien, señora. Adiós.

—Antes de retirarte, ven conmigo.

Salimos. A todos los vecinos les brindó su casa y sus servicios doña Ruperta, hasta al bodeguero!......

—Concluyó V., señora?

—Sí, amigo mio.

—Pues que le vaya bien en su casa nueva me alegraré.

—Espérate. ¿Has almorzado?

—Vaya una pregunta! Todavía.

—Pues mira, compra en la bodega del Noy un peso de huevos, cuatro cajas de sardinas en tomates, una libra de queso de *partagás*, dos de jamon, medio peso de pan y dos botellas de vino navarro, y verás qué *almuersito* más sabroso te hago en un momento. Te vas á chupar los dedos.

—Sí, eh? Voy á buscarlo, espéreme.

Todavía me estará esperando. No he vuelto á su casa más desde aquel bendito dia. En cambio he visto al lechero, al carbonero, al panadero y á la negra carnicera que le fiaban sus efectos, y á coro hemos cantado:

Doña Ruperta es discreta
Pues nos *trancó de a peseta.*

UN ALTARITO DE CRUZ

Lector querido ¿no has estado en el mes de Mayo en alguna casa en que hubiera un altarito de cruz?.... Pues alégrate de ello; en una estuve yo y te aseguro que no me pescarán en otra. Es cierto que me divertí mucho, que bailé y que hasta hice mi conquista, pero tambien es cierto que me costó ciento sesenta pesos la fiesta, que alcancé varios trancazos y que por poco me conducen á la cárcel...... ¿Qué cómo fué?...... Lee y lo sabrás.

Una tarde del mes que llevo dicho, iba paseándome tranquilamente por el Parque y de buenas á primeras siento que me abrazan bruscamente por la espalda.

—¡Ladrones! grité, creyendo que trataban de robarme.

—No soy ladron, soy un amigo tuyo.

—¡Ah!...... ¿Quién eres?

—Será posible que no me *conoscas* por la *vos*?

—No recuerdo......

—Mírame pues.

—¡Calandraca!...... ¿Qué hay de tu vida?

—Ya lo vés, *chiquete*, esperando sea de noche para ir á divertirme.

—¿Vás al teatro?

—¡Me dijiste!...... A casa de Nicolasa que hoy *ensiende* un altarito de temblor de tierra!

—Nunca he visto ninguno.

—Pues no sabes lo que es *mejengue!* ¡Digo! y que ván unas mulaticas de candela, mi hermano! Chuchita la bailadora de escuelita, *Felisia* la mujer del ñato vendedor de chicharrones, Juana y *Asuquita*, dos jimaguas que ¿sabes cómo son? de P y P y doble U.

—¿Dónde es?

—En los Sitios. ¿Quieres venir?

—De buena gana fuera; pero no conozo á ninguna de las que has nombrado.

—Yo las *conosco* á todas. Ademas, á mi me han convidado y yo puedo llevar al que me dé la gana siendo persona *desente*. Vamos.

—Aún es de dia.

—Tendremos un ratico de palique.

—Espérate y tomaremos un coche.

—¡Qué coche! caminando; pero si tú lo pagas......

—Convenido.

Llegamos á la casa; salió á recibirnos Nicolasa, una mulata como de cuarenta años. Mi amigo entró sin cumplimientos diciéndome: Adelante Pantaleon, *cuélate* sin miedo.

—Buenas tardes.

—Buenas tardes.

—Les presento á mi amigo Pantaleon Fierabrás.

—Servidor....

—Tenemos mucho gusto en *conoserlo*, *cabayero*.... Tome asiento.

—A mi amigo no le agradan los cumplimientos, preparen el altarito y déjense de *negosios*.

—¡Ave María, Calandraca! ¿Qué dirá este jóven de nosotras?

—*Parese* que te ha gustado *Pantaleonsito*......

—¡Déjate de guasas!

—Mira Calandraca, ya te hé dicho muchas *veses* que mi hija aunque sea de color, es una señorita; eso de enamorarse de

un jóven la primera *ves* que se vé, está bueno para las que sean *satas* y refistoleras!

—Aprieta, *Jimenes*!......

—Matilde, ven. *Cabayero*, V. dispensará por un momento.

—No hay de que...... Sabes, Calandraca, que Matilde me agrada?......

—Si, eh? Pues *desembúllate*.

—Porqué?

—Porque *hase* dos meses que estoy *hasiéndole* la *ronsa*.

—Y ya te correspondió?

—No; pero ella caerá si es de ley. El dia de su santo voy á publicar una *composision* poética en el "Diario de la Marina" de *papaupa!* Te aseguro que despues que la lea, no hay *esperansa*, se muere por mí! Tú bien sabes cómo hago yo los versos cuando quiero!......

Fué interrumpida nuestra conversacion por Matildita.—Calandraca, ayúdame á quitar la mesa de aquí.

—Al momento, mi vida, tú sabes que soy tuyo.

Quitaron la mesa y pusieron en su lugar una cruz pintada de negro, clavaron un arco de barril forrado de lustrina rosada en la pared y colocaron una botella de barro á cada lado de la cruz.

—Y esto qué significa? Le pregunté á mi amigo.

—Esa es la *crus* que *selebramos*, las dos botellas son para poner las *luses*, y el arco quiere *desir* que hoy es el primer dia del altar. Ya verás, ya verás que bien nos vamos á divertir.

—Calandraca, vé á la bodega y compra medio de velas de sebo.

Venga el medio.

Trajo mi amigo las velas que colocaron en las botellas.

—Qué más falta?

—Que vengan los convidados para *ensenderlo*.

Las primeras que llegaron fueron las jimaguas que me había dicho Calandraca, luego Felicia y despues Chuchita la bailadora. Ya eran como las ocho, y viendo Nicolasa que no llega-

ba ningun otro convidado, encendió las luces del altar. Al poco rato se apareció con una copa llena de vino dulce, un pedazo de panetela y un ramo que entregó á Calandraca diciéndole:—En tí confiamos, para mañana, veremos qué tal te portas.

—Ni preguntes!...... Matildita será la madrina.

—Si me traes lo que *hase* falta, sí.

—Si, hijita, lo que que quieras, tú bien sabes que á mí me gusta quedar de *aronga* en cualquiera reunion.

—*Vereme nelle.*

—Señores, *parese* que estamos en un velorio, ¿no hay quien cante?

—Si hubiera música bailaríamos.

—Hoy ha *empesado,* mañana si el padrino es generoso....

—No digo yo si la hay! *Valensuela* y el Güinero tocan aquí mañana! y ya que Vds. no cantan, lo haré yo con Pantaleon.

—Conmigo?......

—Sí, cantaremos "El desengaño."

—Bonito saldrá!

—Sí, sí, que canten!

Cantamos, ó mejor dicho, destrozamos la cancion; despues las dos jimaguas cantaron la sandunguera guaracha "La mulata Rosa" y por fin de fiesta dió Nicolasa agua con azúcar prieta á los concurrentes. Calandraca y yo fuimos los últimos que nos retiramos; al salir le dijo Matilde:—No te olvides de traerme los adornos.

—Qué voy á olvidarme, sabrosona!...... Mañana temprano estoy aquí con lo *nesesario.* Adios.

—Adios.

—Cómo es que atí te han dado vino dulce con panetela y á los demás agua con azúcar prieta?

—Porque me han nombrado padrino y soy el que tengo que *haser* los gastos; hoy hubo dos velas de sebo, mañana tienen que ser cuatro de esperma, hoy tomaste agua con *asúcar* prieta, mañana la tomarás con *ausquita* blanca y bailarás de *rechupete.*

—Y cuanto tiempo dura esa diversion?

—Nueve dias si los padrinos cumplen.

—Es tan poco el gasto!

—Al *pareser*, cada padrino tiene que poner el artar doble mejor que el del dia en que lo nombren.

—Infeliz entónces del que nombren para el noveno, por si acaso no vuelvo más; pueden darme la copita y hacerme gastar un dineral.

—¡Cómo que no! tú vás conmingo hasta que se concluya.

—Y si me dán el ramito?

—Yo te diré lo que has de *haser* ¿Dónde nos vemos mañana?

—Yo iré solo.

—Bien.... Dime, Pataleon ¿tienes un *menudo* que *nesesito?*

—Cuánto?

—Tres pesos.

—Tómalos; pero me los pagas pronto.

—Mañana á más tardar. Adios.

—Adios.

A la noche siguiente, cuando llegué ya estaban allí los convidados.

—Ha visto V. á Calandraca, don Pantaleon?

—Desde ayer no le veo.

—Qué poca palabra tiene! Quedó en traer una orquesta; desde las *sinco* fué á buscarla, son las ocho y todavía no *parese*.

—Es un paluchero!...... ¡Engañarnos así!

—Andará buscándola.

—Qué! si tampoco ha traido los panales.

—Tomarémos agua sola.

Estando en esta conversacion llegó Calandraca muy sofocado.—Señores, dijo, no hay ninguna orquesta desocupada en toda la Habana!

—Tú lo que eres un *planeta!*—dijo Chuchita.—El otro dia me *ofresiste* un par de *sapatos* de córte bajo, con hebillas, en la escuelita, y no me has dado *ná*. ¡Paluchero!

—Porque no los hallé á mi gusto en ninguna peletería.

Todos lanzaron una carcajada, Calandraca como si tal cosa continuó:—No encontré orquesta; pero vienen Juanito con el acordeon y Chuchito Baluja con unos timbalitos.

—Vaya una música!

Cada cual siguió charlando por su lado, yo me senté junto á Chuchita diciéndola:—Mira que quiero bailar contigo las danzas que toquen.

—Si yo no sé bailar.

—No sabes bailar y vás á la escuelita?

—Porque me pagan *dose riales* fuertes cada noche y con eso vivo...... y me divierto.

—Nada más que con eso?...... Tú tendrás alguno que te dé lo que necesitas......

—Quién? Yo? Siá!.... Ustedes los hombres son muy falsos; al mejor debieran *haserlo* picadillo.

—Porqué, Chuchita?

—Porque abusan de nosotras á su gusto: miéntras pretenden á una mujer *ofresen* y están mansitos; pero despues que logran lo que desean, búscalo *pó* el almanaque!...... palucha, no dan *ná*.

—Es que hay algunos que......

—Todos son *cortaos* por una misma tijera.

—Mira que me gustas y que yo......

—Ahí están los tocadores. Luego hablarémos.

En efecto, los músicos apénas entraron empezaron á tocar. Felicia bailaba con su marido, Calandraca con Juana, Azuquita con uno de la reunion y yo con Chuchita. Al concluir la danza, Matilde puso el ramo y la copa en manos del chicharronero.

—Calandraca, y los panales?

—Voy á buscarlos, dijo, pero en lugar de panales trajo azúcar quebrada, diciendo:—Chica, no los hay en la esquina; esto es lo mismo.

Volvimos á bailar; tomamos el refresco, y á eso de las diez nos retiramos. Así pasamos la segunda noche. Llegó la ter-

cera; el altar tenía ocho luces, tres arcos y dos varas de alto. Había azúcar blanca y una gran fuente de bollos, chicharrones de entresijo, rositas de maiz y plátanos fritos.

—Hoy está mejor que ayer, dije á mi compañero.

—Y que tocarán un violin y un arpa, acompañados de timbales, que son tan armoniosos.

—Magnífico! Chuchita será mi compañera.

—Y tú, Matilde, ¿bailarás conmigo?......

—No puede ser, Calandraca, estoy comprometida con don Juan.

—El panadero?....

—Sí, hombre.

—Así llevarás pisadas; es un limon.

—Son cuentas tuyas?

Despues que bailamos, Felicia le dió el ramo á don Juan; éste quiso que fuera Matilde la madrina, tomamos el refresco y nos pusimos á cenar. Calandraca servía los platos; llenó el suyo hasta los bordes, y cuando concluimos se atestó los bolsillos con los bollos y chicharrones que sobraron. Esa noche nos retiramos á las once.

Llegó la cuarta; tenía diez y seis luces el altar y estaba engalanado con mucho gusto. En lugar de violin y arpa había dos clarinetes y un cornetin, y el refresco consistía en ginebra de la Campana. Esa noche tuvimos una pareja más en la reunion, Cecilia y su marido Longinos. Ella usaba pañuelito en la cabeza y andaba en chancletas, y él era uno de los cheches de los Sitios. Tocó la música y nadie bailó.—¿Qué es eso? ¿Nadie baila? preguntó don Juan.

—Quién va á bailar con esa música, paisano?

—Cómo quién? cualquiera.

Y lo cierto es que el clarinete y el cornetin pegaban unos fotutazos terribles, y perdían el compás de la danza á cada rato. A duras penas bailamos por no dar que sentir á los padrinos. A la tercera danza le preguntó Matilde á Nicolasa:

—A quién le echo el ramo?

—A Longinos.

Así lo hizo. A eso de las once y media nos retiramos.

La quinta noche al ir para casa de Nicolasa hallé á Calandraca en el camino.—¡Hola, Pantaleon! ¿Vás para allá?

—Sí.

—Yo tambien, iremos juntos.

—Dime, *chico*, y los tres pesos del otro dia?

—Qué tres pesos?

—Los que te presté cuando te nombraron padrino.

— Ah! ¿Podrás creer que ya no me acordaba?

—De veras?

—Cómo te lo digo; pero mañana voy temprano á la tabaquería y hago dos ruedas.

Llegamos á la casa y encontramos á la familia echando pestes contra Longinos.

—Qué ha *susedido?*

—Que ese *pocalacha* de Longinos nos ha engañado.

—Pero, mamá, en un momento se *hase* un arco y con los cabos de velas que han sobrado de las otras noches, podemos alumbrar el altar.

—Es claro, como quiera.

—No quiero! Calandranca, vé á la bodega por tres paquetes de velas.

—Al momento, vengan los *dose riales* que cuestan.

—Tómalos.

Trajo Calandraca las velas, Nicolasa las encendió y Matilde colocó el arco que faltaba. Poco á poco fueron llegando los concurrentes. Juana y Azuquita por vía de prevision llevaron sus compañeros. Se llamaban Luis y Enrique.

—Señores: dijo Nicolasa, hoy no hay baile porque ayer le echamos el ramo á Longinos, y se ha hecho el desentendido, yo sola he puesto el altar como lo ven. Un aplauso fué la contestacion.

—No hay que apurarse, en habiendo un peine tenemos música, yo lo toco y Pantaleon golpea.

Calandraca le envolvió un pedazo de papel de estraza al peine que le trajo Nicolasa, y nos pusimos á tocar. Matilde le dió el ramo á Luis y éste lo entregó á Juana, su compañera de baile. A las doce en punto concluyó la reunion. Yo tuve que darme unas fricciones de aguardiente alcanforado en las manos, por haber estado repicando con ellas en la puerta.

A la sétima noche, tenía cincuenta luces el altar, dos varas y media de alto y siete arcos. El padrino trajo dulces, licores y cuatro músicos. Bailamos la primera danza y refrescamos. Calandraca, lleno de gozo, me dió un abrazo.—¿Qué te *parese?*

—Que estoy en capilla.

—Por qué, *sabroso?*

—Porque si me nombran padrino, me hacen gastar un dineral.

—Yo te lo prestaré.

—Lo creo......

No tardó mucho en salir Juana con el ramo y la copita; iba caminando lentamente por delante de los convidados; al llegar á mí se paró, haciéndome temblar de piés á cabeza, pero al verla seguir suspiré con tanta fuerza, que le apagué al chicharronero un fósforo de palito que había encendido para darle candela á su tabaco. Por fin, entregó ámbas cosas á Enrique, el compañero de su hermana. A las dos en punto nos retiramos.

A la octava noche Calandraca vinó á buscarme y fuimos juntos. El altar estaba espléndido: tenía una gran cortina encarnada al fondo, cien luces, ocho arcos y una docena de puchas de flores. Ocho músicos componían la orquesta, y había cerveza, champagne y licores de varias clases.

—Magnífico! dijo Calandraca, el padrino se ha portado como yo una ocasion en Guanabacoa... Música! Música!....

Tocó la orquesta y nos pusimos á bailar. La concurrencia era numerosa. Calandraca, entusiasmado hasta lo sumo, con una copa llena de cerveza en la mano, se paró encima de una silla y dijo:—Bomba, *cabayeros*, voy á *versal!*

No sé por qué pierdo el tino

Al ver esta reunion,
Y de todo *corason*
Grito ¡que viva el padrino!....

—Viva! Viva!.... repetimos todos.

Nadie habia reparado que Cecilia la mujer de Longinos estaba en la reunion. Nicolasa que fué la primera que la vió, le dijo:—La otra noche te nombraron madrina y no viniste, con que así ya puedes cojer la puerta.

—Es que Longinos tuvo que ir al campo......

—Vete! Vete!....

¡Fuera!.... gritaron á coro los convidados. Cecilia abochornada, salió refunfuñando. Tocaron la segunda danza, y cuando yo ménos lo esperaba, Azuquita me presentó la copa con el ramo. Tanta impresion me causó la sorpresa, que al cojer la copa se me cayó de las manos. Dí más de veinte vueltas por la sala con el ramo, y sin saber á quien darlo, se lo entregué á la dueña de la casa.

—Muchas *grasias*, don Pantaleon.

—No hay por qué.

Desde aquel momento no bailé más. Calandraca, al verme tan afligido, me preguntó:—¿Qué tienes, *chiquete?*

—Que me han nombrado padrino, y digo ¡para la última noche!

—La madrina te dirá lo que has de *haser*. Nicolasa, mi amigo *nesesita* una persona que lo enseñe; él nunca ha sido padrino de ningun altar.

—Mañana que venga despues de *almuerso* y le diré lo que se necesita.

—Vendré.

Sin esperar á que se acabara la reunion me retiré. En toda la noche no pude dormir. A eso de las once vino á buscarme Calandraca.

—Hola, *monina!* hoy tienes que *lusirte*, veremos qué tal quedas.

—Por culpa tuya me agarraron. ¿A qué hora concluyó el baile?......

—A las tres; y qué bueno estuvo! á mí me tocó una compañera de flor!

—Vamos á casa de Nicolasa.

—Vamos......

—Esperándolo estaba, me dijo al verme entrar; ¿porqué se retiró tan temprano anoche?

—Porque me dolían un poco los huesos.

—Cuando le vuelvan á doler úntese el sebo de carnero.... ¡Qué padrino tan *desente!* Se portó de primera; pero nosotros vamos á quedar mejor.

—Y qué es lo que necesitamos?

—Por lo pronto para el arco, veinte rosas *artifisiales*.

—Cuánto valen?

—Tres pesos. Cuatro varas de *sinta,* dos pesos, y dos de tarlatana, uno.

—Son Seis, aquí los tiene V. ¿Qué más?

—*Dosientas* velas.

—Doscientas velas! Nos vamos á encandilar; no lleva tantas una procesion!

—Pues anoche había *sien* y hoy tenemos que poner el doble.

—Con ciento cincuenta habrá. ¿Cuánto valen?

—A real *sensillo* cada una.

—Son quince pesos. Calandraca las irá á buscar.

—Con mucho gusto. Vengan los cheques.

—No le *parese* á V., don Pantaleon, que hagamos el altar jiratorio? Yo *conosco* un carpintero que los *hase* baratos.

—Cuánto lleva?

—Ochenta pesos.

—Más vale dajarlo cómo está y que no jire.

—Yo lo *desia* porque quiero que V. se *lusca* más que los otros. Anoche como V. vió, tocaron ocho músicos hasta las tres, esta noche tiene que ser una orquesta completa hasta por la mañana.

—Voy á buscarla.

Encontré uno que me la ponía por cien pesos.—Ya está la orquesta arreglada.

— Que más hace falta?

—Papel para forrar las botellas.

—Qué cantidad?

—Cuarenta pliegos de á medio.

—Son dos pesos. ¿Qué más?

—Dos *dosenas* de puchas de flores á medio peso.

—Para qué tantas flores?

—Para el altar; y seis pesos para veinte y *sinco buquetes* que se les han de dar á las muchachas al entrar.

—Vayan diez y ocho pesos.

—Es *presiso* tambien alquilar alfombras para la sala.

—En una *muertería?*

—No señor, han de ser alfombras *alegres*.

—Con la sala alfombrada ¿quién podrá bailar?

—Es verdad. ¡Ah! Ves al *Lubre* y ajusta una *sena* para treinta personas.

—Que cenen en su casa!

—Algo tenemos que poner.

—Yo no le lleno la bartiga á nadie, demasiado tienen con el baile.

—Pues, hijito, el otro padrino dió de todo.

—Ménos de cenar.

—Nosotros debemos ponerla para darle *caritate*.

—Compraré una arroba de boniatos.

—Mejor será que vaya á la Dominica y ajuste seis sorbeteras de mantecado.

—Qué disparate, Nicolasa! La nieve hace mucho daño á media noche.

En lugar de ir á la Dominica, llamé á un chino dulcero y le hice de gasto cinco pesos, y en la bodega de la esquina entre cerveza y licores catorce.—¿Nada más hace falta?

—Nada más.

—Entónces me retiro.

—Quédese con nosotras para que nos ayude.

—Calandraca lo hará por mí. Hasta la noche.

—Adios.

A eso de las siete fuí para casa de Nicolasa. Apénas entré la orquesta comenzó á tocar y los convidados me saludaron con un atronador aplauso. Calandraca, abrazándome, gritó:—Viva el padrino! ¡Viva! contestaron los demás.

—A bailar! ¡A bailar!

Bailamos las tres primeras danzas sin novedad; pero al empezar la cuarta, entró Cecilia, se paró en el medio de la sala y dijo á Nicolasa:

—Anoche me botaste de tu casa, *sió vivijagua!* hoy voy yo á echar fuera á todos los que estan dentro.

—A ver si te largas.

—Qué me largue!..... Mi marido Longinos viene detrás de mí con los de su *juego*, dispuesto á desbaratar el altarito.

Al oir á Cecilia, las mujeres se encerraron en los cuartos y los hombres se aprestaron á correr. Calandraca fué el primero que salió. Yo cojí mi sombrero para huir, pero no tuve tiempo. Longinos había entrado ya con los suyos dando trancazos á troche y moche; á mí me tocaron tres y tuve que subirme en el tejado para que no me tocaran más. A los gritos de socorro que daban las mujeres, acudió la policía y les hizo abrir la puerta á los revoltosos. Los amarraron, y estando registrando la casa, un salvaguardia me vió encaramado en el tejado, y apuntándome con un revólver me gritó:—Eh, paisano! Apéese ó le pego un tiro.

—Allá voy. Cuidado no se le dispare!......

—Qué hacía V. en el tejado?

—Huir de los trancazos.

—Pues venga V. con nosotros.

—A dónde?......

—Silencio!....

—Vamos.

Me llevaron á la Celaduría junto con la partida de Longi-

nos, y despues de haberme reconocido me soltaron. Longinos y los suyos fueron á *chirona*.

Ya ves, lector querido, qué bien me divertí en el altarito.

Gasté ciento sesenta pesos, recibí tres trancazos y por poco me couducen á la cárcel.

CURANDEROS Y CURANDERAS.

Hé aquí unos séres que aseguran con el mayor descaro, curar todas las enfermedades por rebeldes que sean, solamente con remedios *caseros* y tisanas de su invencion. Algunos, más atrevidos que otros, son hasta cirujanos y abren panadizos y carbunclos, componen brazos dislocados, piernas fracturadas, etc., etc., pero cómo?.. si por casualidad (pues no puede ser de otra manera) les queda bien la operacion, exigen al paciente por su trabajo y brevajes una crecida cantidad; más si sucede lo contrario, entónces dicen que llamen un médico, pues ellos no comprenden la enfermedad.

Hablo por experiencia, y si el lector lo duda, le referiré lo que pasó en una casa donde yo tenía alquilada una habitacion.

Doña Lutgarda, enemiga acérrima de los médicos, juraba que ninguno pondría los piés en su casa, pues curaban mucho mejor los curanderos y no costaban tan caras las visitas.—Dos hijos tengo, me decía: Felipito, que tiene trece años, y Lolita que tiene diez y seis. Si alguno (que Dios no lo quiera) cayese enfermo, yo sé el modo de curarlos.

—Pero ¿V. no comprende que los curanderos lo que hacen es agravar la enfermedad?

—V. como tiene muchos amigos médicos los defiende. Si son tan buenos ¿por qué no salvaron á don Pancho?

—Porque le llegó la hora de morir. Además, don Pancho tenia ochenta y siete años!

—Aunque tuviera *sien!*.. Si él hubiera seguido curándose con má Pancha, no se hubiera muerto.

—Precisamente eso fué lo que le mató. ¿Quién ha visto curar la gota con tisana de raiz de *berraco* y plátanos manzanos?

—Así ha salvado á muchos.

—Quiénes son?......

—Qué sé yo?.... Lo que puedo *desirle* á V. es que á mí me curó las *tersianas* en tres dias, y los médicos no pudieron *haserlo* en un año.

—Casualidad.

—Y cuando le curó á mi hija la sarna, ¿tambien fué casualidad?......

—Qué la recetó?......

—Una bebida que ella prepara.

—Vamos, señora, lo que curó á Lolita fueron los baños de mar y los purgantes y vomitivos que tomó.

—Vaya un hombre porfiado!

—Cómo es posible que una persona sin haber estudiado medicina, pueda ejercer la profesion?

—Ba! ¡Ba!...... De lo que ménos se *nesesita* es de la *medesina* ¡Ojalá que V. caiga enfermo *pá* que lo cure má Pancha.

—Muchas gracias. Yo tendré buen cuidado de llamar á un facultativo.

Fué interrumpida nuestra conversacion por Felipito que llegaba de la escuela.—¡Mamá, el *almuerso!*

—Allá voy. Dispense V. un momento, don Pantaleon.

—No hay por qué.

Puso la mesa Lolita y se sentaron á almorzar.

—Gusta V., don Pantaleon?

—Gracias; dentro de un rato haré lo mismo.

—Venga V. y comerá pescado guisado y harina con cangrejos.

—Cuidado con una *cigüatera*.

—Es picúa.

—Picúa! casualmentente es el pescado que más daño hace.

—Es un antojo de Lolita.

—Mamá! quitáles el carapacho á los cangrejos.

—No comas muchos que pueden *haserte* daño.

—Si no me eché más que tres en el plato!......

—Va V. á salir, don Pantaleon?

—Si, Lolita.

—Vuelve pronto?

—A la noche.

—Adios.

Cuando regresé me llamó la atencion ver á Lolita sola en la casa.

—Y doña Lutgada?

—Fué á buscar á má Pancha.

—Quién está enfermo?

—Felipito.

—Qué tiene?

—*Parese* que le han hecho daño los cangrejos.

—Ay! ¡Ay! ¡mi barriga! ¡mi barriguita! gritaba Felipito. Doña Lutgarda entró al mismo tiempo.

—Quiere V. que le llame un médico?

—Ya *empiesa* V. con los médicos?.... Má Pancha no debe tardar, miéntras tanto haré lo que ella me dijo. Lolita, trae la botella del *aseite* de comer y un trapo, para ponerle á tu hermano una cataplasma en el estómago.

Quemaron el trapo y con la ceniza y el aceite hicieron un emplasto que aplicaron al estómago de Felipito.—¡Ay! ¡Ay!

—Yo no te *desia* que no comieras tantos cangrejos?.... ¡Toma cangrejos ahora!

—No será que la picúa estaba ciguata, doña Lutgarda?

—Que picúa, ni picúa! Este gloton que sin *haserme* caso se *atarugó sinco* cangrejos.

Llegó por fin má Pancha, examinó al enfermo y dijo:—Bue-ne, ahuora nopué jasé ná, tá empachá, mañana poro mañanita

yo viení curá enelle.

—Adios, má Pancha.

—Señora, mire que lo que tiene su hijo es una indigestion que se cura con un purgante.

—Que *gestion* de los diablos, don Pantaleon! Está empachao y hay que sacarle el empacho pronto.

—Abriéndole el estómago?

—No hombre, no! *Parese* V. un niño chiquito.

—Yo quiero ver esa gran cura; me hará V. el favor de llamarme temprano.

—Agua! ¡Agua! mamita.

—Allá voy, hijito.... ¡Ay! si no hay ni una gota en el tinajero!...... ¿Cómo es esto, Lolita?

—El aguador no vino.

—Yo tengo en mi cuarto.—¿Qué hice? Cojí un jarro de barro para que no distinguiera nada doña Lutgarda y le eché una onza de sal de higuera.

—Aquí está el agua, yo se la daré.

Felipito cojió el jarro de mis manos y con tantas ganas lo llevó á sus labios, que vino á notar el amargo despues de heber tragado la mayor parte.

—Esto no es agua!—dijo tirando el jarro contra el suelo; eso me favoreció.

—Qué le ha dado V. á mi hijo, don Pantaleon?.... ¿Si se habrá envenenado?

—Agua, vea V. el otro jarro que tengo igual.

—A ver......

—Lo traje y bebí del de él para desengañarla.—¿Vé V.? Los dos eran iguales y los llené al mismo tiempo.

—Ay! ¡agua, mamaita, agua!

—Le damos más agua?

—Como V. quiera.

Sabido es que al purgante de sal es necesario ayudarlo con agua fria. Doña Lutgarda ignorándolo fué mi cómplice. A la media hora hizo su efecto; loca de contento me dijo:—¿Ya V. lo

vé, don Pantaleon?.... No *hiso* má Pancha más que tocarle la barriga á Felipito, y enseguida se corrompió. ¿Qué médico lo *hase?*

—Puedo asegurarle que cualquiera.

—Vaya un hombre testarudo!

— Ay, mi barriga! ¡mi barriguiiiita!

—Todavía te duele?

—*Parese* que me están arrancando algo.

Por fin Felipito se alivió y nos acostamos. A las seis de la mañana Lolita me llamó.—¡Don Pantaleon! ¿Todavía está V. en la cama?

—Hace una hora que me levanté......Búenos dias. ¿Qué sucede?

—Ya vino má Pancha.

—Voy á verla curar á Felipito...... ¿Qué es eso que lleva V. en la mano?

—Tres *piedresitas.*

—Para qué?

—Para un *cosimiento.*

—Cocimiento de piedras!.... Quién vá á tomarlo?

—Felipito, cuando acaben de curarlo. Má Pancha mandó que lo *hisiera* en una *casuela* nueva.

—Pues vaya V.; yó voy al cuarto.

Má Pancha para curar el empacho á Felipito, le descubrió la espalda, y humedeciéndose los dedos de la mano derecha con saliva, se los pasó por ella varias veces en forma de cruz; despues agarrándole el pellejo con el pulgar y el índice de cada mano, comenzó á tirar.

—¡Que me arrancan el pellejo!......

—Aguanta un poco, hijito.

Má Pancha dió otro tiron más fuerte.

—Ay! qué me *matan la espalda!* Ay!

Al tercer tiron Felipito se incorporó, y dándole un empellon á la curandera, la hizo besar el suelo.

—Qué me arrancas el pellejo, bruja de los diablos!

—Muchacho!......

—Señora, yo min va, esi chiquillo malcriao......

—No le haga caso, má Pancha.

—Ahuora mimo yo min va y no vienì ma nunca, esí to que hay.

—Pero, má Pancha......

—Adió......

—En cuanto te levantes te voy á dar una *palisa* por atrevido...... Vamos, toma el *cosimiento*.

—Alégrese V. de que se haya retirado así; esos tirones en en la espalda á nada conducían.

—Cómo que nó?.... Ya está bueno.

—Pues sepa V. que lo que ha curado á su hijo ha sido un purgante de sal de higuera que yo le he dado; por eso le pareció amarga el agua.

—No, señor; si má Pancha no le cura el empacho, á esta hora estaría de cuerpo presente.

—Señora, para probarle á V. que los curanderos y curanderas á quienes V. tanto defiende, son unos ignorantes, y que viven á expénsas de los mentecatos que engatusan, voy á fingirme enfermo y llamarémos á los que V. guste.

—Le dirán que no tiene novedad.

—Eso lo veremos. ¿Conoce V. otra curandera buena?....

—Sí, á doña Juana.

—Llámela V.

—Cuándo?....

—Esta noche, para que venga por la mañana.

Doña Lutgarda le avisó y al dia siguiente vino á verme la curandera. Esta era una vieja como de sesenta años.

—Qué te duele, mi jijo?

—El estómago y esta mano.

—Dónde?......

—En la muñeca.

—A ver...... Es veldá, tienes *flemones*.

—*Flemones!* ¿Qué enfermedad es esa?

—Cuando se encarama un *niervo* sobre otro.

—Ah!!

—Deme un peasito de sebo é Flandes, doña Lutgarda.

—Tome V.

Comenzó á restregarme la muñeca con el sebo. —¡Qué me entierra las uñas en la carne!

—Eso pasa pronto...... Saque la lengua...... Levántese la camisa......

—Ya......

Me puso el oido en el estómago, me dió varios apretones y levantándose dijo:—Doña Lutgarda, jierva un poquito de agua y traígamela pacá en un vaso é vidrio, y á la otra metá jéchele unos cuantos peasitos é yelba buena.

—Nada más?

—Mande á Felipillo á la botica que melque un rial de garban hembra.

—Pero que tengo, doña Juana?

—Mi jijo, tienes una enfelmeá que no hay nengun doctol que te la saque.

—Cuál?

—*Padrejon.*

—Y eso qué es?

—No sientes una penilla siempre en el estógamo?

—Sí, señora.

—No estás esganao sin ganas é comel?

—Sí, señora.,

—Pues eso es á resultas de tus correrías.

—Enterado.

—El agua hirviendo.

—Tráigamela pacá. Vamos, mi jijo, levántate la camisa pá pasalte esto pó el estógamo.

—Que me abrasa las tripas! ¡Ay!

—Venga el garban.

Hizo un parche con él y me lo pegó en el ombligo.—Ya estas curado, mi jijo, toma esta vasija é yelva buena y hasta mañana.

—Mañana tiene que hacerme lo mismo?

—Tres dias seguios. Ten cuidao é no serenarte y no mojarte con agua lluvia.

—Muy bien.

Apénas salió doña Juana, salté de la cama muerto de risa.

—Ya vé V. doña Lutgarda, lo que son las curanderas

—Pues ahora es cuando yo digo que saben mucho, esa enfermedad no la sienten los hombres hasta que se ponen graves y á V. le *empesaba*.

—Es decir que estoy enfermo?

—De gravedad, no; pero tiene V. malo el *padrejon* y doña Juana lo *conosió* al momento. Ya verá V. cómo se abrirán las ganas de comer y no le dolerá tanto la *cabesa*.

—Pero yo no le dije á V. que iba á fingirme enfermo?....

—Y lo está V. de veras, así *susede;* por lo tanto debe continuar los tres dias.

—Por complacerla lo haré, ya que no logro convencerla.

Volvió doña Juana al segundo y tercer dia, y me hizo la misma operacion que el primero.

—Mucho cuidao con los trompisones; ya estás bueno.

—Cuándo me quito el parche?....

—El solo caerá; miéntras tengas daño estará pegao, y hasta que jale lo malo, no se esapega.

—Cuánto le debo?......

—Lo que tú quieras.

—Tome dos pesos.

—Muchas gracias. Cuando vuelvas á enfermar avísame... Adios, doña Lutgarda.

—Adios, doña Juana.

Ver salir á doña Juana y arrancarme el parche del ombligo, todo fué obra de un instante.

—No se quite el parche, cristiano!

—Si estoy enteramente bueno, señora.

—Mire que lo mismo me pasó á mí, y un dia que me vió doña Juana me lo dijo.

—¿Tuvo V. *padrejon?*......

—Soy *macho* acaso?......

—Sería *madrejon.*

—Así como á V. le han puesto garban hembra, á mí me lo pusieron macho.

—Y se curó?....

—Ya lo creo!..... Doña Juana es una de las mejores curanderas de la Habana.

—Se conoce.

—No hace mucho tiempo que hizo una cura maravillosa.

—A quién, señora?......

—A don Lúcas el bodeguero.

—Qué tenía?......

—*Tirisia.*

—Ictericia......

—Es lo mismo.

—Y con qué lo curó?......

—Primeramente le amarró siete *cabesas* de ajos con un cordelito en el *pescueso* y, viendo que seguía lo mismo, le mandó que comprara média libra de carne de ternera, y que despues de freirla con *sus aguas* en ayunas, saliera á la calle y á la primera perra que viese le arrojara la carne sin volver la cara. Remedio santo! La *tirisia* se le pegó á la perra y él quedó bueno y sano.

—Con eso le curó?.... V. en su afan de ensalzar á los curanderos, dice muchas cosas increibles, señora.

—Tampoco creerá V. que á doña Tula le curó los ataques de nervios con *fretasiones* de *sebolla* blanca frita?......

—No lo creo, porque eso es imposible, señora.

—Para V. todo es imposible y si no viene doña Juana á curarle el *padrejon*, sabe Dios lo que hubiera resultado.

—Nada absolutamente.

—Don Pantaleon, más vale que dejemos la *conversasion.* Es V. muy testarudo.

—Cada loco con su tema.

—Y yo con el mio.

Doña Lutgarda desde aquel dia me hablaba nada más que lo necesario. Como dos meses estuvimos políticos. Una noche que sentí toser á Lolita más de lo regular, me levanté.—¿Qué tiene, Lolita?

—Un poco mala.

—Ay, don Pantaleon! el pecho me duele mucho.

—La vió doña Juana?

—Doña Juana! No quiero saber nada de ella, es una ladrona! En una de las *veses* que estuvo aquí se llevó una cuchara del cajon de la mesa.

—Es una bruja, me ha puesto peor.

—Señora, si á V. se le ofrece algo, llame sin pena.

—*Grasias*, don Pantaleon.

Me acosté otra vez, la tós de Lolita era tan contínua que no me dejó dormir. A las seis de la mañana me levanté.

—Qué tal ha pasado la noche, Lolita?

—Muy mal, la tós es cada *ves* más seca.

—Y quien la cura?

—Don Salvador.

—Algnn médico?

—Médico! Ni por asomo! Es uno que ha estado mucho tiempo de enfermero en los ingenios.

—Qué le ha recetado?

—Unas botellas con un agua *verdosa.*

—Le costaron?....

—*Dose* pesos.

—Debe ser un medicamento magnífico cuando cuesta tan caro.

—No es muy bueno cuando sigue lo mismo; pero hoy le digo que no vuelva más.

—Será lo más acertado.

—Mañana llamo al chino que salvó á Micaela del cólera.

—Quiere V. que yo le llame?

—Bien.

—Quisiera ver ántes á Lolita.

—Vamos al cuarto. Hija, don Pantaleon quiere verte.

—Que pase.

Pasamos. Cuál fué mi sorpresa al ver á Lolita en el estado en que se hallaba con los ojos hundidos y pálida como un cadáver! Mas por evitar un altercado con doña Lutgarda me contuve.—Doña Juana segun V. me dijo, fué la primera que asistió á su hija. ¿Qué le mandó?

—*Cosimiento* de caña de maloja y cada dos dias un purgante de Le-Roy.

—Y V. se lo daba?

—Naturalmente.

—Y ese don Salvador que dice?

—Que tiene solitaria y que está *corlótica.*

—Clorótica......

—Eso es.

—Me deja V. ver las botellas?

—Si, señor.

—Señora, esto no puede aprovecharle á su hija, es infusion de apasote con emético.

—Yo no se lo *desia* á V., mamá?

—Su hija tiene una gran debilidad, dele V. caldo fuerte de gallina.

—Don Salvador *hase* un mes que la tiene á dieta rigurosa.

—Por eso está tan pálida y delgada.

—Hoy mismo le daré el caldo, voy á matar una *gayina.* Hágame el favor de traer al chino para que la vea.

—Qué chino es ese?.... ¡Yo no quiero que me cure ningun chino, porque me *reseta* opio!.... Ay! Ayúdame á levantar, quiero sentarme en el sillon.

Apoyada de mi brazo y en el de doña Lutgarda, Lolita pudo caminar hasta la sala y tomar asiento donde quería.

—Señora, mire V. que su hija está muy grave.

—Es la debilidad, don Pantaleon, hoy le hago comer una *gayina* de cualquier manera.

—Tampoco le conviene mucho alimento......

—Ádios Lutgardita!—dijo una voz por el postigo de la ventana.

—Quién es?

—Yo!......

—Benvenuta!.... Entra, *crusas* por aquí como si tal cosa.

—Voy de prisa.

—Entra.

—Vas á darme café?

—Sí, adelante.

—Buenos dias. Quién es este jóven...... ¿Es novio de tu hija?

—Es el inquilino del último cuarto.

—Servidor.

—Cómo se llama?

—Pantaleon.

—No le *conosco*...... ¿Y Lolita, donde está?......

—Aquí.

—Ave-María, muchacha, en que estado te veo!.... ¿Qué tienes?.... ¿Qué te duele?.... ¿Cuánto tiempo llevas así?.... ¿Quién te cura?.... Ten mucho cuidado con los médicos que te pueden mandar á San Antonio Chiquito.

Doña Lutgarda trajo el café; Benvenuta, apesar de estar hirviendo, se lo bebió en un instante.

—Lutgardita ¿qué tiene tu hija, mal de amores y viento colado?......

—No sé......

—No llames médico porque te la matan sin compasion.

—Médico! *¡Solabayas!*

—Esta condenada vieja viene á desbaratar mi plan, murmuré entre dientes.

—Qué *dise* V. jóven?

—Yo?...... Nada.

—Creí que me había V. hablado...... Pues si, Lutgardita, te digo que no llames médico, porque te hará muchas visitas, juntas y más juntas y...... ¡nada!...... te llevan el dinero de boba.

—Esa es la mia.

—Tú *conosiste* á Regla?

—La mujer del jorobado?

—La misma.

—*Hase* cuatro meses que murió.

—Y quienes la mataron?.... Los médicos. *Desian* que tenía *nofrítico* el estómago.... ¡Qué brutos!......

—Y la operaron?

—Ella no quiso.... ¡Mire V. que médicos!.... *Desir* que tenía *frito* el estómago cuando se sabe demasiado que no era así.

—Qué tenía?

—Un *sirro*. El negro Chucho me lo dijo.

—Qué Chucho?

—El *negrito brujo*.

—Y ese cura?

—Divinamente...... ¿Te acuerdas de Tomasa?...... La curó en dos dias.

—De qué?

—Que le echaron no sé que cosa en uua *tasa* de café y la pusieron boba...... ¡Quién sabe si á tu hija le habrán echado brujería!......

—Ahora recuerdo que cayó mala desde el diá que Luis le regaló una rosa de Alejandría.

—Qué Luis es ese?

—Un pretendiente.

—Y ella le correspondió?

—No.

—Seguramente ha sido él. Dentro de un rato te mandaré á Chucho por acá. Adios, Lolita, que te mejores.

—*Grasias.*

—Adios, jóven.

—Vaya V...... con Dios!...... Doña Lutgarda ¿tendrá V. valor de poner á su hija en manos del *negrito brujo?*

—Quién sabe, don Pantaleon! El mundo está muy *corrompido*.... ¡Quién sabe si á mi hija le han echado *brujería!*

—V. cree en esas cosas?

—Donde hay campanas hay de todo.

No tardó mucho en llegar el *negro brujo.*—¿Vive aquí doña Lutgarda *Inosente?*

—Si, adelante.

—Doña Benvenuta me mandó. ¿Quién es la enferma?

—Yo.

Chucho despues de examinarla dijo:

—Doña Lutgarda, tengo que hablarle.

—Habla.

—A V. sola.

—Dispense V. un momento, don Pantaleon.

Hablaron tan bajo que no pude pescarles ni una frase. Como á los diez minutos se levantó Chucho.—Enseguida vuelvo, tenga V. preparado lo que la dije.

—Puedo saber de lo que Vds. trataron, doña Lutgarda?

—De nada, *dise* que á Lolita le han echado *brujeria.*

—Y eso no lo pudo decir alto?.... sea V. franca....

—Me dá V. su palabra de no *haserle* ni *desirle* nada?

—Se la doy.

—*Dise* que V. fué.

—Yo!.... En cuanto vuelva lo extrangulo.

—Me ha dado V. su palabra......

—Que sabré cumplir ¿Qué más le dijo?

—Que dentro de un rato volverá á curarla; pero no quiere que V. lo vea.

—Así serán las diabluras que intentará!

—Y que me vá á dar un pomo con una tintura para volverlo á V. loco.

—A mí! Me alegro saberlo. Quiero sin que él lo sepa, estar mirando la operacion.

—Cómo?

—Escondido detrás de la puerta del cuarto.

—Y si él lo vé?

—No me verá.

—Ya viene!......

—Al escondite me voy......

—Se fué el jóven ese?

—Detrás de tí.

—Tardará en volver?

—Hasta la noche.

—El ha sido el que le ha echado la *brujería* á su hija, en los ojos se lo *conosí;* pero aquí tiene V. la *vengansa*, échele el contenido de este pomito en el café y al cuarto de hora habrá perdido la *rason.*

Intenciones me dieron de salir y pegarle una paliza; sin embargo, me contuve.

—Conque ¿dónde la curamos?

—Aquí mismo.

—*Sierre* los postigos de la ventana y déme las dos tinas con agua.

—Aquí están.

—Y los candeleros con sus velas?

—Tambien.

Chucho puso una silla á la derecha y otra á la izquierda del mecedor de Lolita con una tina y candelero, con su vela encendida cada una.

—Quítese las medias y los *sapatos* la niñita.

—No me da la gana! ¿Quién ha visto curar así?

—Quítatelos, hija, es *nesesario.*

—Pero, mamá, si *hase* un mes que no me puedo lavar y tengo los piés *susios.*

—Mejor que mejor.

—Me los quitaré.

Chucho cojió los zapatos y les introdujo un objeto, murmurando palabras misteriosas que no pude percibir.

—Póngaselos sin medias.

—Ay! ¡Qué cosa tan fría tienen dentro!.... ¿Qué es?

—Lo que le va sacar el *daño.*

—Ay! dos lagartijas! ¿Y si me muerden?

—Estan muertas y preparadas.

—Me los pondré.

—Meta las manos en las tinas hasta la muñeca.

—Y esas velas para qué son?...... ¡Yo no estoy muerta todavía!

—El fogon con candela, doña Lutgarda.

—Aquí está.

—Echele el *insienso*.

—Con el humo me dará la tos!......

Al echar el incienso la tos le atacó á Lolita con tanta fuerza que se desmayó. No me pude contener y saliendo de mi escondite agarré á Chucho por el cuello diciéndole:—¿Es así como tú curas, miserable? ¡Lárgate ántes que llame á la policía!

—Don Pantaleon, no le haga nada.

—No le haré más que esto para que vuelva á traer pomitos con qué volverme loco. Y pegándole un puntapié lo hice salir á toda prisa de la casa.

—Señora, ¿cree V. aún en los curanderos y los *brujos*?

—Y creeré miéntras viva.

—Pues si hace dos meses por una pequeña contradiccion estuvimos políticos, no me hable V. más nunca si le parece; pero voy á buscar un médico.

—Se guardará V. muy bien de traerlo! En mi casa mando yo!

—Ha matado V. á su hija!......

—Yo!......

—V.! ó á lo ménos sus creencias. Sepa V. que lo que tiene es una tísis galopante.

—Y morirá?

—Es lo más probable.

—Ay, don Pantaleon! Traiga V. al médico, se lo suplico. Si úno es poco, dos, tres, los que hagan falta.

Fuí á buscar al médico. Este, despues de haber practicado un minucioso exámen á la enferma, recetó.

—Qué tal la encuentra V., doctor?

—Ya no tiene remedio; está en el último periódo de la tísis. Al principio, tal vez la ciencia hubiera podido salvarla; pero en el estado en que se halla, es imposible. Sin embargo, denle cada cuarto de hora una cucharada de lo que dejo recetado y cuando tosa, dos del calmante. Adios.

—Adios...... Este médico puede haberse equivocado, llamarémos á otro.

—Será del mismo parecer.

—Ay, don Pantaleon, mi hija no tiene cura!

—Quién sabe. Deme la receta, iré á buscar la medicina.

Observamos el plan curativo, al pié de la letra, trabajo inútil; á los nueve dias dejó de existir la desdichada Lolita.

—Y ahora, doña Lutgarda, creerá V. en los curanderos?.. Ahí tiene V. las consecuencias. Lo mismo les sucede á los incrédulos que se fian de personas ignorantes al principio de una enfermedad, y solo llaman al facultativo pará que de la certificacion.

—Don Pantaleon, estoy desengañada; y así como antes de *resibir* tan funesto golpe no dejaba entrar en mi casa á ningun médico, le juro que, desde hoy en adelante, no entrarán en mi casa más curanderos ni curanderas.

CONSECUENCIAS DEL JUEGO DE LOS CHINOS.

Mucha es la aficion que se nota en toda la Isla á esta clase de juego, con el que los hijos del celeste imperio hacen su Agosto. Los periódicos, raro es el dia que no traen algun suelto referente al asunto, predicando en desierto, porque el pueblo sigue lo mismo. Personas hay que no teniendo más que estrictamente lo necesario para sus alimentos, no les pesa el quedarse sin ellos por jugar aquello que soñaron.

Componen el juego treinta y siete figuras, piezas ó animales, como el Lector quiera llamarlas, dividivas por cuadrillas en la siguiente forma:

Cinco guapos.—Lombriz; Cochino; Luna; Tigre; Buey.

Cuatro mujeres.—Paloma; Piedra fina; Lanchao; Mariposa.

Cuatro muchachos.— Taypen; Rana; Perro chiquito; Mono.

Cuatro curas.—Padre cura; Fuma ópio; Santa Mujer; Gato amarillo.

Cuatro caballeros.—Pescado blanco; Muerto; Caracol; Pavo real.

Siete cabrillas.—Perro grande; Caballo; Elefante. Lancha; Raton; Gato boca; Avispa.

Cinco limosneros.—Majá; Araña ó Pato; Chivo; Venado; Camaron.

Cuatro peones.—Pescado pozo; Gallo; Aguila: Jicotea.

El dueño del juego tiene sus dependientes que se llaman "apuntadores." Estos, por ejemplo, en la Habana, se sitúan en diferentes barrios donde ya son conocidos. Media hora ántes de dar á conocer al público lo que salió, llevan una lista detallada al dueño de lo que tiene apuntado cada figura y la cantidad que les pertenece. Este revisa las listas minuciosamente y de las treinta y siete figuras la que no tenga nada, ó si todas tienen, la que ménos le haga desembolsar, es la que dice que está premiada; paga á sus dependientes y estos van á dar la noticia al pueblo que impaciente los espera.

—Qué salió? ¿Qué salió?

—"Camaron".

Aquí es lo bueno, todos hablan á un tiempo; unos dan patadas furiosos en el suelo, reniegan de su suerte y se tiran de los cabellos, otros le dicen al chino que hubo trampa y quieren entrarle á mogicones, armando barullo tal que no hay Dios que los comprenda.

Nada hay en esto ni en lo que voy á relatar de exajeracion; no haré más que copiar al pié de la letra las escenas que con bastante frecuencia he presenciado.

Alejo, marido de Conchita, gana dos pesos diarios de peon de albañil y no malgasta ni un centavo; por las mañanas al ir para su trabajo, deja en su casa un peso para el almuerzo y la comida. Conchita regateándole á la negra carnicera, al bodeguero y al verdulero, siempre economiza su realito con que jugar á los chinos. A Alejo no le dan más que una hora para almorzar y trabaja un poco léjos de donde vive, por lo cual, Conchita le tiene la mesa preparada para que cuando llegue pueda hacerlo á la carrera. Una mañana no encontró Alejo la mesa puesta como de costumbre.—¿Cómo fué, Conchita, te quedaste dormida?

—No.

—Pues dame el *almuerzo* que se *hase* tarde.

—Todavía no está.

—Ya son las nueve y media.

—Qué sean las *dose!*...... Me dolía mucho la *cabesa* y no me dió la gana de *cosinar.*

—Y que *almuerso* yo?

—Por un dia que dejes de *almorsar* no vas á morirte.

—Pero quiero *haserlo* diariamente, *pá* eso trabajo. Conque ¿dónde está?...... ¡Vamos!

—No sé......

—No sabes?...... Pues dame el peso que te dejé esta mañana, iré á la fonda.

—Y yo?

—Come *gambusinas!* Venga el peso.

—Lo perdí.

—Y porqué no me lo dijistes al *prensipio?*.. Dónde se te perdió?

—De la sala á la *cosina.*

—Quién ha estado aquí?

—Nadie.

Alejo registró la casa sin encontrar el peso; frenético cojió un palo y agarrando á Conchita por un brazo le preguntó:

—Dónde está el peso?

—Ya te dije que se me perdió.

—Y cómo no lo encuentro en ninguna parte?...... Conchita, ó me *dises* la verdad ó te doy una *palisa.*

—Me juras no *hascrme* nada?

—Dime la verdad.

—Pero tú me juras?......

—Sí.

—Bota el palo.

—Ya...... ¿Qué *hisiste* con el peso?

—Voy á *desirte* la verdad, Alejito; fué que anoche soñe con la "lombriz" y como *hase* muchos dias que no sale, le apunté el peso y lo perdí.

—Y yo no te he dicho que no juegue á los chinos?

—Y si hubiera ganado?

—Ni de una manera ni de otra quiero que juegues, y el dia que vuelvas á jugar me voy de tu lado.

—Desde ahora si quieres puedes largarte. ¿Acaso *ncsesito* de tí?...... Soy muy jóven todavía y no me faltan gallitos que me quieran, mucho más *desentes* y de mejor *posision*.

—Cállate, Conchita......

—No me dá mi regaladísima gana!

—Mira que te meto la mano......

—Porqué soy mujer. ¿A qué no le dás á un hombre como tú, *manfriso?*

—Conchita!......

—Sí, *Manfriso! manfriso!* ¿Cómo no te *kisiste* guapo con Cantúa?

La contestacion que le dió Alejo fué una bofetada. Ella con un jarro de lata lleno de agua, que fué lo que más á mano halló, le mojó de piés á cabeza.—¡Al momento te largas!

—No es *presiso* que lo digas, yo soy la que no quiero estar más con un hombre tan *sinvergüensa*.

Conchita hizo un lío con su ropa y fué para casa de su madre, y Alejo sin haber almorzado tuvo que volver á su trabajo. Desde aquel dia se separaron.

La rifa asiática será muy buena; pero te aconsejo, Lector, que no la juegues. A cuántas personas que teniendo un modo de vivir si no con lujo al ménos con desencia, ha sumergido en la miseria! Muchas son y en el cuadro siguiente te convencerás de lo que digo.

Andrés y Sofía hacía seis años que estaban casados y nunca les había faltado nada; ganaban lo necesario para los gastos de su casa, él con un puesto de frutas que tenía y ella con las costuras. Vino el juego de los chinos; Andrés sin ocuparse del puesto de frutas que muchas veces dejaba abandonado, ni de las lágrimas de su esposa que veía la ruina de su casa, ningun dia dejaba de jugar.

—Andrés ¿porqué juegas á los chinos?

—Porque me gusta.

—Pero nunca ganas.

—Cuando yo les coja la *manganilla* verás si me desquito.

—Miéntras tanto vás perdiendo lo que tienes.

—Ya lo recuperaré.

Vana esperanza! El puesto iba decayendo y Andrés se vió sin crédito y sin dinero con que surtirlo.

—Mira que nos arruinamos, Andrés.

—No lo creas, Sofía, ya voy cojiéndoles el juego y pienso vender el puesto á uno que me dá *sien* pesos por él; yo te juro que con ese dinero tanto he de ganar, que volverémos á ser dichosos.

—*Susederá* como siempre que juegas.

—No seas testaruda, Sofía; el juego de los chinos es muy legal y aunque me maten seguiré jugando á él. Hoy mismo vendo el puesto.

Así lo hizo; pero el dinero fué á parar á manos de los chinos. Andrés no escarmentó con eso y quiso dar el último golpe.

—Sofía, dame tus prendas.

—Para qué?

—Para empeñarlas.

—De ninguna manera. Esas las quiero para el dia que no tengan mis hijitos que comer.

—Y son tuyas acaso?.... Tú te la pones; pero son muy mias porque me han costado mi dinero.

—No te las doy.

—Si, *corasonsito* de *melon*, verás cómo triplico la cantidad.

—No, no y no.

—Me las llevaré á la *fuersa*.

Andrés fué á abrir el escaparate; Sofía se adelantó y quitó la llave de la cerradura.

—Dame la llave......

—Me tienes que matar para quitármela.

—La llave!

—Que no te la doy!

—Abriré sin ella.

Salió á la calle y volviendo con un martillo y un punson, se dirijió al escaparate.

—Andrés ¿será posible?

—Y poderoso!...... Déjame, que voy á saltar la *serradura.*

—No es *nesesario*, toma la llave.

Andrés soltó las herramientas y abrió el escaparate contentísimo.

—Aquí están las prendas!...... Un par de pulseras, tres sortijas, un alfiler de pecho, el anillo con que nos casamos y un par de aretes. A la casa de empeño me voy.

—*Has* lo que te *paresta* ¡mal marido!

—Si tú me vas á *desir* á que lo debo jugar......

—Yo!......

—No, no me digas nada. Hoy he tenido cuestion contigo y tú eres mujer, debo jugar las cuatro mujeres, son las siete, á las ocho se juega, tengo tiempo de apuntarlas.

Andrés empeñó las prendas y apuntó las cuatro mujeres para el juego de las ocho, tuvo poca suerte, fué premiado el "perro grande." Las jugó á las diez, le tocó á la "luna." Siguió con las mismas figuras para el juego de las dos doblando la cantidad, tampoco acertó, la "rana" se llevó el dinero. Desesperado dejó las mujeres y apuntó al "tigre," entónces salió "piedra fina," una de las figuras pertenecientes á la cuadrilla de las mujeres.

—Qué salado soy!—decía,—jugué las cuatro mujeres á las ocho, á las *dies* y á las dos y no salió ninguna, las dejé en el juego de las *sinco* y sale "piedra fina," ¡mal rayo me parta!

—Te *susedió* lo que yo te *desía* ó no? Ahora qué comen nuestros hijos?

—Miéntras fíe el bodeguero......

—Sí, para que nos abochorne donde quiera como lo *hase* el de la *plasa* por *catorse* pesos que le debes...... Ninguna *nesesidad* teníamos de esto.

Sofía tenía razon, con el puesto de frutas nunca le debieron un centavo á nadie y desde que Andrés lo vendió no tenían más que trampas y disgustos. ¿Estás convencido, Lector?...... Ahora te referiré las escenas que diariamente pasan con los a-

puntadores. Casi todos tienen alquilado un cuarto en una ciudadela. Desde las seis de la mañana empiezan á llegar los inocentes que van á dejarles su dinero. Allí se ven hombres de levita y en mangas de camisa, criados que quitan una parte de la cantidad que les han dado para la plaza, muchachos, en fin, muchas personas de ámbos sexos, edades y colores.

—Medio de "anguila"!

—Apúnteme un *riál* al mono!

—Las siete cabrillas, medio á cada una!

—Hola, Dorotea!

—Qué hay, chinita? (Estas son dos criadas; una es lavandera y la otra cocinera.)

—Cuánto juegas hoy?

—Medio peso *ná* más, hija! Estoy en una casa que son muy *sicateros*, no pude cojer más *póique* no me dan más que *dose riales fueites pá* la *plasa*.

—Yo juego tres *riales* que le robé á mi *marío* al "gato amarillo," *póique* una negrita que vino anoche á casa no *hasía* más que cantar ¡Amarillo, suénamelo pinton!

—Pues yo voy á jugar dos *riales fueites* al "raton" *póique* hoy cuando me levanté había uno grandísimo en la ratonera, y otros dos *riales fueites* al "gato de boca," *póique* cuando lo saqué *pá* fuera el gato lo trancó.

—Apúntale aunque sea un *mediesito* á la "jicotea."

—Esa no sale hoy, salió ayer.

—Por eso te lo digo, los chinos son muy *jubilaos* y la pueden *repetil*.

—Bueno...... Apunta, Enrique, dos *riales* al "raton," dos al "gato de boca" y uno á la "jicotea."

—Tú, mulata bunito, yo tiene mucho dinelo *patí*.

—Safa, chino, que tú fumas opio!

—Yo no fuma opio...... Yo fuma sigalo, tabaco, esí tá bueno.

—Siá!—dijo la mulata pegándole un rabazo al hijo de Canton.

Poco despues ví llegar á un jóven que creí conocer, no me engañé, era Balujita.

—Qué hay de tu vida, Pantaleon?

—Ya lo vés, Balujita ¿Qué vienes á buscar aquí?

—A jugar.

—Tú tambien juegas á los chinos?

—Y gano todos los dias.

—Cómo?

—Porque juego muchos animales y poco dinero y además porque cojo al vuelo las *adivinansas*. ¿Quieres verlo? Ven.... Chino, dime la *adivinansa*.

—Uno casa cerrao, esi hombre tá dentro y sale mucho humo.

Balujita se puso á pensar...... "Uno casa cerrao.... sale mucho humo...... Ya sé lo que es, Pantaleon; "fuma opio," apúntale tres pesos.

—Yo no juego.

—Cuando te digo que vás á ganar! *Haste* cargo que yo desde que salí de escribiente estoy viviendo á costillas de los chinos, y ya les he cojido tan bien el juego que raro es el dia que no gano cuatro ó *sinco* pesos.

—Entónces no trabajarás......

—Que trabajen los bueyes que tienen el cuero duro!

—Dichoso tú.

—Todo es acostumbrarse, chico; no hago ni un *pimiento*, la viejita aquella que tú sabes me mantiene y yo soy el jefe de la casa...... A ver, chino, dos reales al "fuma opio," medio al "pavo real," medio al "gallo," medio á "Lanchao" y un real á "taypen." Falta medio para *sinco* reales, apúntalo al "buey"... ¿Quieres jugar en vaca conmigo, Pantaleon?

—Ya te he dicho que no juego á eso y me extraña mucho que un jóven como tú, se ocupe tanto del juego de los chinos. ¿Qué dirán de tí?

—Sin cuidado me tiene lo que digan! Por un oido me entra y por otro me sale.

—Y está bien eso?

—*Chico* ¿de cuándo acá? Mira que yo no tengo quien me gobierne.

—Por eso lo haces.

—Ande yo caliente y ríase la gente.

—Más valía que buscases trabajo y no anduvieras de vago.

—Vás á seguir?

—Viviendo á expensa de esa pobre que......

—Adios, Pantaleon!—dijo bruscamente volviéndome las espaldas.

—Que te vaya bien.

Media hora faltaba para que el apuntador se llevara la lista, cuando llegó recatándose una mujer.

—Enrique, tres reales al "elefante."

—Pela poquito.

—Anda pronto, mira que tengo que venir á escondidas de mi marido que es muy *seloso.*

—Ná má?

—Luego te pagaré.

—Yo no fia......

—Toma esa sortija hasta que te pague. ¡Qué desconfiado eres! Yo estoy segura que sale "elefante" porque soñé con él.

Llegó un negrito.

—Medio de "majá"! Medio d[illegible]ton" y medio de "*lombris*" *pá* la niñita!

—Tú ama juega?—le pregunté.

—Ella sí; pero me *dise* que no se lo diga á *naiden*; ese *rialimedio* se lo pidió á mi amo *pá* cascarilla.

Al salir la mujer se encontró en la puerta con el marido que la venía siguiendo.

—Qué *hases* aquí?

—Yo?.... Nada.... Que vine á ver á una amiga.

—Una amiga, eh? Al chino Enrique es al que tú viniste á ver, lo sé todo.

—Qué es lo que sabes?

—El *negosio* que se traen Vds.... ¿Qué papelito es ese?

—Ninguno.

—Déjamelo ver.

—No.

—Mira que aquí mismo delante de la gente, te pego.

—Toma, toma.

—Está escrito en chino para que yo no lo comprenda!

—Si es el "elefante."

—Yo elefante! Ven conmigo, que te voy á *haser* comer el papelito delante de él.

—Sí, es el "elefante" que juego para las ocho, y como no tenía dinero le dejé empeñada la sortija que tú me diste.

—Se la habrás dado en prueba de amor. Vamos-allá.

Ella ántes que él hablase dijo:—Enrique, dame la sortija que te empeñé.

—Tres reales *pacá*.

—Pero tú crees que yo soy bobo y no comprendo que ya te conchuchaste con él?...... Macao, dame la sortija pronto si no quieres que te *abolle* un ojo.

—Papelito *pacá*.

—Tómalo.

El chino entónces devolvió la sortija y el hombre empujando á la mujer hasta la puerta, salieron de la ciudadela. Una vez en la calle, uno de los que habían presenciado la cuestion le gritó:—¡Remolacha!—¡La vieja!—le contestó este apresurando el paso.

Ya era hora de ir á entregar las listas y el apuntador se las llevó. Poco á poco llegaban los jugadores preguntando:

—Qué salió? ¿Qué salió?

El chino se entretuvo por el camino y llegó tarde con la lista, el dueño del juego no se la admitió. Cuando esto sucede, los apuntadores tienen que pagar de su bolsillo las papeletas premiadas, había salido la "jicotea." Parece que no le agradaba mucho esto al chino y cuando regresó á la ciudadela dijo:—No hay juego, papelito pacá yo devuelve *dinelo*.

—Qué *desgrasia!*—decían unos.

—Trampa! ¡Trampa!—gritaban otros.

. Dió la casualidad que las primeras papeletas que le devolvieron fueron las de la "jicotea," y viendo que ya no tenía que pagar premio ninguno, para quedarse con el dinero de las otras figuras que nada les tocó, volvió á salir, hizo que había ido á la casa de juego y dijo cuando regresó:—*Ya jugá,* sale "jicotea."

Aquí fué Troya, los que habian jugado la "jicotea" reclamaban su dinero.

—Yo jugué tres *riales*. ¡Tramposo!

—Yo una peseta. ¡Ladron!

—Papelito *pacá* yo lo paga pronto.

Una mulata se encaró con él.—A ver si me pagas tres *riales* que jugué á la "jicotea," ladron!

—Papelito......

—Tú no me devolviste mi dinero?...... Mis tres *riales* me lo pagas, son nueve pesos.

—Yo no paga ná, sin papelito.

—Eso tienes tú de ladron y *sinbelgüensa*. ¡Permita Dios que te dé el cólera de tu tierra ó que te apuñaleen en una esquina! Tú me vás á pagar, esto no puede quedarse así, voy á buscar á mi *querío*.

Llegaron otras personas que maldijeron á su gusto al apuntador, entre ellas, Balujita.—¿Qué salió?

—"Jicotea."

—Jicotea!...... ¡Qué tramposos son Vds! ¿Por donde echa humo la jicotea"? No vuelvo á jugar más nunca.

Como al cuarto de hora volvió la mulata con su amigo, este era uno de los cheches de Jesus María.

—Chino *¿poiqué* tú no le pagas lo que sale á las mujeres?

—Yo no tiene que vé *ná* contigo.

—No tienes que ver? Pues ahora me vás á dar el dinero de á hombre.......

—Papelito......

—Vamos, señores,—dije yo,—se concluyó.

—No hay *novedá*, niñito! se concluyó. Yo *respeito* á los

hombres; pero ese Macao me la tiene que pagar aunque se meta debajo de la tierra.

No sé si se la cobraría, lo cierto es que el chino sigue apuntando sin novedad, y que todos los dias estoy presenciando escenas iguales á las que acabo de referir.

UN BAUTIZO.

Nada más grato que ser el padrino en un bautizo, cuando los padres de la criatura son personas dignas de que se contraiga con ellas el sacramento; pero si son como las que á mí me pusieron en el compromiso de bautizarles un fruto de su amor, entónces lo grato se convierte en desagradable, pues además de no hacerlo voluntariamente tiene uno que luchar contra las exigencias é impertinencias propias de personas que no han recibido educacion..... Mas dejando á un lado las digresiones, me voy al asunto directamente.

Alejo y Petrona hacía diez y ocho años que estaban casados, cuando tuve la *dicha* de conocerlos, por cierto que fué de una manera original; á Petrona le daban accidentes, y cuando esto sucedia, y no había hombres en la casa, llamaban sus hijas á los transeuntes para que entrasen á sujetarla, pues los vecinos sabían demasiado que eran fingidos y ningun caso les hacían... Yo, que cruzaba una nóche por la casa, al oir las voces de ¡auxilio! ¡Qué mamá se desbarata! ¡Entren!... creyendo sería otra cosa, fuí uno de los que entraron. ¡Qué cuadro más hermoso presencié! Alejo procuraba inútilmente levantar del suelo á Petrona, que saltaba lo mismo que una mojarra cuando acaban de pescarla.

—Ayúdeme á colocarla en la cama, *jovensito*...... Traigan el éter!

Despues que la colocamos, Alejo le sujetaba la cintura, una de las jóvenes que gritaban en la puerta los piés, la otra la cabeza, yo el brazo derecho, y el izquierdo un viejo que entró junto conmigo.

—Suéltenla, ya se le pasó.

Las muchachas y yo nos separamos de la cama, el viejo y el marido se quedaron contemplándola. Cuando ménos lo esperaban, salta Petrona bruscamente y le rompe los espejuelos al viejo de una bofetada.

—El Diablo que te aguante!—dice este cojiendo su sombrero y saliendo para la calle.

—Sujételа, *jovensito*, que se mata!.... ¡El éter! ¡El aguardiente alcanforado!

A fuerza de darle á oler éter y rociarle el pecho con aguardiente alcanforado logramos hacerla volver en sí. Me dieron las gracias y ofreciéndoles mis servicios me retiré..

Como me suplicaron que los visitase, así lo hice; sabiendo de esa manera que ganaban la subsistencia despalillando tabaco, que á Alejo le llamaban Cucú, á Petrona Caruca, á las muchachas Tojosa y Caruquita, que el novio de la primera era sastre, el de la segunda aprendiz de zapatero y que Petrona estaba en estado interesante.

Antes que naciera la criatura me comprometieron á ser el padrino del bautizo. Caruquita sería la madrina. Al novio no le agradó mucho; pero ella le dijo lo fuera él ya que le disgustaba lo fuese yo. Prefirió no serlo; si yo hubiese sabido lo que iba á sucederme tampoco hubiera aceptado.

El novio de la Tojosa le dió celos conmigo por lo cual tuvieron desavenencias que causaron el rompimiento de las relaciones.

Por fin llegó la hora suprema, Petrona dió á luz un niño.

La comadrona, (una negra de nacion,) decía á la familia:—Lo mimito que su padre, cara suyo, son cara enelle mimo;—y el chiquitin se parecía á su padre como yo. Les pregunté cuando podía ser el dia del bautizo y quedaron en avisarme.

Pasaron tres meses y viendo que nada me decían, busqué el modo de averiguar indirectamente en que consistía la demora; vine á saber era porque Caruquita no tenía botines nuevos ni túnico apropósito para el caso.

—Si en eso consiste, tengo amigos dueños de peleterías, sederías, tiendas de ropas y puedo servirles de fiador.

—Eso es, cuando cobremos el *tersio* de tabaco que estamos despalillando pagaremos.

—Vds. dirán si les aviso para que manden á sus dependientes con los encargos, ¿Qué número calza Caruquita?

—Treinta y dos.

—Eh?

—Anchito.

—Mejor será que V. nos acompañe, de paso compraremos los ramitos y las cintas para los medios.

—Mamá, ya los medios con *sintas imprimidas* no se usan.

—Mandaré á imprimir tarjetas. ¿Qué nombre le ponemos al muchacho?

—Benito.

—Romeo es más novelesco.

—Mejor es Abelardo.

—Ni Benito, Romeo ni Abelardo se le pone, el de mi marido y el nombre que sacó. José, Benvenuto, Alejo.

—Y el del padrino?

—Tambien.

—Va á tener el muchacho más nombres que un almanaque.

—Para que no haya disgustos se llamará José de los Anjeles Benvenuto Romeo Abelardo Alejo Pantaleon.

—Llámenlo Vds. como les dé la gana, á mi nadie me hará llamarlo sino Bubú, que era como mi abuelo me decía.

—Conque ¿cuándo lo cristianamos?

—El Domingo.

—Dia de fiesta! Van á reirse de nosotros, el Sábado.

—Perfectamente. Esta noche iremos á comprar lo que se necesite. Adios.

—Adios, don Pantaleon.

Al oscurecer fuí á buscarlas. Llegamos á la peletería, trabajo le costó al dependiente convencer á Caruquita de que el número treinta y dos no le servía, tenía los pies anchísimos, los juanetes muy pronunciados y era imposible que pudiera introducirlos en zapato tan pequeño; tuvo que tomar un par del treinta y seis.

—En la tienda de ropas despues de haber revisado una partida de génèros se decidió á llevar catorce varas poplin color de rosa y en la sedería además de los adornos para el vestido y los ramitos, tres abanicos, uno por cabeza.

La víspera del bautizo quitaron las muchachas las telarañas de las paredes y baldearon los suelos de la sala, primer cuarto, cocina y comedor. Petrona y Alejo estaban contentísimos.

—Alquiló los carruages, Pantaleon?

—Para qué? ¿No tenemos la parroquia á media cuadra de distancia?

—Pero dirán que *semos gentusa.*

—Lo ménos cuatro se necesitan. Yo hé convidado á Coquito y sus hermanas para que vayan á la Iglesia.

—Yo como padre de la criatura tengo que ir con el padrino.

—Tulita y Carlotica tambien quieren ir.... Con tres carruajes de pareja y cuatro asientos habrá bastante.

—Se alquilarán.

—Falta el faldellin.

—Hay que comprarlo?

—No, en las casas donde guardan el faldellin conque *bautisaron* algun niño, se salan, sirve para enterrarlo.

—Lo alquilaré.

—Ven temprano mañana, iremos juntos á la plaza á comprar las provisiones, si vas solo pueden engañarte.

—Hay que darles de almorzar y de comer á los convidados?

—Como es la costumbre bautizar por la tarde hay que darles de comer.

—Yo quisiera bailar, papá.

—Y yo tambien.

—Bailarán, hijitas. Esta noche le hablo al cojo para que venga con el acordeon.

—*Bailesito?*...... Mira Cucú que no me gusta ver á mis hijas bailando con nadie.

—Qué sabes tú, mujer?...... Hasta yo voy á bailar contigo la "Caringa."

—Conmigo? ¡Tambien lo dudo!

—Mañana es dia grande y todo el mundo tiene que divertirse, se come, se canta y se baila. No habrá ná de borrachera, solo tómaremos *serbesa, coñaque* y vino de la pipa. Compadrito, lo espero temprano.

—No faltaré.

Al dia siguiente ántes de salir el sol estábamos en la plaza. Alejo se despacho á su gusto, yo era el pagano y poco le importaba. Un negro cargador trajo la compra para la casa.

—Necesitamos algo más?

—Por ahora, no.

—Entónces me retiro.

—De ninguna manera sin *almorsar*.

—No me hago de rogar, me quedaré.

Despues que almorcé fuí al establo y pedí tres carruajes para las cinco de la tarde que me costaron treinta pesos, recojí las tarjetas, alquilé un faldellin y á las cuatro regresé á casa de mis presuntos compadres.

—Buenas tardes.

—Buenas tardes. Por V. esperábamos.

La sala estaba llena de convidados. Doña Blasa, una amiga íntima de mi comadre era la que llevaba en la fiesta la batuta.

—Ya *hiso* el apunte?—me preguntó.

—Qué apunte?

—El que tiene que llevarle al cura con los nombres del niño, sus padres y sus abuelos.

—Lo ignoraba, Podemos hacerlo en un momenta. ¿Como se llama su padre, Petrona?

—Basilio Torreon, pero todos lo *conosian* por Basito.

—Y su madre?

—La madre de mi padre?

—La de V.

—Canuta Romero.

—Y los de V., Alejo?

—Juan y Domitila Valdés.

A la hora convenida llegaron los carruages.

—Caruquita, trae el niño.

—Eso le *pertenese* á la madrina de *braso.*

—Yo lo seré.

—No, yo!

—Tojosita lo será. V., Pantaleon, lleve esta botella llena de agua caliente.

—Para qué?

—Para entibiar el agua conque lo vayan á *bantisar;* puede *haserle* daño fria y eso le quita el veneno.

—Aquí está el niño.

—Al avío que se vá Liborio!......

Si más caruages hubiese alquilado más intrusos hubieran ido á presenciar la ceremonia.

En la Iglesia el niño no cesaba de llorar, Tojosa le tenía metido en la boca su dedo meñique y no callaba ni por esas. Nuestros acompañantes armaron barullo tal que se vió precisado el sacristan á requerirlos.

Despues de haber recibido el niño el agua del bautismo, le amarré una cinta con dos escudos en la muñeca y á la madrina le dí cincuenta tarjetas con sus medios para que ella las repartiera.

Salimos á la calle, una barrera de muchachos nos impedía el paso gritando:—¡Tin! ¡Tin! *¡Maúro!* ¡Tin! ¡Tin! *¡Maúro!*— Saqué unos cuantos medios que llevaba preparados, se los arrojé y aprovechando la oportunidad miéntras los recojían, entramos en los carruages que partieron á la carrera. Los muchachos nos seguían. Al apearnos nos volvieron á interceptar el paso.

—Oh, *¡Quiribó! ¡Quiribó! ¡Quiribó!*...... *Rialimedio ná* más tiró!

—Cómo real y medio? Tres pesos lo ménos les he tirado. ¡Fuera de aquí!

Los muchachos echaron á correr gritando:

—Madrinita de Carraguao!...... ¡Túnico limpio...... pero *prestao!*

Tojosa me entregó el niño, con él en brazos me dirigí á mi comadre:—V. me lo dió pagano, se lo devuelvo cristiano.

—*Grasias*, compadre.

—Ay, mamá! ¡Qué pícaro es tu hijito!...... Si le hubieras visto cuando le echaron la sal en la boca lo mono que se puso...... me dieron ganas de comérmelo á besos...... se la chupaba así, mira mamá.—Y Caruquita trataba de imitar el movimiento que le dan los niños á sus labios cuando están mamando.

—Y cuando le echaron el agua?...... Aquello si daba gusto...... no dijo ni pio! abría los ojitos y meneaba las *paticas* contentísimo.

—Hijo de mis entrañas!

Saqué las tarjetas y los ramitos para repartirlos; á mi comadre le dí uno con un doblon y á la madrina de brazo otro con un escudo.

—Medio, padrino! ¡Medio!

—A mí, padrino!

—Madrinita, madrinita, medio!

—El padrino tiene; á mi se me acabaron.

Yo no la ví repartir ninguno.

—Doña Blasa, tome su medio.

—Creí que te olvidarías...... Medio para mí, medio para mi hija...... uno para Felipito.... otro para Juanito.... dos para las muchachas que vinieron conmigo......

—Yo les dí ya.

—Nueve para mis *nietesitos*, no vinieron porque al que no le falta los *sapatos* le falta la ropita..... dos para sus padres....

—Va V. á seguir?

—No seas *pechicato!*

—Es que no tengo ninguno en plata.

—Dámelos en papel.... ¿Quién más me falta, Dios mio?.. ¡Ah! medio para el negro cargador...... uno para el negrito que *hase* los mandados...... otro para la mondonguera...... Arturito murió; pero si quieres darle su medio yo lo guardaré para comprarle *dulse* y llevárselo á la gloria cuando me muera.

—Al infierno irá V. que lo que es á la gloria......

—Para no mortificarte más dame dos pesos, los cambiaré en medios y se los daré á los que no puedo recordar ahora.

—Tómelos V.; pero quítese de mi vista.

Poco despues entró un muchacho sucísimo, sin zapatos ni sombrero, traía la camisa por fuera del pantalon y un tabaco de marca mayor.— Carúca *dise* mi *mae* que no puede *venil polque* tomó purgante y *papito* no la deja salir, que le mande su medio.

—Compadre, dele medio á es muchacho.

—Medio *ná* más?

—Cuánto querías?

—Un *rial pá* mí *pá* bolas, medio *pá* mamá y medio *pá* mi *helmanita* la *chiquirritica.*

—Toma y lárgate.

La comadrona cargando al niño me preguntó:—No hay *ná pá* mi?

—Qué quieres tú?

—*Ná,* yo resibí la muchacho porque no caiga lan suelo, le curá lombligo, lo fajá, le dá lo cucharita paladeo con pruga y lo bañá dimpué bien bañao.

—Toma medio peso.

—Ajajajá! Que tata Dió se lo couserva! Y lo dá uno lotería grande.

—Pantaleon, acompáñenos á dar un paseo en los carruages.

—Como Vds. quieran; compadre, venga.

—No será mejor comer ántes? Ya tengo hambre.

—Tiempo hay para comer. Julia, Sofía, vamos.

—Las que fueron á la Iglesia que no vayan.

—En cada coche podemos ir cuatro mujeres, los hombres que se coloquen en el pescante.

El paseo duró más de una hora, cuando regresamos encontramos la mesa puesta.

—Señores, á comer.

Con una rapidez pasmosa obedecieron los convidados.

La mesa, aunque era espaciosa, estábamos en ella como sardinas en cuñete. Allí no había etiqueta, cada cual se servía de lo que más le agradaba sin reparo; yo si no ando listo me quedo sin comer.

La cerveza y los licores reunidos al vino navarro de la mesa calentaron los cascos á muchos, particularmente á mi compadre que con una copa en la mano me improvisó lo siguiente:

Pantaleon es mi compadre
Lo digo de *corason*......
Y sepa la sublime reunion
Que Caruca, mi mujer, es su comadre.....

—Vaya una *grasia!* ¿Quién no lo sabe?

—No me interrumpan que se me vá la *musia* y le pego un *botellaso* al primero qne vuelva á hablar......

Que Caruca, mi mujer, es su comadre....
Esto aunque á nadie le cuadre
Yo lo sostengo donde quiera de á hombre....
Sin que ninguno se asombre
Diré con valentía......
Que le ha sacado el Diablo este dia
Al hijo de mi mujer y que le puso su nombre.

—Bravo! ¡Bravo!

—*Grasias, cabayeros*...... ¡Caruca!...... Echame *toiticos* los frijoles de la fuente en mi plato.

—Para que revientes como un *siquitraque?* No, señor.

—Cómo no señor?...... Mira que te doy un *aletaso*.... Hoy muero en mi ley comiendo frijoles y lechon.... Venga la fuente...... *Cabayeros*, coman sin *mieo*, mi compadre trae más

de la fonda si se acaba...... llénense la barriga como yo.... Vino, compadrito......

—Mire que no le conviene.

—Qué no me conviene el vino?.... La *giniebra* es la que me *hase* daño; pero la uva, nunca...... No he tomado más que cuatro deditos.

—Parados el uno encima del otro.

—Hoy es dia grande.

—Ya lo veo.

Cuando nos sirvieron el café, doña Blasa hizo que lo tomara amargo mi compadre. Nos levantamos de la mesa y fuimos para la sala á rendirle culto á Terpsícore. El cojo con un acordeon, un negrito con una botija y otro con unos timbalitos componían la orquesta.

Al concluir la primera danza entró el novio de Caruquita. Traía el sombrero abollado, la ropa llena de tierra y un ojo magullado. La borrachera que tenía superaba á la de mi compadre. Caruquita le preguntó:—¿Dónde has estado?

—*Peliando.*

—De veras?

—Y que fué? Conmigo no hay *ná*!.... Yo soy un hombre *reondo*...... Hoy primero estuve en una rumba en la Chorrera y luego picándome el pellejo con uno que le daba á la lata.... muy sabroso!....

—Y así vienes á verme? ¡Qué *desgrasiada* soy! Pantaleon, mire, mire como viene Luis.

—Un poco alegre.

—Alegre? Borracho perdido.

—Untándole limon en la frente se le pasa.

—Hágame el favor de llevarle para el comedor.

—Quién le habla en ese estado?

—Por su madre se lo suplico.

—Haré lo que pueda por convencerle. Luis, tenga V. la bondad de acompañarme á tomar un dulce.

—*Dulse?*.... ¿De veras, don Yagruma?.... Yo no tomo más que aguardiente y *coñaque* fuerte, bien fuerte!

Esto lo dijo de una manera que llamó la atencion de los convidados. Uno que parece estaba enamorado de Caruquita le preguntó:

—Ese es tu novio, Caruquita?

—No sé......

—Voy á probarte que no te quiere y que se burla de tí.... Oye nuestra conversacion.... ¿Qué hay de tu vida, Luisito?

—Hola, *Chocosuela!*...... No hago ni un pimiento, ni pienso!.... Ya dejé la *sapatería*.... voy á vivir del *cuero*.... ¿Quién es ese *saramaguyon* que está á tu lado, mi *helmano?*

—Con quien habla V.?

—Con cualquiera!.... No porque me han *abollao* un ojo aguanto que nadie me pase la mota....

—Vaya V. á dormir.

—A dormir irá V.... Y mire no se descarrile conmigo porque yo soy de ají guaguao.... á cualquiera le pico el pellejo de un *navajaso.*

—No le haga caso. Di lo que te pasó.

—*Ná, chiquete*!...... Tú sabes que *hase* un mes tengo mi *revólver* y el reloj en casa de Padrino......

—Componiéndolos?

—Me dijiste, *sombrereta*!.... *Empeñao*.... Pues figúrate que estando parado en la calle de los Corrales, entre Obispo y la *calsada* de Belascoain.... esperando la hora de hablar con aquella chacha que tú sabes.... llega el *Jorobao* y me *dise* que ella tenía su quiquiriquí por otro *lao*.... Voy *pallá* y le dije *atrosidades*, le tiré la bola gorda, mi *helmano*!.... pues ella me dijo que sí, que tenía otro novio más *desente* que yo, que me fuera á la porra!.... *Desirme* eso á mí!.... A mí que les he dado *calabasa* amarilla á noventa y nueve y las he botado como chancletas viejas.......

—Sí; pero á tí te botaron un ojo.

—La *desgrasia, Chocosuela,* la *desgrasia*!.... Aquí donde tú me vés yo soy de *pitiminí golpeao.*

—Deja eso; vamos á lo que interesa.

—Salgo de allí dispuesto á rajarle las tripas al taco ese, mi *helmano*.... *confiao* en mi revólver y en mi compañero el *Jorobao*.... Al llegar al campo de Marte lo encontré.... no le dije *ná*.... ¡fuá! ¡fuá! *galletasos* van y *piñasos* vienen....

—Maldita sea mi suerte! ¡Que buen marido voy á tener!

—No ha sido *ná cabayeros*...... un *golpesito* en el *hueso de la alegría ná* más

—Sigue tu cuento.

—Tengo el tragadero seco...... dame un poco de *coñaque* si quieres que siga.

—Despues lo tomarás.

—Donde estábamos?

—Cuandos te dieron los *galletasos.*

—Me quedé *sinsorinso*...... Yo gritaba. ¡Ahora, *Jorobao!*...... ¡Ahora, mi *helmano!*...... ¡Quémalo, Jorobeta!.. Pero *ná,* yo seguía *resibiendo candangasos* en la caricatura pues mi compañero iba cojiendo resuello por la puerta de tierra.... Viendo esto, meto mano á la *faltriquera* y *jalo*.... por la papeleta del revólver.... al mirar á mi alrededor ya no había nadie y noté que hasta la india de la pila corría....

—De miedo?......

—Qué!.... Si era yo. que al verme solo apretaba el paso...... Cualquier figurin duerme en el suelo y corre.

—Como vás tú enseguida á correr para la calle—le dijo mi comadre—y no vuelvas en tu vida por mi casa.

—Ni falta que *hase!*...... Queriéndome Caruquita me la robo.

—A mí?.... Sigue con la otra, *haste* cargo que ni me *conoses.*

—Ay! ¿de veras?.... *Pá lo que tú sirve man que ti julla, canilla flaca.* Adios.

—Vete á los infiernos.

Luis fué con la música á otra parte.

El baile continuó hasta las once, hora en que se retiraron los convidados.

Caruquita muy aflijida lloraba la pérdida de su amante. Tojosa procuraba inútilmente consolarla.

—Con el tiempo lo olvidarás. A mí no me botó Domingo despues de dos años de *relasiones?*.... Pues ya no me acuerdo de él.

—Y tienes valor de llorar por ese borrachin, hija?

—No lloro por él, lloro porque es el quinto novio que se me escapa.

—Yo no te lo *desía?*.... Tú no me porfiabas que Luis era *desente?* Me alegro que te haya *susedido* eso.

—Al *prinsipio* no era así.

—Bien pronto sacó las uñas.

—Comadre, ya es tarde, me retiro.

—Espérese un poco, tengo que hablarle.

—Diga V.

—El cura le diría el sacramento que V. ha contraido con nosotros.

—No lo ignoro. Soy el segundo padre de su hijo.

—*Entónses* se hará V. cargo de comprarle la leche, la ropita, juguetes, y cuando sea mayor correrá por cuenta de V. su *educasion*, le comprará los libros, en fin, todo lo que *nesesite*.

—Quién lo duda? Cuando V. y su marido mueran es mi deber.

—Y estando vivos. Un buen padrino no consiente que los padres de su ahijado le den nada.

—Haré lo que pueda.

—Voy á traerlo para que le dé un besito y le eche la *bendision* ántes de retirarse.

—Si está dormido no le despierte.

—Durmiendo está. Entre para que lo vea.

Al lado de la cuna estaba la cama de mi compadre, que se había acostado con la ropa puesta.

—Comadre, llame á su marido para que se desnude.

—Cucú! ¡Cucú!

—Qué sueño tan pesado!

—Lo que es ahora no le despierta un *cañonaso.*

—Tóquelo.

—Cucú! ¡Cucú!

—Uh!....

—Levántate para que le digas adios á tu compadre.

—Uh!....

—Mas vale dejarlo.

—Sí, que duerma la mona. Mañana voy á ponerle de vuelta y media.

—Debe dispensarle por esta vez.

—Qué diablos tiene debajo?.... ¡Ay, Dios mio, el faldellin!.... Mire cómo lo ha puesto!

—Lo ha desbaratado!.... Y yo que he dejado veinte y cinco pesos en depósito por él.

—Cucú! Mira lo que has hecho.

—No le llame más.

—Dispense, compadrito.

—No merece la pena. Adios.

—Adios.

Considere el Lector como saldría de la casa; tuve que pagar el faldellin.

Las cuentas de la sedería, tienda de ropas y peletería las echaron mis compadres al olvido y yo como fiador tuve que abonarlas.

De cuando en cuando me traían al niñito para que le comprara zapaticos, camisitas, ó le hiciera algun regalo, hasta que un dia cansado de tanta especulacion les dije claramente. "*Queridísimos* compadres, basta de saqueo. Hasta el presente habeis abusado de mi generosidad y condescendencia, desde hoy "en adelante me hareis un inmenso favor con no acordaros jamás "de mi persona."

DOÑA CLETA.

En una de las calles de la Habana, pertenecientes al barrio del Horcon, vivía una *señora* como de cincuenta años de edad, baja de estatura, gruesa, semi-barrigona, nariz muy pronunciada, algun tanto murmuradora y amiga de ofrecer sus servicios al que consideraba podía cobrárselos con usura. Es viuda, y como su marido no la dejó bienes de fortuna, se dedicó á *echar las cartas* y acertar el porvenir por medio de las líneas de la mano. Cristiana como pocas, oye misa diariamente y por las tardes vá á rezar el rosario, sin más galas que un túnico de *listado*, de Holanda, género que usa, segun ella dice, por una promesa.

Esta *señora* aunque se llama Cleta, es más conocida por los apodos de la *bruja* ó la adivinadora. Tiene tres hijos, Chuchú, Tinita y Vivijagua.

La primera es una trigueña que pasa de los treinta abriles, la segunda una rubia que frisa en los veinte y cinco, y el tercero un niño *bitongo* que ha cumplido los diez y seis.

Chuchú y Tinita no se quitan de la ventana más que para almorzar, comer y dormir; y sirviéndole de atalaya la cortina de cañamazo, desde allí vigilan las operaciones de los vecinos. Vivijagua pasa el dia en la calle jugando al *picado* ó en la bodega haciéndole *mandados* á los vecinos; y doña Cleta, cuando no tiene inocentes á quienes hacerles creer sus agüeros, averiguando la vida y milagros de aquellas personas á quienes trata de engatusar.

No crean mis Lectores, (si llego á tenerlos,) que á casa de doña Cleta van solamente los del pueblo bajo, no, allí he visto carruages particulares esperando á señoras que han ido á indagar si sus maridos les son fieles, y caballeros que pretenden saber el modo de triplicar su capital, el nombre de alguno qne les haya jugado una mala partida, ó si tienen enemigos. Doña Cleta cuando no les conoce, á fuerza de preguntar saca en limpio lo que desean saber y les dice lo que le parece. ¡Cuántos disgustos ha ocasionado con sus calumnias!.. ¡Cuántas muchachas que, teniendo sus novios buenas intenciones para con ellas, los han despedido, y no encontrando sustituto se han quedado para vestir santos por creer las indicaciones de doña Cleta!.... y cuántos matrimonios viven en contínua guerra por el agüero de las cartas!

Doña Cleta tiene sus compadres, ó como el vulgo dice, sus *palas*, á los cuales dá un tanto por cada persona que consigan para ella acertarle el porvenir.

Cuando estas no vienen á su casa, doña Cleta, acompañada de Vivijagua, se dirige á la morada del nuevo cliente, que, asombrado de lo que oye, pues no conoce ni de vista á la agorera y es exactamente lo que le pasa, cree á puño cerrado sus observaciones y que tiene parte con el biablo. Nada más natural, cualquiera tendría la misma creencia ignorando que los compadres la han puesto con anticipacion al corriente de los más mínimos detalles de su vida.

Algunas veces doña Cleta se encuentra con la horma de su zapato, pues muchos de los que van á visitarla la exigen diga lo que les pueda suceder sin darle luz, contestando á las preguntas que hace para el efecto; y entónces só pretesto de que su espíritu protector ó el ángel de su guarda, no le acompañan, les pide una prórroga de tres ó cuatro dias, tiempo suficiente para ella averiguar quién es, enterarse de su modo de vivir y combinar el plan para catequizarlos.

Adivinar el porvenir!.... Dificililllo es, y sin embargo, á casa de doña Cleta van diariamente hombres y mujeres de todas

clases, sexos y colores que le pagan generosamente sus embustes. Ella hace bien, tiene mentecatos que crean sus agüeros y de esa manera vive sin trabajar.

Su hija Tinita, hace cinco años que lleva relaciones con un jóven llamado Tripita. Chuchú no puiere tener novio, es enemiga acérrima de los hombres; segun cuentan las crónicas, porque uno que tuvo la dejó plantada y se casó con otra.

Yo adquirí conocimiento con ellas por medio de Tripita, y como amenudo las visitaba me trátaban con la misma fránqueza que si fuera miembro de la familia. Doña Cleta no tenía inconveniente en echarle las cartas á cualquiera delante de mí, Tinita me daba las cartas del novio para que las contestara á mi gusto, y á Chuchú le agradaba mucho cantar conmigo guarachas y puntos del país.

Doña Cleta no tenía hora fija para sus consultas: á cualquiera la encontraba el público dispuesta para ellas. Referiré las que presencié.

—Buenos dias, doña Cleta.

—Buenos dias. ¿Qué se le *ofrese?*

—Que estoy desesperado!.... ¡Hola, Pantaleon!

—Qué te pasa que vienes tan sofocado?

—No me digas nada, Joaquinita me tiene loco.

—Qué Joaquina?

—La muchacha aquella para quien tú me *hisistes* una carta.

—Ya sé....

—*Hase* una semana que se la dí, y como despues pasaba todas las noches por su casa y ella se paraba en la ventana para verme sin devolvérmela, creí que estaría correspondido y gasté *dies* pesos en *selvesa* convidando á los amigos.

—De veras?

—No me interrumpas.... Hoy que no la *pulo* por ser dia festivo fuí á verla y la encontré con un taquito en la ventana que le daba conversacion.

—Y ella no se ocultó cuando te vió?

—Conque tuvo hasta el descaro de decirme: "adiosito, Colorado"....

—Y tú que le contestaste?

—Ni palabra. Me dieron intenciones de tirarles una piedra y salir corriendo; pero me contuve porque estaba una pareja del Orden Público en la esquina.... ¿Has visto qué coqueta?.... Y eso que no tiene más que *trese* años.

—Sería algun pariente.

—Doña Cleta, écheme las cartas; si me sale algo malo busco al taco ese y lo *descuajeringo*.

Doña Cleta trajo una tabla de esas que usan las mujeres para cortar trajes y colocándola encima de sus piernas empezó la operacion.

—Baraje las cartas con la mano *isquierda* y córte con la misma...... Dos *veses* más...... Eso es.

Doña Cleta extendió los naipes en la tabla.—¿*Dise* V. que le dió una carta á esa muchacha *hase* una semana?

—Si, señora.

—Y que vió á un jóven hablando con ella?

—Si. ¿Quién es él?

—Uno que la pretende.

—No te lo dije, Pantaleon!

—Aquí sale una mujer que vive en la misma casa enemiga de V.

—La vieja.

—Es tuerta y fea.

—La mísmita!

—Esa vieja le ha dado dinero á un negro para que lo mate de una puñalada..

—A mí?

—A V.

—Nada más sabe?

—Que si se dedica al canto será un artista.

—Lo que es eso se equivocaron las cartas, doña Cleta; *hase* un año que estoy oyéndole cantar una tonada á Pantaleon y no he podido aprenderla.

—Trabaje con empeño y lo conseguirá.

—Cuánto le debo?

—Lo que quieras.

—Tome *sincuenta sentavos*, otro dia daré más. Adios, Pantaleon, voy á buscar al *mosito* ese que me quiere desbancar.

—Pobre Colorado, que calabazas me le dieron.

—Que se fastidie! A todos los hombres debíamos hacerle lo mismo; no se burlarían de nosotras.

—Pantaleon, tengo un antojo.

—Uno, doña Cleta?

—Sí, echarte las cartas.

—Al instante.

—Antes manda por dos *riales* de panales y refrescarémos. ¿No te *parese?*

—Convenido.

—Vivijagua! ¡Vivijagua!...... ¿Dónde diablos estará metido?

—Dónde ha de estar? En la bodega.

—Llámalo, Chuchú.

—No quiero saber nada con él; esta mañana cuando fué á buscar el tasajo le dije que pidiera la contra de *sigarros* y el muy *jalton* pidió cantúa y se la comió solo.

—Vivijagua! ¡Vivijagua!

—Qué fué, mamá?...... Espera un poco, estoy jugando á los caracoles.

—Mira que te voy á buscar con una tranca.....

—Caramba!...... No puede uno ni jugar!...... *paqué* me llaman?

—Trae dos *riales* de panales.

—Pide la *contra* de pasas....

—No pido *contras pá* nadie, son mias, *pá* eso hago los mandados de guagua.

Doña Cleta despues que refrescamos me dió los niapes.—Baraja y corta lo mismo que tu amigo.

—Está V. servida......

—¿Qién es esta mujer?

—La sota de copas.

—Tú sí que tienes cara de sota. Esta representa una trigueña de quien estás perdidamente enamorado.

—Nunca he tenido novia.

—Y esta otra?

—La de oros.

—Y aquella que tiene las *patas* para arriba?

—La de bastos.

—Y *dises* que no has tenido novia!

—Claro que no.

—De nada te vale que lo niegues. La trigueña te quiere; pero la familia se opone.

—Porqué?

—Porque no tienes dinero. La sota de oros es una muchacha con quien llevaste *relasiones* y uno que fué novio de mi hija Tinita se la robó.

—Qué casualidad!

—La de bastos es otra que pretendiste por pasar el tiempo y ella está creida que será tu esposa.

—Cuando la rana crie pelo.

—*Parese* que adivino.

—Lo que V. dice nadie lo ignora.

—El as de bastos...... El rey de espadas...... El caballo de copas...... ¡Dios mio!......

—Qué sucede, doña Cleta?

—El padre de la trigueña te persigue porque ella ha *despresiado* al hombre que á él le convenía.

—Tendría algun defecto.

—Ninguno, tiene muchísimo dinero.

—Ah!......

—Por las noches para verla vás á un establecimiento y te sientas en el mostrador? ¿No es verdad?

—V. debe saberlo.

—El padre como no puede prohibirte que te sientes allí, piensa darle candela el dia ménos pensado.

—No lo dudo.

—Vas á tener un desafío.

—Con quién?

—Con un capitan de caballeria.

—Porqué?

—Porque ella va de paseo y tú por salir aprisa de tu paradero para seguirla *tropiesas* con él y le dás un *cayucàso*.

—Cuanta tontería!

—El padre de la muchacha *hase* una promesa porque el capitan te corte la *cabesa*.

—Me parece que tocaron, doña Cleta.

—Adentro, muchachas.

Tinita y Chuchú fueron para los cuartos.

—Vive aqúí doña Cleta la adivinadora?

—Servidora de V.

Era una jóven lindísima.

—En que puedo servirla, señorita?

—Señorita, no, señora por desgracia. Mi marido es un infame.

—Qué le pasa?

—Todas las tardes al oscurecer me dice: "Luisita mia, tengo que salir," no haciendo más que un año que estamos casados y me deja sola.

—Mire V. eso!...... ¿Y adonde vá?

—A sus correrías. Los primeros meses no salía de casa ¡ya se vé! tenía dentro á su adorada, y yo tan boba que no lo comprendia!

—Dentro de su casa?

—Si, señora.

—Qué descaro!...... ¿Quién era?

—Una criada de mano.

—Jesucristo!

—A la que comparaba dulces, ligas y túnicos de seda.

—Y V. despidió á esa criada?

—Un dia que la pillé en la cocina regalándole á mi marido un pañuelo marcado con sus iniciales.

—Qué hombres!

—El me pidió perdon y como le quiero tanto le perdoné.. Ingrato!

—Mal hecho, con los hombres el *despresio* es lo mejor.

—No paró en eso; yo había reparado que muchas veces al quitarse los botines les introducía un objeto; deseosa de saber lo que era, anoche cuando él ménos lo esperaba le arrebaté el botin y ví dentro un relicario.

—Qué pícaro!

—Qué traidor! En el relicario tenía el retrato de la criada y un rizo de *pasas!*...... No me pude contener, hice pedazos con los dientes el retrato y el relicario y quemé con un fósforo el rizito. Esto no es vivir...... Voy á envenenarme con estricnina......

—Las cartas dirán lo que la conviene. Baraje V....

—Señora! Señora!...... *Siertos* son los toros!...... Su marido es un truchiman de sietesuelas.

—Lo sé.

—Piensa libertar á la criada.

—Con qué dinero?

—Venderá sus prendas.

—Hace dos meses que volaron.

—V. tiene algun pretendiente?

—No, señora.

—Qué lástima! Podía V. largarse con él y darle *caritate*; pero ya que no hay moros en la costa, el *divorsio* es lo mejor. Demándelo V.

—Debo hacerlo?

—Mañana á más tardar.... ¿Su marido juega?

—La lotería.

—Pues por esa mujer se volverá ladron y jugador.

—Bien me lo decía mamá!......

—A su madre le causará la muerte esta cuestion.

—Y mi marido?

—Le pegarán un tiro por un robo que tratará de *haser* á

mano armada...... Una sota y un rey juntos del mismo palo!...... En este momento su marido está con la criada.

—Dónde?

—En una quincallería comprándole *cositas.*

—Tome V., voy á buscarlos...... Y dejándole un billete de á peso salió precipitada.

—Pobre señora!

—Con las cosas que V. la dijo es capaz de pegarle al marido si lo encuentra......

—Cleta! ¡Cleta!

—Quién me llama, señor?

—Abreme la puerta.

—Tomasita!...... ¿Qué ocurre?

Sin reparar en mí la contestó:—No ha de tardar mucho en venir una señora con su esposo á preguntarte quien le robó una sortija y un par de aretes, tú le dirás que fué el *cosinero* de la casa y que tiene las prendas amarradas en la pantorrilla por debajo del pantalon. Hoy mismo las robó; una criada que lleva parte en la lechona fué la que en secreto me lo dijo. Ten cuidado de no olvidarte, mira que son ricos, háblales con finura y dime la verdad de lo que te regalen......

El ruido de un carruage que hizo alto delante de la puerta les interrumpió la conversacion.

—Ahí están!...... Voy á esconderme en la *cosina,* comeré de lo que *haiga.*

—Pantaleon, *haste* el dormido.

Doña Cleta hizo pasar adelante á la señora y al caballero.

—Tomen Vds. asiento.

—Estamos solos?.... ¡Un hombre!....

—Lo mismo que si no estuviera nadie, es un sanana y está durmiendo.

—Lo digo porque no nos conviene que nos vean aquí.... ¿Qué dirán de nosotros?.... Que pertenecíamos á la plebe.

—En esta casa entra cualquiera, la *siensia* es la que se debe mirar, no la *posision.* Y para probarlo á Vds., voy á *desirles* á lo que vienen sin que me cuenten nada.

—Eso queremos.

Doña Cleta barajó las cartas y despues de extenderlas dijo con gravedad:

—Hoy han cometido un robo de prendas en vuestra casa.

—Esta mujer es el demonio!

—Sola-vayas!

—Un par de aretes y una sortija.

—Por donde lo ha sabido V.?

—Por las cartas que no fallan. ¿Desean saber quien ha sido el ladron? El *cosinero.*

—No puede ser.

—Imposible.

—Vayan Vds. á su casa, rejistrenlo y le encontrarán las dos cosas amarradas en la pantorrilla debajo del pantalon.

—Al momento; pero no le pagamos hasta que veamos si es cierto lo que nos dice......

—Dígame, doña Cleta. ¿Así es cómo V. adivina?

—Si Tomasita no me cuenta nada, lo adivino igualmente.

—Y la señora nos dijo que perteneciamos á la plebe, ya sabe V. que me dieron ganas de contestarle el insulto como merecía.

—Estoy tan acostumbrada á las palabrotas que maldita la mella que me *hasen.*

—Qué tal, Cleta, que tal?

—Divinamente; pero no me pagan hasta que sepan la verdad...... ¿Qué llevas envuelto en ese pañuelo?

—Un plátano verde que cojí en la jaba de la *cosina*; en llegando á casa lo aso y me lo como con mantequita y sál. Adios.

—Adios.

No bien hubo salido Tomasita, entró una pardita.

—Vamos á ver, doña Cleita, écheme las cartas.

—Qué te *susedió?*

—La *desgrasia* de la peisona que *nase* con la criatura. Anoche un *jóvensito* que estaba *haciéndome* la *ronsa* se templó *pá* el *Lubre* con la sata Micaela.

—Ellos se *conosian?*

—Es lo que quiero saber, *pá* tener el gusto de arrancarle la careta á esa sonsacadora.

—Las cartas lo dirán...... Hija, *hase* tiempo que son amigos.

—Deja que yo la vea!

—En el baile opinaron echarte *brujería.*

—Dios quiera no se les vuelva la criada respondona.

—Tú tienes otro en campaña?

—Porqué me lo pregunta?

—Porque aquí sale uno que ha de ponerte una casa amueblada á lo Luis *quinse.*

—De veras, doña Cleta?.... *Entónses* es don Nicolás el dueño de la fonda...... ¿Y me dará lo que le pida?

—No harás más que abrir la boca y verás cumplido tú deseo.

—Ay que bueno!...... Se van á morir las negras de *invidia*...... Bien rabiarán Micaela y el ingrato!...... Don Nicolás no es muy simpático; pero afloja los cheques que son los que sacan á una de los compromisos de esta vida transitoria.

—Debes quererlo.

—Muchas *grasias,* doña Cleita. Tome dos *riales fueites,* mañana le pagaré los dos que faltan. Adios, *jovensito.*

—Adios, sabrosona.

Poco despues llegó una señora con la jóven más fea que he visto en los dias de mi vida.

—Vive aquí la nigromántica doña Cleta?

—Servidora....... ¿Es su hija esta señorita?

—No, señora, una vecina.

—Es mi ángel protector.

—Romanticismo tenemos.

—Vengo á ver si V. me da noticias del pérfido mortal que sedujo mi corazon.

—Su novio?

—Mi amante, señora. Un ser privilegiado á quien amaba

con las ilusiones más bellas que forjan los poetas, con toda la fuerza, con todo el fuego, con toda la vehemencia del primer amor. Lo amaba como Julieta á Romeo, como Adalguisa á Polion, como Leonor á Manrique, como Amanda á Mortimer, como Isabel de Segura á Diego Marsilla, como Eloisa á su Abelardo. El es mi pintor Rafael y yo soy su Fornarina.

—Esos que V. ha nombrado ¿viven por aquí?...... Yo no los *conosco.*

—Qué profanacion!...... Esos seres no hubieran podido morar en estas furnias donde la chusma se alberga tan descuidadamente. Moraron en recintos protegidos por Dios y dotados de paisajes seductores por la sabia Naturaleza.

—Pero V., que desea saber?

—No te lo he dicho ya?.... ¡Oh ser estúpido!

—Tupida lo será V...... Yo comprendo lo que me *disen* cuando me hablan como se debe y no me vienen con *jerigonsas.*

—Qieres que me explique prosaicamente?.... No puedo, mi lenguaje es el de las sílfides y el timbre de mi voz el de un arpa templada por las diosas y tocada por David.

—El moreno Crispin Barriguilla sí toca el arpa de *candela!* No creo que ese don David le gane.

—Qué ser más irracional!...... ¿Eres nigromántica? Aquí tienes mi mano, explícame el porvenir.

Doña Cleta se caló las antiparras y tomando en sus manos una de la romántica la dijo:—Hoy no veo bien las líneas de la mano, echándole las cartas la diré lo que desea.

—Es lo mismo.

—Jóven, su novio está preso en la *cársel* de Guanabacoa.

—Mi amante encadenado como Manrique el Trovador? ¡Imposible!...... ¿Qué delito ha cometido?

—Que le sacó la cartera del bolsillo á un pasajero en los vapores de la Empresa nueva.

—Eso no puede ser!.... ¡Un jóven tan simpático!.... ¡Tan elocuente!.... ¡Tan enamorado!.... ¡Tan cariñoso!.... ¡Ah, Micaela!....

—Mira que pesas mucho, hijita, no te vayas á desmayar.

—Abandonemos esta morada, aquí no se aspira más que aire comprimido y yo necesito el ambiente libre como los pájaros.

—No me dán nada?......

—Toma dos pesetas, hechicera.

—Muchas *grasias*.... ¿Qué le *paresió* la muchacha, Pantaleon?

—Que no hay otra más fea en todo el orbe.

—La muy ruin, sacando los nombres de personas que nadie *conose* y *disiendo* tantas palabras bonitas para no darme más que dos pesetas.

—Silencio, otro marchante.

—Buenos dias.

—Buenos dias.... ¿En qué puedo servirle?

—V. no adivina?...... Aciértelo.

—En *desirle* su porvenir por medio de las cartas.

—Efectivamente.

—Barájelas tres *veses*.

—Y cuarenta si V. quiere.

—Es V. casado?

—No tengo que darle cuenta.

—Sin que me conteste las preguntas, no le puedo *desir* lo que desea.

—Estónces es V. tan adivina como yo! V. no me conoce?

—No, señor.

—Yo la conozco á V. hace mucho tiempo. Hoy me dijeron que V. adivina hasta cuando vienen los ciclones echando las cartas y quiero convencerme. Podemos empezar.

—V. está enamorado de una mujer casada, su marido es un militar......

—Y dice que adivina! Debía V. estar en las arrecojidas por estafadora!

—Qué me insultan, Pantaleon!......

Las muchachas salieron azoradas del cuarto y se colocaron al lado de doña Cleta.

—Señor mio, el hombre que hace alarde de valor con una mujer, es un cobarde.

—A V. nadie le dió vela en el entierro y si trata de moverse le arreo un trancazo que lo desnuco. He venido para arrancar la máscara á esta vividora.

—No son cuentas suyas! ¡Vivijagua!...... Llama una pareja de órden público ó á un *salvaguardia* de baston. Corre!......

—Me llevarán á la cárcel; pero tendré el gusto de decirla las verdades. ¿Es V. adivina?

—Tengo una *crus* en el *sielo* de la boca, soy *sajorina*.

—Y cómo es que siendo V. adivina no compra todos los sorteos el número que ha de llevarse el premio mayor?

—Porque nunca veo al billetero que lo lleva.

—Y cómo no adivinó V. que el novio de su hija Chuchú era un libertino y que corría riesgo su reputacion?

—Fuera de mi casa!......

—Yo no soy adivino y sé que anda V. averiguando la vida y milagros de todo el mundo para hacer ceer á los incautos sus hechicerías. Yo no sé echar las cartas y sé que su hija Chuchú, cuando llevaba relaciones con el pícaro Pan de maiz, desapareció de su casa y regresó á los tres dias; y por último, yo no soy *sajorino* y la pronostico que el novio de Tinita, aunque parece un sanana, hará lo mismo que Pan de maiz. Hé dicho. Abur......

—Pantaleon, ¿será posible que me hayan insultado en su presencia?

—Mis costillas las quiero mucho, doña Cleta; si le contradigo me pega una paliza.

—Si viviera mi marido......

—Yo la vengaré.

—Sí, sí, esto no puede quedarse así.

—Voy á desafiarle. Adios......

No volví más á casa de doña Cleta ni me ocupé de buscar al individuo. Sus frases fueron demasiado fuertes; pero dijo la verdad.

Ella, he sabido que aun no ha escarmentado y que sigue echando las cartas á cualquiera que desee saber su porvenir.

UNA CIUDADELA.

Son tantas y tan divertidas las escenas que diariamente pasan en una ciudadela, que, deseoso de darlas á conocer á mis benévolos lectores tal como suceden, despues de haberle pasado revista á todas las de la Habana, fijé mi residencia en una que, por estar situada en el barrio de los Sitios y por las diferentes nacionalidades de sus moradores, me dió el material que buscaba para el artículo presente.

A esta ciudadela le llaman la de la *cosa mala*, segun averigué, porque hubo un tiempo que los inquilinos sentían á media noche ayes lastimeros, ruido de cadenas, loza, cascabeles, y al mudar de domicilio unas muchachas que vivían en la casa contigua la *cosa mala* desapareció. Tiene una accesoria y doce cuartos habitados por las personas siguientes: la accesoria por Anruget el encargado; el primer cuarto por un matrimonio, Chonga y Boliche; éi tiene una tarima en la Plaza Vieja y ella es ribeteadora de zapatos; el segundo por un servidor de Vds., el tercero por un negro catedrático violinista, Serapio; el cuarto por una negra conga chicharronera, má Rosario; el quinto por tres vendedores ambulantes de huevos, altramuses y billetes; el sexto por un chino barbero, Yoncú; el sétimo por una pardita bailadora de escuelitas, la Chata; el octavo por un cheche del barrio, Cayuco; el noveno por una isleña lavandera, doña Chita, con sus dos nietos, Tona que tiene diez años y Majúa nueve; el décimo

por un tabaquero gago, Pajarito; el undécimo por un amolador de tijeras, don Miguel, y el duodécimo por Macho-viejo, una negra limosnera.

El encargado procura inútilmente hacer observar al pié de la letra el reglamento decretado por el Gobierno para las casas de vencidad, por la cual sostiene altercados divertidísimos con los inquilinos; con doña Chita, porque muchas veces no se acuerda de quitar las horquetas y desamarrar las tendederas; con Cayuco, porque suele venir á dormir despues de las diez y media; con Serapio, porque toca el violin á cualquier hora, y con má Rosario, por tirar el agua con que friega las cazuelas delante de la puerta de su cuarto. A la Chata, aunque haga lo que le parezca, no le dice nada, está enamorado de ella hasta los tuétanos, cosa que tambien le sucede al chino barbero, á Pajarito, al marido de Chonga, al violinista y á uno de los vendedores ambulantes. Ella con todos chancea, pero con ninguno se arregla, porque ya tiene su gallito, Majarete, un fileteador de cajones de tabacos.

Desde las seis de la mañana empieza el barullo en la ciudadela. El primero que llega es un chino carnicero. Doña Chita es su marchanta.

—Buene dia!

—Güenos dias.... que talde has venío hoy.... dame dos riales de masa é puelco.... goldo no, jéchame masita de la palomilla......

—Qué má?

—Un peasito é piltrafa pa la gata.... mañana te pagaré, luego voy á entriegar la ropa.

—Esi ta malo, hoy Dumingu dinelo pa mí, ya pasa un semana fiao.

—Pero tú no vés la ropa aquí entuavia, condenao?

—Mañana como no paga yo camina busca celador.

—Qué malo eres!

—Yo son malo?.... Cuando quiere coje carne sin dinelo,

chino son bueno; cuando chino quiere cobrá lo que fiá, chino son malo...... Tuniamay......

—La tuya, simbergüensa!.... Aspavílate pronto sino quieres que te arrestriegue la calne en el josico.

—Tú son guapo?

El encargado vino á promediar.—¿Cá alborotu es aqueste, daña Chite?

—El endino este que se ha figurao que yo tengo los lechones mueltos en la barriga...... Ahora no le pago aunque se ajunte el cielo con la tierra.

—A ver si tomas el purtante, chinu, no quieru verte mes por la ciudadela.

—Esi mujer peliaora pá qué no paga?

—Silenciu y á la calle!

El chino tuvo á bien el retirarse, no sin haber llenado de improperios á doña Chita. Anruget despues de haberla requerido entabló con la Chata el diálogo siguiente:—¡Ay, Chate!... ¿Hasta cuandu ma vás á tener al curazon oprimidu?.... Mira cá te adoru como si fueras un lechuncitu tostadu....

—De veras?.... ¡Pásese un peine!....

—Estoy desgreñadu acasu?.... Vamus, resuélvete á currespunder mi amor y serás la Dulcinea dá la ciudadela.

—Qué fueite le ha dado!....

—Si eres mes bunita cá las bailarinas cá pintan en los carteles da lus caballitus.

—Váyase de mi cuarto, mire que van á figurarse que V. tiene algo conmigo.

—Cá se lo figuren, tú lo cá temes es cá te vea el lechuguinu Majarete.

—*Naitica* tengo con él.

—Comu cá yo me chupu el dedu!.... Ojalá que cuandu venga dá Guanabacoe sa descarrile el tren y lo haga una tortille da San Rafael ó cá se caiga dal vapor al mar y sa lo trague una tinturera!.... El no te puede tener tan bien comu yo; peru los pícarus son los cá tin bona suerte con las mujeres.

Pues lo quiero y lo quiero *poiqué* me dá mi regaladísima gana; Dios me ha hecho mujer *pá* mi santísimo remedio y á naide tengo que darle *sastifasion*.

Anruget le volvió las espaldas y encarándose con má Rosario que al mismo tiempo botaba en el patio un barrilito lleno de agua sucia la dijo:—¡Má Rosariu! ¡Má Rosariu!.... ya le he dichu mes da cuarenta vegadas cá no me bote el agua delante da la puerta, que apesta á perru muertu.

—Donde vá botá?.... La calle cobrá multa.

—Al sumideru.

—Ta tupío.

—Destúpalu con el palu da la escoba.

—Lamo que manda componé.

—Si pagaran puntualmente los inquilinus sa cumpundría; peru son tan pocus los cá lo hacen....

—Yo no debo ná.

Chonga que estaba oyendo la conversacion delante de la puerta de su cuarto, le preguntó:—¿Vá conmigo la pullita?

—Quién la ha nombrado á V. para nada?

—Por si acaso, si debemos dos meses los pagaremos...... No digo yo veinte pesos, *sien* que fueran!

—Paluche......

—Palucha, no; nosotros no estamos acostumbrados á vivir en *siudadelas*; por capricho de Boliche estamos aquí, pero hemos tenido casas y muy bien puestas.

—De veras, Chonga?—La contestó doña Chita.—Ya no te acuerdas é cuando vivistes en la ciudadela del torreon?

—Entra, Juana, que te mojas!...... A V. nadie la llamó, *entremetía*....

—Me he metío polque hase dias que me tienes rebosando y mira que yo soy taldía, pero segura.

—Conque la tengo llena?

—Con el olgullo mal fundao tuyo y tu marío.... ¡Cómo si yo no los conociera!.... Don Arrugue, siempre han vivió en suidadelas y de toas los han botao por escandaiosos.

—Eso tiene V. de conversadora; pero ya se vé....

—A mi ná se me vé, tó lo tengo tapao.... Mejor fuera que me delvolvieras el fustan que te empriesté hace dos semanas. Guagüera!

—Es muy *sierto* que V. me ha prestado ropa algunas *veses*; pero tambien le he llenado la barriga á V. y á sus dos nietos tan *malcriaos*.

—No me busques, Chonga!.... Mira que se me va subiendo lo que tengo é isleño á la cabeza y en cuanto se me ajume el pescao y me esboque, ni cuatro yuntas é güeyes me asujetan.

—A ver si callan ó llamu al celador.

—A mí no me *hase* ná el *selador*, llámelo si quiere, mi marío se entenderá con él.

—Tan arrastrao es él como tú....

—Mire que le doy un *escobaso*, doña Chita!....

—Ven si eres guapa y verás como te planto una plancha caliente en el josico paqué lo tengas marcao toa tu via.

—A mí!....

Chonga con la escoba levantada le fué encima á doña Chita, esta se la quitó de las manos y abrazándose con ella fueron las dos al suelo. Tona y Majúa á medio vestir salieron del cuarto gritando:—¡Abuelita! ¡Qué matan á mi abuelita!....

Anruget viendo que solo no podía separarlas llamó á Serapio, á Pajarito y á mí para que le ayudásemos. Chonga y doña Chita se revolcaban en el suelo tirándose de los cabellos y clavándose los dientes.

—Suéltame el pelo, Chonga!....

—Suéltemelo V. primero.

—Qué es esto, *señoras?* Se concluyó.

—No me diga nada, don *Pantalion*, esta mujer trata á las personas como si fueran un trapo de *cosina*.

—Tú eres la que me has insultao, y mira que aunque mal me está el gomitarlo, soy una señora que fuí casá y velá con mi marío José Antonio, que Dios lo jaiga peldonao.

—He dichu cá se concluyó, y comu sigan Vds. llamu una pareje para cá se las lleve á las arrecojidas.

—Doña Chita ¿será posible que V. siendo una *señora* haga esto? ¿Y V., Chonga?

—Ay, don *Pantalion!* Aquí no puede vivir ninguna persona *desente*.... ¡ay! creo me vá á dar la pataleta!....

—Májúa, corre á la plaza y dile á Boliche que venga pá que le cure la pataleta á su mujer con una tranca, anda!

—Cada uno á su cuartu!

—Por.... por.... porqué fué la.... la.... pe.... pelea, Pan.... Pantaleon?

—Ellas sabrán.

Un momento despues de apaciguada la tormenta, má Rosario salía con su tablero á la cabeza pregonando:

—Chichalon frito!.... ¡Buene mondonguito calientico!.... ¡Bollo!......

A Chonga parece que le gustaban mucho las trajedias; el mismo dia tuvo otra con su marido porque le vió hablando con la Chata en la bodega de la esquina.

—Chonga, el almuerzo!

—Vaya á pedírselo á la que estaba V. conquistando en la bodega.

—Qué te traes tú?...... Mira que yo no tengo contigo ninguna obligacion, si te gusta así bien y si no por la puerta se vá á la calle.

—Eso es lo que tú quisieras, *pá* estar á tus anchas.

—Silencio! Aquí mando yo.

—Aquí mandas tú?.... Pues yo soy muy librísima y hago lo que quiero.... *Pá* eso tienen Vds. mujer, *pâ* que les *cosinen* y les laven y en pago *haser traision* con...... Mas vale que me calle.

—Habla hasta que se te caiga la lengua.

—No quiero hablar porque si hablo ofendo, y yo cuando estoy caliente no reparo *ná*.

—Me das el almuerzo ó no?

—En la *cosina* está.

—Y tú no me acompañas?

—Luego *almorsare.*

—Vamos, prieta, si yo no puedo hacerte mala partida; siéntate á mi lado.

—Júrame que nunca hablarás con esa sarnosa.

—Te lo juro......

Almorzaron juntos. Casi todos los dias es la misma funcion. Algunas veces se separan; pero como hace cinço años llevan esa vida, están acostumbrados y no tardan dos dias en volverse á unir.

Serapio, viendo que la Chata no hacía caso de sus promesas amorosas, una mañana vino á consultarme.

—Don Pantaleon, lo saludo á V. con la fluidez debida de la equiqueta. Vamos á tener una discusion.

—Sobre qué tema?

—Sobre anatemas, no, sobre esa mujer, esa ninfa aérea de los jardines floridos de mi patria, que me ha hecho caer en los lazos del adolescente veterinario Cupido.

—Declárale tu pasion.

—Contínuamente lo hago; pero en prosa sutil.

—En verso.

—Tengo el obstáculo de que mi entendimiento está anatematizado y no se presta para hacer composiciones poéticas en verso retórico de poesía. Mi arte es el del inspirado Vulcano, no el de Lord Byron.

—En nombrando al ruin de Roma luego asomá, ahí la tienes.

—Estaban *mochándome?*

—Delante de mí no hay ningun ser vivífico que diga una inflamatoria en contra de su simpática peisona, porque lo estereotipo.

—Pues yo creí que hablaban de mí.

—Y no te engañas. Yo......

—Qué *desia?*

—Que te adoro con toda la profusion de un anacoreta so-

cial; dime que me amas y serás la predilecta dama del harem poético de mi corazon. ¿Me amas?

—Como amiga.

—Desprecias mi cariño?.... ¡Eres una Lucrecia!

—Qué *Lucresia* es esa? ¿Alguna que le dió *calabasas?*

—A mi nadie me ha dado esa fruta, tú eres, la que te burlas seriamente del que por tí sufriría con inpavidez todos los rigores metereológicos del equinocio boreal. Me retiro, me elimino de tu presencia por no caer difunto sin vida á tus diminutas plantas......

—Porqué no le correspondes, Chata?

—*Paqué*, don *Pantialon?* No hay quien lo llame á ningun baile, es músico de *nieve*.

—Debes casarte con él.

—*Pá* morirme de hambre? Ya debe tres meses de cuarto.... Hasta luego, ahí viene doña Chita.

—La ropa limpia, son diez y siete riales, mire el apunte.

—Donde está?

—Se mabrá quedao allá.... ¡Tona! ¡Tona! Trai el papelito de don Pantialon, está encima é la mesa.

—No lo encuentro......

—Entuavía no lo has buscao y no lo alcuentras? ¡Qué bruta eres! Un papelito blanco escribío con letras prietas.

—Deje el apunte, me basta su palabra...... ¿Hace mucho que están huérfanos sus nietos, doña Chita?

—Dos años, el padre se murió arresultas de una juma que cojió y la madre de una ajitera de quimbombó.

—Es viva de génio Tona.

—Lo mesmito que yo cuando chiquita. Majúa es el que no hay quien lo asujete, yo sé á quien sale.

—Al padre de seguro. Tome su dinero.

—Ya tiene la sucia recojía?

—Todavía.

—Luego la vendré á buscar.

Al cuarto de Yoncú vienen muchos chinos que con el albur

de raparse la cabeza fuman opio y juegan hasta la camisa. Anruget cuando recibe de ellos alguna gratificacion no les dice una palabra; pero si no le dán nada, pretestando de que puede sorprenderlos la policía los echa para la calle.

Por las noches es cuando más gusto dá ver la ciudadela: los vendedores ambulantes si no tienen paisanos á quienes enseñarles el modo de pregonar, llaman á doña Chita y tocando en una guitarra isas, folías y malagueñas, que no se cansan de bailar, pasan el tiempo tan divertidos que Anruget tiene que avisarles cuando es hora de dormir. Má Rosario coloca un fogon delante de la puerta de la ciudadela y frie bollos de frijoles de carita, tortillitas de maiz y chicharrones de entresijo.

—Doña Chite, recoja las tendederas, por pocu má cortu el pescuezu con una, nu baile mes.

—Ave Maria, don Arrugue!.... Viene V. á interrumpilme ahora que le diba cojiendo el juego al baile.... vaya con una luz en la mano y no trompiezará.

—Ninguna necesidad tengu da llevar luz, al reglamentu prohibe que haya tendederas al patiu desde el oscurecer.

—El riglamento tambien prohibe que fumen los chinos eso que jecha un jumo tan negro y jiede tanto y vcsté cuando le dán dinero tiene un candao en la boca.

—No le interesa á V.

—Pos al que regaña tiene que abril bien las escuchaeras pá recebil lo que le digan.

—Señores, son las once, nu toquen mes la guitarre cá mulestan á los inquilinus. Voy á cerar la puerta.

Sin reparar si todos están dentro cierra y se acuesta. Cayuco siempre lo hace levantar.

—Dispénseme el *niñito*, me entretuve con una *piesa* por la calle.

—Comu vuelvas á llegar tarde no te abro la puerta. A las diez y miche es la hora da cerrar.

—Yo le haré un regalito á fin de mes.

—Siempre ma dices lo mateix. Veremus, bona nit.

Todas las tardes viene á la ciudadela un muchacho llamado Picadillo, que con el disimulo de entrar preguntando si hay quien se quiera limpiar las botas, agarra los pollos y las gallinas de la cría que tiene doña Chita y se los lleva escondidos dentro del cajon de las escobillas. Una tarde doña Chita lo pilló.

—Aspérate, ladronazo!

Picadillo corrió para mi cuarto.

—Cierre la puerta, don Pantaleon, que esa vieja está *chiflá*.

—Quién está *chiflá*, esvergonzao?

—Qué sucede?

—Que ese arrastrao todos los dias ha de robarme un pollo ó una gallina, y yo que juraba era Chonga pol la bulla que tuve conella.

—El pollo que llevo en el cajon es mio, Patilargo me lo vendió.

—Déjamelo vel...... Ese pollo es de mi gallina jabá, suéltalo ántes que te esguase los morros de una gofetá.

—Tome su pollo; pero déjeme salir.

—Pillo é playa!......

—Ojo conmigo, yo estoy aprendiendo oficio en Regla.

—A simbelgüenza es á lo que tú aprienderás; tú eres uno de esos que se juyen con mi nieto á cargar maletas á los vapores, malcriao, ladronazo!

—Vete, Picadillo.

—Sujétela para que no me dé.

—No te doy, juye pá los apuraos infiernos.

Picadillo salió del cuarto; una vez en la calle cojió una piedra y arrojándosela á doña Chita desapareció.

—Aspérate, traizonero!......

La piedra fué á dar en la puerta del cuarto de Pajarito que saliendo azorado me preguntó:—¿Se...... se...... armó, Pan...... Pantaleon?

—No ha sido nada.

Al cuarto de Chonga suele venir de vez en cuando una mujer muy conocida por el apodo de "Ferrocarril." Cuando el nieto de doña Chita no la vé, entra y sale sin novedad; pero si sucede lo contrario, imita con los labios el silbido de una locomotora y le grita:—¡fiiii!...... ¡fiiii!...... Ferrocarril!! La mujer desde el medio de la calle furiosa le contesta:—*Háselo* á tu abuela, pillo, *malcriao!*...... Esa es la *educasion* que te dan tus padres; mejor fuera que te mandaran á la escuela.

—Fi!...... ¡Fiiii!...... ¡Fiiiiii!!......

El insulto de la mujer llega hasta lo sumo y echa por la boca flores que no se pueden decir; pero que espantan al vecindario con sus aromas. Majúa hasta que la pierde de vista le sigue gritando "ferrocarril."

A Anruguet se lo llevan los demonios cuando tiene que cobrar el importe de los alquileres; empieza por Chonga:—Al recibu......

—Mi *marío* no está aquí.

—Y purqué no te ha dejadu el dineru?

—Porque no lo tiene.

—Lo que no tin él es mucha gana de pagar, vale mes ca se muden, yo les abonu el carreton.

—Cuando venga se lo diré.

—Si, ca sa mude, estu da estar escandalizandu con vuestras trajedias y da contra no pagar es descaru rematadu.

—Es la primera *ves* que nos atrasamos.

—Deben dos meses y al ca va corriendu tres.

—Se le pagarán; pero hable más bajito que yo no estoy acostumbrada á estas cosas y van á enterarse los vecinos.

—Y á mi ca se me dá?...... Ca sa muden prontu es lu ca quieru; repitu ca les pagu al carreton...... Sarapin, al mes sa cumplidu.

—No lo ignoro, don Anruget; pero las situaciones de nuestra vida son tan viriles y á veces tan enigmáticas, que el capital monetario se evapora de nuestros exautos bolsillos como el telégrafo ó la petrolina.

—No entiendu una palabre da ese sermon, habla castellanu puru comu yo.

—Mi lenguaje lo entiende cualquiera aunque no esté versificado en la metafísica del idioma; hablo con la claridad y la sencillez de un alemán y me entienden hasta los parvulitos argonautas.

—Argonautas?...... Mira, házme el favor da no venirme cun palabrites ca tingan doble sentidu; debes tres meses y si no puedes pagar toma el purtante.

—Tres meses no son nada para la *peisona* que quiera cumplir debidamente, dando cumplimiento á los compromisos antisociales.

—Esu y las orejas dal tiu Quico es lo mateix; dineru es lu ca se necesita y no palabrites da mantequilla.

—Maldito sea el vil metal diamantino que así prostituye la gerarquía del individuo! Le abonaré á V., señor mio, por ahora no hay quien dé conciertos sacros en sus salones ni bailes juveniles; está mi violin lo mismo que el judío errante, sin dar una nota de su diapason.

—Comu te van á llamar si no eres mes ca un rasca tripas?

—Qué dice V.!...... No le contesto esa hipótesis con la virtud necesaria por no evaporarme.

—Avapórate si ta da la gane; peru si no ma pagas en el términu da una semane, ta pongu da patitas en la calle...... Yoncú, al dineru dal alquiler.

—Tú son malo con chino, chino pagá bien patí y tú no dejá chino fumá ni jugá.

—Nu ves ca me comprometu? Lus vecinus sa quejan de la peste y pueden dar parte al cumisariu.

—Yo da patí diez pesos más.

—Tin ca pensarlu, veremus.... Chate, sa cumplidu el mes.

—Deje ver si á la noche le tranco algo á Majarete.

—Si Majarete está mes peladu ca la cabeza de un guanaju!

—Le *parese* á V.

—Yo cunozco las personas por el olor; si ma quisieras nu

ȝendrias necesidad de aquestu; peru tú aunque sabes ca por tí sería capaz da tirarme al pozu da cabeza, no quieres determinarte á currespunder mi amor.

—*Mude el catre que caen goteras......*

—Vida mie...... Dame un abrazu......

—Mire que grito.

—Si yo fuese Majarete!...... Permita Dios ca le den las viruelas y sa muera. Ma desprecias pur él, con el tiempu ta pesará...... Má Rosariu, tome su recibu.

—Ya son primero?

—Da Diciembre.

— Qué purao.... Cuenta esi raya que ta rayao la puerta.

—Trinta.

—Son lo mé completo. Doce pesos.

—Así ma gusta. Si todus los inquilinus sa purtaran da la misma manera no tuviera tantus cabraderus da cabeza.

—Esí mulatica pagá?

—Chate?.... Ta debe algu?

—Quince riales de comía.

—Todavía no ma pagadu...... Cayuque, no te hagas el bobu, dineru.

—No hay *novesientos*, niñito, á la noche!

—Comu llegues tarde vas al vivac á dormir.... Pajaritu, hoy estamus á primeru.

—Ma.... Ma.... Mañana esta.... taremos á dos.

—Y pasadu mañana á tres; quieru decirle ca necesitu lus cheques para entregar las cuentas al dueñu.

—Hasta el Sábado no co.... co.... cobro.

—Nu vayas á gastar el dineru an rumbantelas comu siempre.... Doña Chite, no hay nade para mí?

—Asperándolo estabá, tome siete pesos jasta el Domingo que entriegue la ropa.

—Siempre me paga V. á medias.

—Pero pago.... A que Chonga la *señora* que nunca ha vivio en *suidadelas*, no le ha pagao?.... Así arresulta, y aluego

ascúchenla dándose tonelete con tanto algullo.... Yo soy probe; pero honrá.... Dígame, don Arrugue, la Chata le pagó?

Esta, que tenía la costumbre de caminar por el patio en puntillas para enterarse de las conversaciones de los vecinos, le contestó:—¿Para que desea saberlo? ¿V. va á pagar por mí?.... No puede V. negar lo que es......

—Qué soy?

—*Gentusa*.... ¿Acaso á V. le vá ni le viene que yo pague?.... Esos son *entremetimientos*.

—Más entrometía eres tú que estás tó el santo dia güeliéndole las ancas á los vecinos.

—Ca siempre han de estar Vds. comu perru y gatu? Cállese, doña Chite, en alguna de las dos ha de caber la prudencie.

—Ya sabía yo que vosté la cojería conmigo, no parece sino que esa piojosa le ha cortao la tripa el ombligo.

—Piojosa lo será V. ¡sió, cara é baqueta!

—Y tú relajona, bailadora de chiquito abajo!

—A mucha honra.... Vale más bailar chiquito abajo delante de todo el mundo con cualquiera, que meterse en los cuartos de los hombres á pedirles mediesitos y peseticas...... Páguele á mi nóvio lo que le debe.

—Se acabó al palique!

—Entuavía no se acabó ¿qué yo soy algun trasto pá servil é inrision á esta sonsacaora?

—No sé quien será más sonsacadora, si yo ó V. que le anda tirando el anzuelo al amoladór de tijeras.

—Ca se callen! Daquí en adelante no alquilu cuartus mes ca hombres solus.

—Pá lo que sirven los hombres.... ¡Siá!

—Lu que es Majarete si ca no sirve para maldita de Deu la cosa.

La Chata pegándole un rabazo se retiró; doña Chita continuó planchando; y Anruget, renegando de la hora en que se hizo cargo de la ciudadela, fué á reprender á Boliche que estaba dándole de bofetadas en el patio á su mujer.—Socorro! Socorro! gritaba Chonga.

—Ca escándalu es aqueste? Buliche, será pusible?......

—V. no tiene que meterse; él es mi *mario* y puede *haserlo.*

—Da mal agradecidus está el infiernu llenu.

El vendedor ambulante está enamorado de la Chata. Cuando quiere hablarla, para que no sospechen nada los vecinos, va á su cuarto con el cesto de los altramuces en el brazo, y pregona delante de la puerta. ¡chochos frescos!

—Ya le he dicho que no me gustan.

—Qué juyuya eres!...... Pareces un mulo cerrero corcobiando.

—Un mulo yo?.... Lo *peidono* porque ignora V. el sentido directo de la frase.

—Tengo más ganas de decirte cosas!......

—Qué cosas son?

—Que quiero te juigas colmigo paqué se me quite el tarugo que tengo encajao en el pecho endc te ví.

—V. no va á queré......

—Que no te voy á querer? Lo mesmito que una bestia á su potranco.

—Mire que lo han visto entrar y aquí hay muchos conversadores, además puede venir Majarete y si nos encuentra paliqueando es *capas* de asesinarnos.

—Fijo del demonio! que lo aspere un toro nuevo...... ¡Chochos! ¡Chochos!

A Serapio, que de sus rivales el que ménos le agradaba era el vendedor, apénas le vió salir del cuarto de la Chata fué donde ella.

—Será posible, Chatica de mi vida, que tengas controversias amorosas con un ente tan falto de analizacion?

—Vino á preguntarme si queria chochos.

—Chocho está él con su ridícula pretension; como te vulgarices en corresponderle dudaré hasta de la sintáxis de tu prosopopeya.

—Yo tendré buen cuidado de no corresponder ni á él, ni á V.

—Me desprecias?.... Sufriré resignado con resignacion los rigores infaustos de tu ingratitud.

—Vaya con la música á otra parte, la *plasa* está ocupá.

—Por uno que no es tan purificado como yo ni aquí ni en el extranjero.

—Por uno que si lo vé en mi cuarto le pica el pellejo.

—Quisiera verlo; con la velocidad de una descarga eléctrica lo trituraba; delante de él hablo lo mismo; soy tuyo, y aunque se opongan los dioses de los antros, te amo y te amaré hasta las rebambalinas de mi acalorado y ardiente corazon.

—Mire que ahoritica llega.

—Que llegue es mi deseo; aunque soy tan débil como los señores Hércules, Sanson y Jimenez el tiburonero, me siento vanagloriado con la potencia femenil de un tísico para vencerlo caballerosamente.

—Ahí está él!.... Disimule, disimule!....

—Disimulo.... ¿Conque de veras que V. ignoraba lo que dicen los periódicos sobre la aparicion en la esfera celestial de un nuevo planeta?

—El planeta lo será V.,—contestó Majarete que llegaba,—hace un cuarto de hora que los estoy mirando desde la calle.

—El vino á hablarme.

—Es algun crímen?

—Es que no consiento que nadie venga á darle conversacion á la mujer que mantengo.

— Lo ignoraba, señor mio, cada individuo en su morada es un monarca absolutista y dispone á su antojo las leyes corporales y materiales que se deben observar en el interior del edificio.

—Pues ya que V. sabe las leyes que rijen en mi cuarto, lárguese de aquí......

Sin aguardar á mas razones Serapio obedeció. Doña Chita al verlo retirarse le hizo señas para que se acercase.—¿Qué manda V.?

—Qué te ha pasao con la Chata?

—Es una coqueta; por poco me veo en el ríjido comprometimiento de tener un duelo con un ser que nunca tendrá comparancia relativa á mi educacion.

—Te ofreció algo y jaló patrás?

—No me hable de ella que la bílis me atraganta el conducto de la respiracion y temo que me dé un soponcio de hidrofobia.

—Mándala á los infiernos.

—Eso pienso.... Hombre, doña Chita, présteme por un instante á su parvulito para que me haga un mandamiento al depósito de víveres.

—Mi que?......

—Su nieto.

—Adonde lo vas á mandar?

—A la bodega, yo no puedo ir porque tengo la desgracia de adeudarle veinte y cinco centavos en capital monetario al bodeguero.

—Pá esos semos vecinos, pá selvirnos unos á otros. Majúa, ves al mandao de Serapio.

—Qué traigo?

—Cuartillo de *bacalado* frito y cuartillo de pan caliente.

—Tú me das un *peasito?*

—Mira si te atienta el diablo de golver á comer bacalao frito, paque aluego tenga yo que estalme levantando ca momento pol la noche.

—Yo voy tambien, abuelita.

—Tona que no vaya, luego don Juan le dá la contra y á mi no me apunta ninguna.

—Paque no haya laborintos con la cansá contra trai un poco de orégano, pimenton, sal molía y unas hojitas de laurel.... Tona, recoje los cabos de tabacos que alcuentres en la calle que ya se me acabaron los palitos......

Cuando los muchachos regresaron con el mandado, doña Chita los recibió con las correas.

—Polqué se han taldao tanto, condenaos?

—Abuelita, porque Majúa se puso á jugar al chocolongo.

—Mentira! Ella fué la que se metió detrás del mostrador de la bodega á cojer pasas.

—Yo no te he dicho que no ajuegues con naiden en la calle y á tí que no te introuzcas aonde hay hombres?.... Pues tomen..

—Perdon, abuelita, perdon! ¡Ay! ¡Ay!

—Tienen padrino, doña Chita.

—Son unos pícaros, hay que darles el pan en una mano y el cuero en la otra; este simbelgüenza si sigue como va jasta que no esté mancuernao con otro en el presidio no para, y esta relambía si me escuido con ella sabe Dios lo que será.

Buena educacion daba á sus nietos, doña Chita! No le agradaba que Majúa jugase por las calles y ella le daba dinero para los mates. Castigaba á Tona porque le gustaba estar en las reuniones de los hombres y cuando alguno venía á visitarla, por tal de que le dieran un mediecito ó un realito para ella quitárselo despues, la obligaba á dejarse acariciar!..... ¿Pero á mí que me interesa esto? Cada cual puede hacer de su capa un sayo y yo como hago de la mía lo que me parece, no quiero meterme á criticar asuntos de familia.

Pajarito, partidario acérrimo de las *bachas*, dos dias ántes de la noche buena pudo conseguir que Chonga y la Chata hicieran las amistades con doña Chita para celebrarla familiarmente en el patio de la ciudadela. La *ponina* era de dos pesos por cabeza y entraron en ella: Anruget, yo, Majarete, la Chata, Chonga, Boliche, doña Chita, el amolador de tijeras y tres cantadores amigos de Pajarito. Reunidos acordamos que doña Chita tostaría el lechon á lo guajiro, Chonga sazonaría los frijoles, Anruget asaría el pescado y Boliche condimentaría la ensalada. Empezar á cenar á las diez para tener tiempo de ir á oir la misa del gallo y despues cantar y bailar hasta por la mañana.

Cayuco proyectaba tambien alguna cosa pues le ví arreglar su cuarto y hacer una farola que colocó en un palo de tres varas de largo; deseando saber con que objeto hacía esos preparativos le pregunté:—¿Vas á dar baile?

—Qué baile, niñíto!.... Que de aquí sale una rumba de mi juego la noche buena, y que tenemos un canto *iñon* en *competensia* con los de Jesus María.

—Cómo se llama tu juego?

—*Betongó narocue*, la llave de los Sitios.

—Me alegraré que te diviertas......

Llegó por fin la noche buena, la ciudadela estaba animadísima; los vendedores ambulantes por no ser ménos que nosotros tambien tenían su cena preparada. Pajarito trajo á los cantadores desde el oscurecer, y doña Chita no comió para tener apetito á la hora de cenar.

—A qué aguardamus?

—Aspérese, don Arrugue, entuavía no son las diez.

—Tengu un hambre da dos mil demonius.

—Más tengo yo que no he comío ná y astoy estropiao de resultas de la estropiaura de hoy. ¿Ya está el pescao?

—Quién sacuerda!......

—Qué laborinto se traen esos condenaos en el cuarto de Cayuco, eh?

—Ca van á saiir en rumbe. ¿Todavie nu habrá cocinadu Chongue los frijoles?

—Los acabo de quitar de la candela, y que me han quedado como nunca.

—Malegru. Señores ¡á cenar!

—Esperen un momento, quiero que ántes de cenar oigan el canto de mi juego.... *Alantre, cabayeros!*

Cuando todos estuvieron en el patio rompieron el silencio los tambores. El Director de la rumba cantaba:

—"*Betongó narocue*"*!*—y el coro contestaba:—*¡*"*Somos nosotros, no hay quien de ma*"*!*—Preciso es confesar que aunque la letra de la rumba no tenía piés ni cabeza, la música era deliciosa.

—Magníficu, Cayuque, magníficu! Por pocu bailu al son da la músique, mereces ca te de un rábanu da la ensalada para ca te lu vayas engullendu por el caminu.

—Con el permiso de Vds. nos retiramos.... ¡Pa la calle *cabayeros! Alsen* otro canto diferente.

Cayuco haciendo piruetas con la farola fué el primero que salió, sus compañeros le siguieron cantando:

—"Tú me lo dijiste!.... ¡Manuela quiere confites!......

"¡Tú me lo dijiste!.... ¡Cuidado que el toro embiste!....

—Hasta cuándu, señores? Miren ca tengu la barriga mes vacía ca el bolsillu da un arrancadu.

—Si no hubiera sío pol Cayuco, ya estaríamos atracándonos.

—Al avío ca se va Liboriu.

—Asiéntese al lao de la Chata, don Arrugue.

—A mi lado no.

—Pos que ca uno se asiente aonde le de la gana.

—Abuelita, yo quiero sentarme á la mesa.

—Y yo tambien!

—No señol, los chiquillos se asientan separaos de las personas mayores.

—Déjelus, doña Chite, hoy no se repara nade.

—Pos pónganse aserquita de mì pa tenel cuidiao de que no se jalten.

—A cenar!!

Como los cubiertos andaban escasos, con los cinco mandamientos los sustituimos.

—Qué tal están los frijoles?

—Da la pipa! Lástima ca el caldu sea prietu...... ¿Y el pescadu?

—De can.... can.... candela.

A Majúa por comer aprisa se le atravesó una espina del pescado en la garganta.

—Qué me ahogo! ¡Ay! ¡Ay!

—Trágate un peazo de pan sin mascarlo pa que baje.

—No baja.

—Abre la boca pa sacáltela con los deos...... Ya está! güelve á comer apurao y que se te clave otra espina, que vas á dil á buscar á la perra que te emburujó pa que te la saque.

—Parece ca estamus en el cementeriu. ¿No hay quien diga nade?.... A ver, Majarete, lárgate un lapu y suelta una decimite.

—Sí, que improvise, que improvise!

—No me gusta desairar á nadie, allá voy.... Bomba!

—Bomba!!

A toda la reunion....
Con *eficasia* saludo
Poque no soy ningun mudo
Y me gusta la *improvisacion*....
Frijoles, pargo y lechon
Estamos nosotros *senando*....
A mi mujer yo la mando,
Lo sostengo con mucho afan....
Y.... en el *sirco* me verán
Pero que me cojan.... ¡Cuando!!

—Bravo! ¡Bravo!

—Ahora le toca á V.

—A mí? Aquestu si saldrá malu; pero ahí está Serapiu, lu llamaré para ca me saque dal atolladeru, cun esu matará la vieja ca lo tiene desesperadu.... ¡Serapiu! Ven acá.

— Qué ocurre?

—Te he llamadu para ca saques de tu chola una improvisació; coje la butella y dale un besitu, despues ca verses cumerás lechon y pescadu asadu.

—Doy á V. con toda la infusion de mi alma repetidas gracias; en este momento no tengo mi ánimo dispuesto para nutrir mi estómago con cenas.

—Qué te ha pasadu, chicu?

—Que cuando uno se asocia con personas que no tienen la debida intelectualidad como nosotros mismos, hay que sufrir pacíficamente los golpes furibundos de esta mísera humanidad. Fuí á una morada de visita, y *poiqué* celebré á una señorita diciéndole las frases más espirituales adecuadas á su sexo, tuvo el arrojo un descendiente de la Etiopía de poner su mano delantera en la mandíbula superior del rostro de mi cara.

—No hagas casu, la braveza sa te quita comiendu lechunatu y tomandu vinu tintu.... ¿Ma desairas?

—Voy á complacerlo:

Para hacer una poesía
No tengo cacúmen rígido,
Y ya que me brindais cena,
Grito con semblante vívido
Qué viva la noche buena!

—Qué viva!

—Ahora V.

—Peru, señores......

—No hay pero que valga ¡á *velsar!*

—Si no hay mes remediu, ¡Bombe!

—Bomba!

Cuntentus hemus cenadu....
Llenándonus la barrigue....

(Ca cumpromisu tan peliagudo tener ca versar!)

Llenándonos la barrigue....
Serapiu, si la cosa sigue
Tengu ca cumer paradu....
Da frijoles negrus me he atracadu
Purque Chonguite los cucinó....
Que viva la reunion!
Ta digu con toda glorie....
Pues he guardadu para memorie
Al rabitu dal lechon.

—Bravo! ¡Bravo!

—A vel si andan pronto pa dil á la misa.

—Déjese da misas, doña Chite! Acabandu da cenar vamus á cantar y á bailar. ¿No he dichu bien?

—Clarinete!...... ¡Fuera la mesa!

—A ver, señores, canten una guarachite.

—La mulata Rosa!

—Los rumberos!

—Cualquiera es buena.

Apénas principiaron á cantarla, un negro perseguido á la voz de "¡ataja!" por un sereno, entró en la ciudadela. Las mujeres dando desaforados gritos se encerraron en los cuartos, Pajarito sacó una navaja para defenderse y Anruget quiso con una silla detener al atajado que, sin hacer caso de nosotros, saltó la cerca del fondo y desapareció.

—Porqué no han atagadu Vds. al rateru?

—Purque traía un cuchillo en la mano y nos cojió desprevenidus, sin embargu, lleva un silletazu en las costillas. Quiere V. tomar la noche, vecinu?

—Gracias.

—Doña Chite! ¡Chate! ¡Chongue! Salgan para fuere.

—El endino ese pue estal escondio en algun rincon; no salgo asina me parta un rayo.

—Aquí está el serenu, no tengan miedo.

—Ah! ¿Ahí está el vecino?

—Si, señora, abra para darle á tumar la noche.

—Con eso yo tomaré un poquito é giniebra pa pasal el susto que he resebio.

—Gracias, vecinos. Que se diviertan.

—Muchachones, ca siga la músique!

—Yo tambien voy á cantál una toná.

—Pues yo no he de ser ménus, cantaré la guarache dal longoron.

—Que la cante! ¡Que la cante!

—Doña Chite primeru.

—Atoquen el punto é rumba en la quitarra pa acompañalme:

Las muchachas de la Habana
Son prietas como morcilla,
Y se quieren poner blancas
A fuerza de cascarilla.
Dale Anacleta!
A la vieja con la chancleta.
Dale! ¡Dale! ¡Dale! ¡Dale!
Pa que no se vaya al baile.

—Bravo!

—Magníficu, doña Chite.

—En mi tiempo si cantaba muchas tonás; pero dende que escomenzó mi viueá estoy asina como entristecía.

—Ha llegadu mi turnu:

Una negra lucumí
Ma pidió para zapatus,
Y despues ca se los dí
Candela que ajuman gatus!
Sal longoron!
Aprisita del callejon.
Sal, sal, sal longoron!
Ca te puede dar fluxion.

—Bravo! ¡Bravo!

—Abran campo que Majúa y Tona van á bailal el papalote.

Los dos niños se contoneaban moviendo el centro de sus cuerpos con una gracia tal, que fueron aplaudidos estrepitosamente.

—Bien por Majúa y Tona!

—Peazos de berracos, den las gracias.

—Muchas gracias.

—Sabe V., doña Chite, que sus nietus para la edad ca tienen nu lo hacen mal?

—Su padre los enseñó. Ellos no sabrán leer ni escrebil; pero lo que es á bailal no hay quien les eche la pata alantre.

—A bailar! ¡A bailar!

—Esu, esu, una dancite, lus malayos ó la guabine, doña Chite será mi compañera.

Chonga con su marido, la Chata con Majarete y doña Chita con Anruget bailaron hasta por la madrugada que, cansados del festin, nos retiramos á descansar.

El dia de año nuevo tuvimos otra *bachita* por ser el cumpleaños de Pajarito, y el de la adoracion de los Santos Reyes. Cayuco y los de su juego desde las cinco de la mañana despertaron á los vecinos con el ruido de los tambores. Doña Chita

echándoles maldiciones porque no la dejaban dormir, fué donde el encargado.

—Dígame, don Arrugue. ¿Qué senefica esa canturía y esos golpes que está dando Cayuco en su cuarto?

—Que hoy es dia de Reyes y van á divertirse.

—Bien se podían dil á los apuraos infiernos á metel bulla; voy á decirles que se alarguen pronto.

—No la dejarán entrar.

—Porqué?

—Porque es el cuartu dal *fambá*, y segun ma diju Cayuque, no pueden entrar en él mes ca los diablitus. Ya salen.

—Parte é Dios!...... Un *ñánguiro!*

El diablito obedece ciegamente las órdenes del *moruá*, este parándose delante de Anruget tocó el tamborcito y le dijo: "*Apocacá*"*!*—El diablito corrió hácia él. Doña Chita santiguándose y haciéndole la cruz se colocó detrás de Anruget que tuvo que darles el aguinaldo.

—Porqué dejó vestir aquí á esos ñánguiros, don Arrugue?

—Son tranquilus. Deles un medio comu yo.

—Que se esguasen los lomos picando piedras en las canteras, como yo me los esguaso pegá á una batea.

—Ya se retiran.

Al ir á salir llegó el celador con tres parejas del órden y los detuvo.

—No saben Vds. que ese traje está prohibido?

—No lo sabíamos, niñito.

—Pues ya lo saben, fuera el traje...... ¡Hola! ¿Eres tú, Cayuco? Me alegro infinito, hace dias te buscaba, échate á un lado...... A ver ¿qué llevas en esa canasta?

—Un gallo y cañas de la tierra, niñito.

—Y este cuchillo que llevas en la cintura para que es?

—*Pa* defenderme de los ladrones.

—En la cárcel no te robarán. Vds. cada cual para su casa y si quieren divertirse saquen un permiso......

—Ya vosté lo vé, don Arrugue? ¿Yo no le decía que eran unos pícaros esorejaos?

—Y gracias ca el celador no ma cubró la multe.

—Voy pa mi cuarto. Don Pantalion, mi aguinaldo.

—V. es de color?

—No; pero soy su lavandera y soy la que me rompo los güesos pa quitarle á sus camisas las manchas amarillas é la sobaquera.

—Tambien le remunero su trabajo.

— Vamos, no sea ruin.

—Tome medio peso.

—Y pa Tona y Majúa?

—Vayan dos reales para cada uno.

—Gracias.... Serapio ¿tú no vas con los *ñáñguiros?*

—Me extraña mucho oir esa frase en sus idóneos labios dirigida á mi persona, cuando V. está convencida hasta la evidencia de que yo critico ese retroceso antiguo, que hace decaer en el lodo á los individuos de mi clase que son partidarios de esa ilícita diversion.

—Eh?......

—Que yo aunque soy de color no pertenezco á ninguna asociacion de seres impuros que anden con hechicerías y sonambulismos Yo soy Serapio Cantalarrana, artista en el arte de Paganini y no Serapio Cantalarrana, ñáñigo.

—Qué jablauría es csa? ¿Te has incomodao?

—No señora; yo tengo mas paciencia que un hombre nervioso cuando se sulfura.

—Creí que te habías enfurruñao.

—Tengo la suficiente educacion para no extralimitarme en controversias discutibles con mujeres pertenecientes al sexo débil.

—Hasta luego......

Poco despues llegó la Chata.

—Vamos á ver, don *Pantalion,* hoy tiene V. que mostrarse *gerundio.*

—Con mucho gusto, sabrosona, tú sabes que soy tuyo.

—Me dijiste...... ¿Doña Chita le pidió algo?

—Lo mismo que tú.

—Como si ella fuera de color!...... Le tengo interés por lo vividora que es. ¿V. no sabe lo que *hiso* la noche buena?

—No.

—Si V. está en el pueblo y no ve las casas!......

—Hijita, como no me interesan las operaciones de los vecinos......

—Pues se guardó lo que sobró de la *sena* y comió tres dias.

—Si se había de perder mas vale así.

—Y por lo que veo ya *parese* que se arregló con el amolador de tijeras.

—Cuidado no vaya á oirte.

—Que me oiga. Las viejas como ella deben ocuparse de *resar* y no estrepitarse con los hombres.

—Toma, toma tu aguinaldo.

—*Grasias*...... Serapio, hoy es dia de Reyes.

—Y á mi que me interesa?

—No me das nada?

—Y tienes valor de pedirme el aguinaldo?..... Un veneno mortífero te daría por haber despreciado mis elucubraciones amorosas.

—Escuche, don *Pantalion,* su amigo Serapio no tendrá dinero; pero elocuensia le sobra.

—Vecinitus, aquí estoy eu, soy el serenu.

—Y que busca el sereno de dia?

—El ajinaldo.

—No hay duda que lo merece por lo bien que cumple su obligacion; rara es la noche que no le veo durmiendo en el portal de la bodega.

—Comu tenju que trabagar de dia para janar la comida, me cae la morriña.

—Ah!...... Tome, tome.

—Y tu, rapaza, non me das nada?

—Conque yo estoy pa que me den!...... El que quiera *asul seleste* que le cueste.

—Y tú, morenito?

—Suprima el diminutivo, me llamo Serapio y siento comunicarle que no mantengo á nadie *poiqué* ni áun á mi persona puedo continuamente mantener. Estoy solitario como los kaleidoscopios de la superficie.

—Veremus los demas vecinus; hasta la noite.

Al cartero, á Yoncú y á otros muchos que vinieron á mi cuarto tuve que darles el aguinaldo. Por evitar el compromiso de tener que regalar mi dinero á personas que ni de vista conocía, determiné marcharme para la calle.

Perdóname, Lector querido, si has pasado un mal rato con este artículo; pero puedes estar convencido de que las escenas que te he referido son las mismas que pasan en una ciudadela.

DOÑA CHUMBA Y SUS HIJITAS.

Murmurar, ó como vulgarmente se dice, *mochar* al prójimo, es y será miéntras exista, mi placer. Lo confieso, Lector, soy murmurador; pero un murmurador que cuando tengo una persona á quien dedicar mis inofensivas observaciones, no hago más que sacar á relucir sus ridículas costumbres copiándolas del natural; y para probarlo referiré la vida y milagros de doña Chumba y sus hijitas.

Algunos murmuradores como yo, dirán que es un abuso de confianza dar á conocer al público las faltas de personas á quienes, al parecer, profesamos amistad; poco me importa; si alguno quiere sacar á relucir las mias desde luego puede hacerlo, en lugar de agraviarme daré las gracias al que sea y trabajaré por enmendarme para que en lo sucesivo nadie pueda cebar en mí su murmuracion. Sentado este principio, vamos al asunto.

En una de las calles más cercanas á la plazoleta de Jesus María, casa númeró.... no recuerdo, vive desde que murió su esposo, doña Chumba. Como no posee bienes de fortuna y sus hijitas además de ser descaradas hasta lo sumo (como ella,) son poco adictas al trabajo propio del sexo á que pertenecen, tiene que aguzar el ingenio para buscar recursos con que atender á las necesidades de su casa. Chepita, ó sea la primogénita, cuenta diez y nueve primaveras y lleva relaciones amorosas con un

jóven tabaquero llamado Francisco, (á) Peluza. Loló es dos años menor, le gusta mucho el baile y sólo piensa en sus adornos y miriñaques. Monona, á pesar de ser la de ménos edad, pues aun no he llegado á los diez años, es la que más ayuda á doña Chumba en sus domésticos quehaceres y la que pide á los vecinos las chucherias que necesitan su madre y sus hermanas. Estas, por no acabarse la vida cosiendo esquifaciones que, dicho sea de paso, no pagan los contratistas por el trabajo ni la décima parte de su valor, han establecido una escuelita y por un peso en billetes al mes, enseñan las primeras letras á varios niños de ámbos sexos y colores.

Yo trabé conocimiento con ellas porque como vivía en la misma calle y todos los dias pasaba por la casa, doña Chumba me llamó para preguntarme por mi familia. Entablamos el diálogo siguiente.

—Ven acá, *simarron!*.... ¿Qué hay de tu vida?....

—De mi vida?.... Nada.

—En qué te ocupas? Qué *hases?*

—Lo mismo.

—Andar de vago cuando ménos! Y qué piensas *haser?*...

—Ni se sabe.

—Tú dirás que trabajen los bueyes que tienen el cuero duro, ¿no es verdad? Vaya con Dios!.... Entra, entra; con eso *conoserás* á mis hijas que desean ser tus amigas.

—Voy de prisa, señora; otro dia la complaceré.

— De ninguna manera, hoy ha de ser. *Hase* tiempo estaba por llamarte, pero no me atrevía porque dudaba fueras Pantaleon Fierabrás, el hijo de mi mejor amiga y compañera de colegio.

—El mismo soy.

—Entra, no te hagas de rogar.

Entré por complacerla.

—Siéntate; las niñas saldrán ahorita, fueron al cuarto á *calsarse* los *sapatos* para que no las vieras en chancletas.

—Pero, señora, ¿tendrá V. la bondad de decirme á quién tengo el honor de hablar?....

—Mira, come palitos de pasas para que no seas tan desmemoriado...... ¿Será posible que no te acuerdes de mi?

—No me acuerdo.

—Pues yo soy Chumba, hijito, una de las mejores amigas de tu madre.

—Lo celebro.

—Qué tal está?

—Buena, gracias. Y hace mucho tiempo que V. me conoce?

—Como que fuí quien te bañó y fajó cuando *nasiste*, mira si *hase* tiempo que te *conosco*. Me *parese* que fué ayer, tan lindo como eras, tan rubito, con unos ojitos de *sielo*, y tan masudito.. Bendito sea Dios, cómo cambian las personas!.... Ahora estás feísimo, no eres ni la sombra de ántes.

—Lo creo.

—Chepita! Loló! Monona!

—No las moleste.

—Si para ellas no es molestia; al contrario, tienen muchos deseos de ser tus amigas.

—Me honran demasiado.

—Trátalas sin cumplimientos, ellas no son orgullosas y contigo mucho ménos...... Ahí las tienes.

—Señoritas......

—Qué señoritas ni qué *calabasas!* Llámalas por su nombre. Esta es Chepita la mayor......

—V. es boba, mamá? El sabe como me llamo; pero *semos* pobres y se *hase* el desentendido para no visitarnos.

—Chepita V.......

—Trátame de tú, afuera los cumplimientos.

—Mi hija tiene *rason*, trátala de tú como cuando eras chiquito. Esta se llama Loló y esta Monona. ¿Tú lo *conoses*, Mononita?

—Yo si, mamá, siempre lo veo hablando con la muchacha de las gafitas en la ventana.

—Hola!

—Es una amiga.

—Amiga?.... ¡Me dijiste!.... Mira, Pantaleon, que esa muchacha ha tenido mas de veinte novios. Es muy coqueta.

—Y fea......

—Y orgullosa.

—Te casarás con ella?

—Es amiga y nada más; pero hay personas que al ver á un jóven hablar con una mujer, si es soltera dicen que llevan relaciones, que pronto se casan, que tienen los muebles comprados, que ya se tomaron los dichos, &., &.; si es casada que no hablan con buen fin, que el marido es un mentecato y ella una abusadora; en fin, si es viuda, son capaces hasta de decir que envenenaron al marido para no tener obstáculo á sus amores.

—Por eso yo no consiento que mis hijas vayan á *bailesitos* ni reuniones.

—Hace V. bien.

—Pues *hase* mal, á mí me gusta el baile y aunque mamá no me lleve á ellos voy á morir bailando.

—Cada loco con su tema.

—Y yo con el mio. ¿Puede haber en el mundo una cosa mas sabrosona que bailar un *danson* con *paso de muleta?*

—Ya estás en tu punto.

—Tú sabes bailar Pantaleon?

—Me pesan mucho los piés.

—Qué lástima!...... Por las noches podíamos llamar un organero y darle á la *bellona* de rechupete...... ¿Quieres aprender?

—Gracias, Loló.

—No le hagas caso, Pantaleon...... Tú pasas todos los dias por aquí ¿adonde vives?

—En esta misma calle.

—Con tu familia?

—Si, señora.

—Y como yo no te he visto nunca á tu madre ni á tu hermana?

—Porque á los dos dias de mudarnos á esta calle fueron para el campo.

—Vendrán pronto?

—Lo ignoro.

—Avísame cuando vuelvan y ya que vives tan *serquita* ven amenudo por acá.

—Así lo haré, basta que V. sea la que me bañó y fajó cuando nací para que nos profesemos amistad.

—Si lo pones en duda, pregúntaselo á tu madre.

—Creo su palabra.

—Si, señor, me acuerdo que cuando veía á Chepita jugando contigo *desia* que había de casarte con ella de cualquier manera; pero, *chico*, llegaste tarde, ya tiene novio, no me gusta mucho porque la boca le *jiede* algunas *beses* à *ginebra*; pero ella lo quiere y para que le *suseda* lo mismo que á Carolina no me opongo, ya se acordará de mí cuando no tenga más remedio que aguantar el cuje.

—Qué Carolina es esa?

—La hija de Rosario, aquella muchacha que iba á los bailes por *mochar* á los bailadores y levantar falsos testimonios de todo el mundo.

—La conozco.... ¿Y como se llama tu novio, Chepita?

—*Pelusa.*

—Y el tuyo, Loló?

—Ay, *chico!* Le dí el *ingüento de te boté* al que tenía porque me pidió un recorte de uñas en pruebas de amor, y como yo me las como creí lo *hiso* para burlarse de mí...... Además era un limon bailando.

—Y un buen caballero de industria; no hay quien me quite de la *cabesa* que él fué quien me robó el par de aretes del escaparate...... Pero no me has dicha nada de las muchachas. ¿Qué te *pareseu*, Pantaleon?

—Muy bonitas, doña Chumba.

Mentía. Chepita y Loló eran horrorosas. La primera mucho más delgada que la segunda, parecía una estaca por lo derecha. Ambas tuvieron especial cuidado en lavarse los brazos y la cara y embarrarse despues los dos cosas de cascarilla, y di-

go que se lavaron los brazos y la cara solamente, porque como tomarón asiento junto á mí, cada vez que hacían un movimiento veía claramente por las líneas divisorias que formaba el churre, que no estaba tan limpio lo invisible como la parte descubierta.

—Muy francas, sobre todo. No son como esas muchachas que sin tener ni que comer tienen un orgullo mal fundado y *hasen* creer á los incautos que sus amigos son médicos, abogados, *comersiantes*, ¡y vaya V. á ver quienes son ellas!...... Casualmente tenemos dos en frente.... Qué *elegansia!*.... Qué orgullo!..... Qué finura!..... Y las pobres no comen más que aves...... de las arrastradas por el muelle para los *almacenes*.

—Son jóvenes?

—Las dos; cada una tiene su *noviesito*, por *sierto* que nos divertimos bastante con las carreras que pegan cuando estan arrimados á la ventana y divisan á los viejos.

—Los novios?

—Si, taquitos del día, pollitos que aún no han salido del cascaron, figurines de esos que sin llevar un medio en el bolsillo dan palabra de matrimonio. Se paran en la esquina á encandilarlas con el *sigarrito*, ellas si no hay *moros en la costa* les *hasen* señas con el pañuelo para que se *aserquen*, y ¡cuántas cosas ¡he visto!.... Pero vale más callar, soy enemiga de la *murmurasion*.

—Ya lo veo. Con el permiso de Vds. me retiro.

—Qué apurado estás!

—Tengo que hacer. Chepita, me alegraré que tu boda se lleve á cabo lo más pronto posible.

—No sé *paqué*.

—Para que te cases. Adios todos.

—Chico ¡ojo con *moeharnos* con tus amigos!

—Acaso yo?......

—Te lo digo porque Vds. los figurines son tan *planetas* que cuando tratan á una familia pobre y alguno de los otros los ve y le pregunta quienes son, contestan con *despresio*," son unos *pelúdos*!"

—Yo trato á las personas segun su comportamiento.

—Hijito, te lo digo porque aquí presentó *Pelusa* á un jóven que en una reunion nos arrancó la tira del pellejo.

—Qué colorado te has puesto.... ¿Fuiste al monte?

—Ca!.... Adios Monona.

—Adios. ¿Me das un *rial?*

—Para qué los quieres?

—Para comprar una muñeca.

—Dáselo, Pantaleon; tú eres de *confiansa*, por eso te lo pide.

—Toma una peseta..... Doña Chumba, si en algo puedo servirla, ya sabe, me tiene á su disposicion á seis puertas de aquí.

—No *despresio* favores. Adios.

Aún no había llegado á la casa contigua, cuando doña Chumba me gritó:—Pantaleon! ¡Pantaleon!

—Qué ocurre?....

—A qué hora regresas de tu paseo!

—Por la noche.

—Pues ya que se te *hase* camino, vas á traerme unas cositas.

—Con mucho gusto.

—Me compras con este real en la tabaquería de la *calsada*, palitos.

—¿Palitos?......

—De tabaco. Es lo que masco cuando *la patria está oprimida.*

—Mamá, de paso puede traer los caramelos de la botica.

—Es verdad, y si encuentras algun yerbero cómprale medio de apasote.

—Y eso para qué sirve?

—Para *haserle* un cocimiento á Monona y dárselo con leche, en ayunas.

—Qué enfermedad tiene?......

—Una que tuviste tú cuando chiquito, y que no te pudieron curar las pastillas de...... ¿cómo se llama, señor?.... tienen un nombre extraño...... ah!.... de Lamar y Quiens.

—De Lanman y Kemp.

—Eso es.

—Comprendo la enfermedad. Será V. servida.

—Te olvidarás?....

—Descuide V., señora.

Tal como la he referido fué la primera entrevista que tuve con doña Chumba y sus hijitas.

La comision que me dieron la desempeñé á medias: llevé solamente los caramelos.

—Y los palitos, Pantaleon?

—Han hecho picadura con ellos en la fábrica, doña Chumba.

—Debías haberme comprado un *maso* de tabacos.

—Ya lo sé para otro dia.... Qué te pasa, Chepita? Porqué lloras?

—Ay, chico,—me contestó Loló,—el novio no viene á verla *hase* una semana; *pa* mi gusto cojió alguna *juma* y lo llevaron á *mama abuela*.

—Déjate de guasas, Loló. Quién sabe si el *pobresito* habrá enfermado.... De buena gana iría á su casa á verlo, pero las lenguas......

—Quién iba á llevarte, yo?.... Ni lo pienses!....

—Tiene algo de particular?.... El ha de ser mi marido.

—*Dises* tú. Con qué cuenta para mantenerte?....

—Con su trabajo.

—Si trabajara todos los dias ménos mal; pero es un hombre, Pantaleon, que de los seis dias de la semana, pierde cuatro por estar en bachitas con las mulatas.

—En la bodega lo ví la otra noche, dijo Monona, dándole un pañuelo á la negrita de la berruga.

—Te voy a dar un *cocotaso* por chota.

—Dámelo si eres guapa; no te pido más nunca la *contra* de *sigarros* en la bodega.

—V. ha visto, mamá, qué conversadora es la chiquilla esta;

—Ha dicho la verdad.

—Por eso está ella así; V. en lugar de pegarle cuando busca bulla conmigo, la defiende...... Mal rayo me parta!.. Qué *desgrasiada* soy!

—Mira que está tronando y puede caer alguno.

—Ojalá!

—Paciencia, Chepita, paciencia; es necesario saber sobrellevar con resignacion las vicisitudes de nuestra vida.

—Qué fino está el *cañamaso!* Si te oyera la de las gafitas, se inflaba como los pavos *riales*.

—Ella sabe hasta el inglés.

—El profesor aquel que llevó *relasiones* con ella y la botó, se lo enseñaría.... Estás habilitado, chico, tú eres el novio número cuarenta.

—Me retiro.......

—Cojiste *manigua?*

—Por fin, cuándo viene tu familia del campo?

—Pasado mañana, doña Chumba.

—Ya tengo ganas de verla.

—Viene mi hermana y su marido solamente.

—Y tú madre?

—Piensa pasar un mes más de temporada.

—Vale quien puede...... Oye, dile á tu cuñado que no le brinde la casa á ninguno de los *vesinos*, porque son muy fijones, y además si ven una cosa mal puesta cargan con ella.

—De veras?......

—Cuando yo te lo digo!.. A mí me han llevado de la *cosina* las *rasiones* de tasajo que me vende el negro del ferrocarril; pero Vds. no tienen que temer, yo iré amenudo por allá con las muchachas y los tendré al corriente de lo que pasa.

—Agradecerémos su atencion. Adios.

Doña Chumba cumplió lo prometido: raro era el dia que no iba á mi casa á las horas de almorzar ó de comer á referirnos la vida y milagros de los vecinos, y como siempre encontraba la mesa puesta, nos acompañaba con sus hijas á tomar un bocadito.

—Es tu hermana la *cosinera*, Pantaleon?

—Servidora.

—Ya sabes que tienes una *sason* de primera..... No sé si será por la *variasion*, pero cada *ves* que *almuerso* ó como acá lo hago con mucho apetito. En casa con un pan tengo *sufisiente* y aquí me como con la salsita tres ó cuatro.

—Si V. compra medio y cuartillo nada más para las cuatro, y aquí hay como tres *riales?*.......

—Chiquilla! Toma por conversadora!

—Los muchachos hablan por hablar.

—Pueden Vds. creer que tenemos el pan tan aburrido que ni en la sopa lo podemos comer?

Ello sería verdad; pero lo que puedo asegurar es que doña Chumba y sus hijas en nuestra mesa no comían, devoraban, á tal extremo, que una mañana tuvimos que mandar á la fonda para no quedar sin almorzar. Desde ese dia, media hora ántes de almorzar ó de comer, cerrábamos la puerta, y si alguno llamaba, mirábamos primero por el agujero de la cerradura quién era para contestarle. Bien poco nos valió la estratagema; no venían á casa, pera nos pedían con astucia lo que necesitaban, y mi hermana compadecida, nada les negaba. Antes de salir el sol comenzaban los peticiones. Monona era la mandadera.

—Camilita, *dise* mamá que le mande una *brasita* de candela.

—En qué la vás á llevar?

—En la tapa de una *casuela* que V. me prestará.

—Me la devuelves pronto, que la necesito.

—Me dijo tambien que le *hisiera* el favor de mandarle unos *carbonsitos* de los más fuertes.

Como á los diez minutos volvió con la tapa de la cazuela.

—Dónde vás con ese jarro?

—Lo traigo *pa* que me dé un poco de leche de la que compra *pa* su hijo: á Chepita se le antojó, y como el lechero no ha venido.......

—Pues aquí vino ya.

—Nosotros no lo vimos.

—Es muy poca la que te daré; dile que me dispense.

—Ah! por poquito me olvido.... *Dise* mamá que si tiene *menudo* le *empriestc* un *rial* hasta que ella cambie, *pa* comprar café.

—Hijita, el dinero que me deja mi marido es el necesario para mis gastos; en la bodega te lo darán.

—El bodeguero no fia.

—Parece que la desgracia los persigue á Vds.; toma el real y vete.... Sabes, Pantaleon, que doña Chumba es un poco vividora?..

—Más de la cuenta.

—Le doy lo que me pide por lástima; quién sabe las miserias que pasará.

—Pues si nosotros vamos á socorrer á todos los que están en la miseria, necesitamos un capital.... En la puerta tocaron.

—Es doña Chumba.

—Buenos dias.

—Buenos dias, señora.

—Y los niños?

—Durmiendo.

—Angelitos!.... Si yo tuviese de medios las *veses* que los he dormido á Vds. sobre mis rodillas, sería rica.

—A mí, doña Chumba?......

—Sí, á tí; muchos túnicos me has hecho quitar acabados de ponérmelos.... Qué tiempos aquellos!.... Camilita, ¿tendrás unos tomaticos que darme?

—En la cocina debe haber.

—Vamos allá.... Qué cocina más limpia! Lo mismo que la mia.... Y los tomates?

—En la jaba.

—Hay veinte, llevaré la mitad.... ¿Y esta *sebollita* la necesitas?

—Sí, señora.

—Partirémos como hermanas.... Es para un aporreadito de tasajo.

—Entónces lleve pimientos.

—Pimienta?.... Para qué?

—Agí dulce quise decir.

—Ah! Eso sí.... Voy á llevar tambien una migajita de manteca.

—La que había la gasté.

—Tú no coges fiado en la bodega?

—Sí, señora; aquí tengo la libreta donde apuntan.

—Iré por ella...... De paso compraré algunas chucherías que *nesesito.*

—Y si lo sabe mi marido?.....

—Y tú te dejas gobernar de tu marido?.... Qué mentecata eres...... Las mujeres mandamos en la casa y los hombres en la calle.... Si serás tú como Isabelita, que su marido deja dicho en la bodega que no le den más de medio peso diario, así es que si se le antoja algo á la *pobresita* no puede comerlo.... Había de ser conmigo!..... Le aseguro que me fingía enferma para que tuviera que gastar en médico y botica lo que me quitaba de la barriga.

—Todas no somos iguales.

—Tienes *rason.* Algunas hay á las que los maridos les meten *guano,* y á los cinco minutos estan *hasiéndoles* murumacas. Yo sé que tú no eres de esas; pero, chica, si te dejas gobernar por...... cómo se llama tu marido?

—Santiago.

—No hay uno que sea bueno.... Quién sabe si *economisa* contigo para gastar con las queridas.... Los hombres! Ni durmiendo podemos fiarnos de ellos, al más santo debían tostarlo.

—Gracias por la parte que me toca.

—A tí el primero.... Te figuras que ignoro tus *güiritos?*

—Hable V.

—Luego vas á *desir* que soy conversadora; otro dia te lo diré, ahora voy á la bodega.

—Sabes, Pantaleon, que doña Chumba es demasiado *guagüera* y descarada?

—Y tú bien mentecata por darle la libreta de la bodega; tomará provisiones para una semana.

—Lo veremos.

Mi pronóstico se cumplió. Al devolver á mi hermana la libreta, la dijo:

—Hijita, para evitar el molestarte á cada momento, compré media libra de manteca.

—Bien, doña Chumba.

—Si acaso tu marido es *casuelero* y te pregunta para qué compraste tanta manteca, dile que se derramó, ó que los gatos tumbaron anoche la lata, cualquiera mentira.

—El pocas veces mira la libreta.

Yo me lo figuré, por eso además compré dos *riales* de *arros*, dos de frijoles y tres libras de *bacalado*.

—Por qué no compró el carbon?

—Porque no me acordé de traer el jabuco.

—Qué lástima!......

—Cállate tú, las amigas *semos* para servirnos unas á otras. Hoy tu hermana me ha servido con esta miseria, quién sabe si mañana ó pasado, que Dios no lo quiera, muere su marido y yo tengo que socorrerla.

—Y si V. me viese necesitado me daba algun socorro, doña Chumba?

—Déjate de jaranitas y vé á la noche por mi casa.

—Para qué?

—Curioso eres! Y luego dicen que las mujeres! á la noche lo sabrás.... Me voy, estan esperándome las muchachas. Adios, Camilita, y *grasias*.

—No hay por qué...... Mira la libreta, Pantaleon, cuánto hizo de gasto?

—Dos reales de arroz, dos de frijoles y siete de bacalao, son once reales.

—Qué dirá Santiago cuando lo sepa

—Hay otra cosita.

—Qué cosa?......

—Un real de tabacos.

—Son doce, ménos mal.

—Te parece poco? Pues compra una cantina y mándales la comida, y si quieres mostrarte aún más generosa dile al dueño de la casa que te pase el recibo de los alquileres.

—Y dijo al despedirse que fueras á la noche por su casa, seguramente será para pedirte dinero.

—Y yo que lo aflojara!......

Deseoso de saber para qué me solicitaba doña Chumba, fuí á verla desde el oscurecer.

—Para qué me dijo V. que viniese, doña Chumba? Estoy á su disposicion.

—Para que nos acompañes á la tienda de ropas y á la sedería.

—Lo siento, pero me duele mucho la cabeza.

—Con unas hojas de tabaco y sebo en las sienes te aliviarás. ¿Quieres que yo te las ponga?

—Qué dirán mis amigos al verme con parches!......

—Eres presumido?....

—Chico, tú no quieres salir con nosotras porque si la de las gafitas te vé...... Cómo *semos* pobres......

—Para que no crean Vds. que es por eso, dame el brazo, Chepita, y vamos.

—Yo voy *alantre*, engancha con Loló.

—Ella no te lo dá porque si *Pelusa* la pilla de *brasete* contigo, le arma la gorda. Yo te daré el mio.

—Qué *dises?* No, señor. Vds. van delante y Pantaleon á mi lado. Hay muchos conversadores, hijito, y pueden *desir* que tienes algo con las muchachas.

Despues de haber caminado varias calles, entramos en una tienda de ropas muy conocida,

—Tiene poplin color de rosa?

—Sí, señora, de todos colores.

—Y nansú labrado?

—De la mejor calidad.

—Pompadur?

—Tambien tenemos, señora.

—Déjemelos ver.

El dependiente sacó los géneros.

—A cómo es la vara?......

—El poplin á dos pesos, el nansú á cincuenta centavos, y el pompadur á treinta.

—Hábleme por *riales*.... Vds. con sus centavos traban á cualquiera.

—Aquí no engañamos á nadie.

—*Dise* Vd...... No se destiñen?

—Es pinta firme.

—Lo mismo me dijo de la muselina que le compré el otro dia, y en la primera lavada dejó la pintura en la batea.

—Mamá, la crea......

—Hay crea del número 18?

—Sí, señora.

—A cómo?

—A veinte y dos pesos la pieza.

—Ave María Purísima!... Porqué no pidió á cuarenta?

—Cuánto da V.?

—Qué cristiano! Si me ha pedido una barbaridad!

—Pero ofrezca V., señora.

—Otro dia la llevarémos...... Tiene percal americano?

—A veinte y cinco centavos vara.

—A ver.... Es caro; igual á este me lo dan en *La Filosofia* á *rial* y medio. Sin embargo, como no es para mí, llevaré unas *muestresitas*.

—Nada más, señora?

—Por ahora...... Hay *retasos?*

—De qué?

—De cualquier género.

—Se han concluido.

Loló ántes de salir pidió una cajita vacía y la Monona una figurina.

En todas las demás tiendas de ropas en que entramos, doña Chumba y sus hijitas, despues de hacer trabajar á los dependientes bajando y subiendo los géneros del armatoste, y de pedir retacitos y muestrecitas, se retiraban sin hacer gasto ninguno. En una sedería solamente emplearon quince centavos en seda negra y estambre de colores; pero llevaron de *contra* agujas y alfileres, y en un descuido que tuvo el dependiente, Loló le escamoteó una pieza de cinta de terciopelo.

Por fin, llegamos al punto de partida, me dieron las gracias por haberlas acompañado y yo me retirá para mi casa.

Cuando mi cuñado supo lo que había pasado á mi hermana con doña Chumba, determinó buscar donde mudarnos. La víspera de efectuarlo vinieron las cuatro á pasar el dia con nosotros.

—Buenos dias.

—Buenos dias. ¿Van Vds. de paseo?......

—Nada de eso, hijita; por no aburrirnos en casa vamos á pasar el dia acá, digo, si es que tú no lo tomas á mal.

—Muy al contrario.

—Pasaremos el dia divertidas; tú bien sabes que á mí no me gusta molestar.... Conque así, ya puedes poner el *cafesito* á la candela; si no hay, manda á tu hermano que lo traiga de la bodega.

—Casualmente íbamos á tomarlo.

—*Alcansará?*

—Creo que sí.

—Si faltare, tomarémos agua con azúcar, doña Chumba.

—Naturalmente, á falta de pan casabe. Ahora me *hases* recordar á don Facundo y su mujer. Puedes creer, Camilita, que por culpa de ellos tenemos que acostarnos sin tomar café?

—Porqué motivo?....

—Figúrate que una noche vinieron á mi casa de visita, y por política les dí su *tasita* de café á cada uno, pues, hija, *parese* que les gustó la guagua, todas las noches venían á tomarlo expresamente, no me valió ni echarles jalapa, ni esconderlo, en ja-

rana lo pedían, y si yo no se lo daba, registraban hasta la *cosina* y lo encontraban.

—Hay muchas personas desconsideradas.

—A millones; por eso yo y mis hijas cuando pasamos el dia en casa de una amiga, procuramos no perjudicarla.... Qué platico sabroso nos vas á *cosinar* hoy?

—Lo de siempre.

—De primera. No vayas á *haser* gasto extraordinario en la comida; tú sabes que nosatras *semos* de poco comer. Lo de todos los dias y nada más.

Doña Chumba y sus hijitas almorzaron y comieron como siempre que lo hacían en casa extraña, perfectamente.

—Qué les ha parecido la comida?

—Superior.

—Ahora venía bien un *bailestito* ó el paseo. Vamos al Parque?......

—La ropa que llevamos puesta no sirve para pasear.

—Qué! Como quiera nos arreglarémos; Camilita nos presta la suya.

—Falta que les venga bien; yo soy más gruesa y más alta.

—Se forman cuchillos por la espalda á los trajes, y se le cogen alforsas á las sayas por debajo. Abre tu escaparate, Camilita......

—Te gusta este túnico azul, Chepita?

—Qué feo es!......

—Y este de muselina de la India, Loló?

—Qué *clarinete* está! Si me pongo ese túnico me *disen* por la calle que el dia está claro y los *panes duros*.

—Cojan Vds. los que gusten.

Las muchachas cogieron los mejores trajes de mi hermana; hasta doña Chumba, para que la luna no le hiciera daño, llevó una manteleta.

El paseo duró una hora. Chepita y Loló, despues de no dar las gracias, no tuvieron ni siquiera la consideracion de levantar del suelo las ropas que se quitaron. Doña Chumba, al des-

pedirse de mi hermana le dijo:—Adios, Camilita, hemos pasado hoy en tú casa un dia muy *campante*, y para que no digas que *semos* ingratas, de cuando en cuando volverémos. Buenas noches.

—Buenas noches.

—Gracias al diablo que se retiraron! Qué vividoras son!.. Hasta los túnicos me los han dejado tirados por el suelo.

Al dia siguiente llegaron los carretones de la agencia de mudanzas, á las siete de la mañana. Despues que los muebles estuvieron fuera, salimos nosotros. Doña Chumba estaba esperándonos en la ventana.

—Cómo es eso, Camilita, se mudan Vds.?

—Sí, señora, nos mudamos.

—A dónde?

—A la calle de los Sitios.

—Qué número?

—No me acuerdo, doña Chumba.

—Y por qué no me lo dijiste ayer, habiendo pasado el dia en tu casa?

—Porque pensábamos pasarle parte por escrito.

—Ah!.. Que les vaya bien en la casa nueva me alegraré.

—Gracias, doña Chumba.

—Si ves alguna casita desocupada por allí, avísame con Pantaleon, ó si la que tú has alquilado es grande. nosotras en dos cuartos cabemos; vivirémos juntas.

—Yo le avisaré. Adios.

—Adios.

Desde aquel dia, como mi hermana tuvo la precaucion de decirla que nos mudábamos para la calle de los Sitios, habiéndolo hecho para la de Trocadero, doña Chumba no ha dado con la casa; pero hemos sabido por varios amigos, que tanto ella como sus hijitas, visitando á Fulanito y á Menganito, y pidiendo diuero prestado á Zutanejo y á Esperencejo, no tienen que trabajar y pasan una vida deliciosa.

DOÑA CRISOSTOMA
EN LA PLAZA DEL VAPOR.

Lector querido, si quieres conocer al tipo que voy á copiar en este artículo, con ir á la Plaza del Vapor por la mañana verás cumplido tu deseo. Lúnes, Mártes ó Miércoles, cualquier dia que vayas te aseguro que no te pesará; muy al contrario, habrás de darme las gracias por haberte indicado el punto donde pasarás un rato divertido.

No dudo que al primer golpe de vista por su traje y sus maneras la conocerás; pero voy á darte sus señas para mas exactitud: es alta, delgada, fea, pero muy fea, figúrate que tiene los ojos chiquitos y embutidos, la boca como un buzon, el pescuezo larguísimo y una berruga como un tomate en la nariz. No usa otro traje que un túnico de listado, manta ó chal del mismo género, un pañuelo de ballajar amarrado á la cabeza y un delantal de rusia con bolsillos. Siempre la acompaña una niña como de nueve años, que es su nieta y se llama Chicha; ella si no ha cumplido los sesenta bien poco le faltará.

Para guardar los efectos que compra, pero que nunca paga, y los que la regalan lleva un enorme pañuelo, (hecho de un forro de catre que se le rompió,) amarrado por las cuatro puntas y la nieta un cesto ó una jaba.... Ah!.... Se me olvidaba decirte que tiene seis dedos en una mano por lo cual la llaman

"doña Crisóstoma la *cinqueña*" y que cuando no tiene *cabos* de tabaco que fumar, masca palitos ó anduyo amerioano.

Si al verla te agrada su figura y quisieras bablarla, basta con que te acerques á su lado y la mires fijamente para que ella sea la que trabe conversacion; eso sí, no la llames por el apodo porque es capaz de darte una bofetada ó arrojarte á la cabeza lo que tenga en la mano. Por lo de más, es muy *guachinanga*, habla como una cotorra y al Dics de los hombres, aunque sea la primera vez que lo vea, le pide alguna cosa.

En la Plaza del Vapor todos la conocen; rara es la tarima ó casilla que no está ocupada por algun amigo suyo; á uno le pide las viandas á otro la carne, el pescado, &., &., y de esa manera hay mañanas que lleva su pañuelo y la jaba de la nieta atestado de proviciones para su casa. Poco le importa que algunos la llamen guagüera y descarada, con otros más generosos consigue lo que desea.

Los baratilleros, tenderos y peleteros tanbien son saqueados por doña Crisóstoma. Con las vendedoras de gallinas son con las que no quiere tratos de ninguna especie, les tiene interés porque una vez quisó comer un cuarto de gallina y no hubo ninguna que se lo diera sin el dinero. Más adelante sabrás como pasó; primeramente debo referirte como tuve la dicha de conocerla.

Una mañana estando en la Librería "La Principal" leyendo tranquilamente el "Diario de la Marina", llegaron la mujer y la niña cuyas señas te he dado y se dirigieron al deqendiente.

—Güenos dias, Perico.

—Buenos dias.

—Tienes almanaques de lebrito?

—Sí, señora.

—A cómo son?

—A real y medio sencillo.

—La ocena?

—Cada uno.

—Ni te ofrezco.... Chicha, vamos, que se hace talde.

—Me das una figurita?

—De qué clase.

—Esa que tiene el pajarito y aquella de la flor.

—Regálaselas, Perico.

—Si cuestan dos pesos á la casa.

— Qué agarrao eres!...... En tú vía me has dao na...... Vamos, vamos, Chicha.

—Que les vaya bien.

Esta fué, Lector querido, la primera vez que ví y oí á doña Crisóstoma. Deseoso de saber si con todos los de la Plaza hacía lo mismo, la seguí. Te referiré las divertidísimas escenas que presencié:

—Güenos dias, don José. Me guardó la papeleta del alacran?

—Ayer por la tarde la vendí, contestó el baratillero.

—Ojalá que un rayo le esguase los lomos!...... Yo no le ije que me la guardara?

—Pero como pasó el dia que V. me fijó, creí no vendría por ella.

—Vosté verá cómo sale premiá.... Premita Dios le sirva pa aceite de almendras al que se la llevó!...... Regáleme un tabaquíto, don José.

—Y á mi una cajetilla de cigarros.

—Tú fumas?

—Yo no, son pa mamá que me dijo se los consiguiera.

—Pues, hijita, dile á tu madre que los compre; la que tiene vicios debe tener conque sostenerlos.

—Tanta jablauría por una cajeta é cigarros y un tabaco que se le ha pedío...... ¡Quién sabe cuantos le robará su dependiente!......

—Qué dice V.?

—Lo que oyes. ¿Ya no te acueldas de cuando llevabas rilaciones con la mulata Eloisa? ¿De aonde sacabas los abanicos y los túnicos que le dabas?.... ¿Te has queao muo?....

—Adios, doña Crisóstoma,

—Adios, Aniceta.... ¿Ya soltaron á tu marío.

—La semana que viene sale.

—El probrecito, tengo unas ganas de toparlo.... Y tú ¿ya te curaste aquella enfermeá?

—Todavía, ahora estoy tomando un cocimiento de la pega del tiburon.

—Miéntras no tomes una ocena de gomitivos y treinta ó cuarenta purgantes del *erruã* seguirás lo mismo. Yo lo sé porque una ocasion estuve con una pata aquí y la otra en el cementerio arresultas de esa enfermeá y si me dejo lleval de los méicos lalgo el petate.... ¿A onde vas tan apurá?

—Para casa.

—Yo voy pa la tienda é ropas, tengo que melcarle á Lagrimita unas cositas.

—Pues adios.

—Adios...... No dejes de tomar los purgantes y gomitivos!.......¡Chicha! ¿Qué rayos estás agüeitando?...... Camina palantre.

Entraron en la tienda de ropas: yo me quedé en la puerta para oirlas.

—Y Lagrimita? ¿Entuavía no se ha levantao?

—He madrugano más que V.

—Estabas escondio? Mira que el ojo del amo engolda el caballo, no ejes la tienda abandoná.... Dame un retazito de listao igual al del túnico este; ya está rompío y quiero rimendarlo ántes que se esguase de un to.

—Retazos no tenemos.

—Qué ruin eres!

—Ay, abuelita!.... Mire que abanico más lindo....

—Así peirán por él. ¿Cuánto vale?

—Doce peeos.

—Doce puñalás te daba yo.... Ni tú ajunto con el abanico valen tanto dinero...... Bien me lo podías regalar el dia de mi santo.

—Regalado se murió.

—Tú no le das á naiden ni una sé de agua.

—A mí no hay quien me la de tampoco.

—Lástima fuera que un hombre con inero como tú estuviera arresgostao en otro; pero es lo que yo igo, tú eres revejío y no puedes ser bueno.

—Lagrimita, ¿cuando me dás la cajita que me ofreciste?

—Cuando esté vacía.

—No le pias na, muchacha, es mas duro que la tabla del mostraor.... Vamos á melcar los avios de la comía.

—No le dá el recado de Julianita?

—Ya no me acordaba.... Dice la costurera de la calle é los Corrales que no pué acabal el pantalon pol que tiene qüe dil á una comelata en la Chorrera, que le igas al amo cualquier mentira pa engatusarlo.

—Será la última costura que me hará.

—Ave-María, Lagrimita! Deja que se divielta la probrecita, hoy que no está en la casa su marío.... Hombre, ya que golví patrás dame un calton pa soplal la candela.

—Tome V.

—Milagro que no pegaste un resoplío. Adios.... ¡Ah! Oye, Lagrimita, cuando melques zapatos nuevos no botes los viejos á la basura, guáldamelos que pa los dias de agua me silven.... ¡Chicha! camina.

—Abuelita, cómpreme una muñeca.

—Pa muñecas estoy yo, camina ántes que te arremeta un pellizco que te jaga saltar la sangre.

—No camino si no me compra la muñeca.

—Chicha!

—La muñeca, la muñeca!

—Aspérate, simbelgüenza!

Chicha echó á correr por el portal, uno de los baratilleros la detuvo.

—Asujételo, no la deje dil!.... Ven acá, malcriá.... ¿Tú te has figurao que yo soy alguna pata é puelco y que vas á jugal colmigo?.... Toma muñeca!....

Doña Crisóstoma levantó la mano para darle, el baratillero intercedió.

—Va V. á pegarle delante de la gente?

—Y aonde me de la gana. ¿Son cuentas suyas?

—Eso es hacerle perder el pudor y la vergüenza.

—Más perdía de lo que la tiene.

—Se conoce que no es su hija.

—Pero es mi nieta y aunque yo no la he pujao, dende que llevaron á su padre al cimenterio de los mueltos la tengo á mi lao.... ¿Está V. enterao?.... Aquí no le daré; pero en cuanto llegue á mi casa la desjarreto.... ¡Camina!

Por fin entramos en el interior de la Plaza.

—Doña Crisóstoma! ¡Doña Crisóstoma! ¿Ya le cortaron el dedo que le sobra?

—A tí es al que te debían cortar la lengua por conversaor.

—Mire que tiene el túnico roto por debajo.

—Un condenao chino que me pisó en la esquina por juirle, á un caballo que venía esbocao.... ¿A cómo das los güevos?

—A tres por una peseta.

—Y los cascaos?

—A cuatro por dos reales fuertes.

—Jéchalos en el pañuelo, mañana te los pagaré.

—Fiados?

—Conque debías dalte con un canto en el pecho pol que te compro.... Y en los últimos que llevé había uno podrío, hoy me lo tienes que pagal.

—Eso no es cierto, los huevos que yo vendo están mirados á la luz.

—Estarías ajumao cuando lo miraste, yo igo mas verdad que tú.

—Bien, qué más quiere?

—Que le des uno chiquito á mi nietecita.

—Ni chico ni grande, á pegar guagua á la machina.

—Qué ordinario eres! No pareces jijo é mi tierra...... Premita Dios que se te prudan los güevos y no los pueas vender.... Ahora no te pago aunque me jagan picaillo.

—No me pague; pero hágame el favor de no volver más nunca por aquí.

—Vaya enhoramala el mú vendedor...... ¡Chicha! Esatrácate de ahí.

—Qué le pasa, doña Crisóstoma?

—No me igas na, Pijirigua, ese pícaro palmero trata á los marchantes como perros...... ¡Qué aguacates mas lindos! ¿A como son?

—A real sencillo.

—Regálame uno.

—Pueden hacerle daño.

—No tengas cuidiao, cuando el cólera grande que naiden los comía yo me dí buenos atracones, algunas veces sentía retortijones de tripas en el estógamo y á fuerza de aguardiente risedá me los quitaba.

—Porqué no se los curaba con aguarrás?

—Aguarrás tomarás tú, peazo é berraco!

— Es muy bueno para las heridas de los caballos.

—Pos júntatelo en la lengua. Mira que aunque me vés vestia de lana no soy calnero. Me has llamao yegua.

—Eso es viento, con un purgante se le quita.

—Vaya una toná indecente......

—Será pesadilla.

—Déjate de conversacion y dame el aguacate.

—Cójalo de esa pila.

—Están muy machucaos, dame uno bueno, Pijirigua, no seas pechicato.

—Uno maduro.

Chicha por cojer una naranja de china que se le cayó á un negro cargador de la canasta que llevaba á la cabeza y fué á parar debajo de una tarima, se metió por entre las piernas del vendedor que, creyendo era un perro el que le tocaba la hizo rodar por el suelo con los talones.

—Animal!

—Chiquilla! ¿Qué buscabas debajo de la tarima?

—Una naranja que se me cayó.

—V. no tiene ojos, cristiano? Por poco me esbarata la muchacha.

—Me hice un chichon en la frente.

—Vaya, chiquilla, toma unos zapotes para que te cures el chichon.

—Qué bueno!.... Deme tambien un caimito de la canastrica aquella.

—Y yo no soy hija de Dios, paisano?

—Qué quieré V.?

—Unas sirgüelas amarillas manque sean.

—Cójalas V.

Si el vendedor no la para, doña Crisóstoma llena su pañuelo de ciruelas.

—Abuelita, vamos al puesto de Peluza pa que me de unos mangos.

—Aspérate un poquito.... Desiderio, me das media cuarta é papas jasta mañana.

—Cuando me pague las que llevó el otro dia se la daré.

—Tú estás jerrao sin dua, yo te las pagué.

—Le digo á V. que yo no bebo más que agua y siempre estoy en mi juicio, si V. me hubiera pagado la hubiera borrado de la libreta.

—Vaya un hombre testaruo! Como no ices que tú me debes?.... Cá uno jarrima la brasa á su sardina.

—Pues bien, sí, me las pagó; pero no le fio más.

—Ni falta que me jace.... Asina es como se ajunta el dinero arrobándole á los probes.... Premitan las sánimas benditas que te metan en la cárcel por ladron!...... ¡Chicha! Aspavílate......

—Peluza, me dás un mango?

—Son mangas, coja una, doña Crisóstoma.

—Tengo los dientes y las muelas picás y se me enrean las jebras en los sabujeritos.

—Ya le mandaron de su tierra aquel dinero que esperaba?

—Entuavía, se traen un laborinto del demonio los abogaos.... Ahora mandan á pedil el testimonio de mi casorio pa vel si mi hija que tengo allá es lijítima é su padre.

—Mándelo V.

—No pueo, demasiado saben ellos que yo no he sío casá ni velá, pero el padre cuando murió la riconoció.

—Cómo se llamaba él?

—Epifanio García Gonzalez.

—Y su otra hija nació en las islas?

—No, en Bejucal, es hija de un malojero llamao Felipe Perez...... El probrecito lalgó el rabo tambien!...... Venía una mañana dolmio ensima del caballo, se le esbocó é ripente y lo tiró contra unas priedas escachándole la cabeza...... ¡no ijo ni pio!

—Y sus dos hijos en que se ocupan?

—Uno en jarrear ganao con un encomendero y el otro de pion en una frábica de cazuelas.

—No la socorren?

—Son unos peldíos, el mayol ca ratico lo meten en la cárcel por robarse las yuntas de güeyes y las bestias de las fincas, y lo que gana lo gasta con una condená negra que lo tiene embaucao.

—Le gusta la pimienta?

—Como á su padre.... ¿Tú no lo conociste?.... Manuel Gabote el curro aquel que comirciaba con libros viejos en la plazoleta é la puerta é tierra?

—Ya sé quien es.

—El más chico se ha enreao con una condená guajira que le ha traio á su casa toa la familia.

—Es hijo del curro tambien?

—No, de Jaime el vizcaino...... Mira Peluza, mira al Navarro que borracho viene.

—Navarro!

—Qué fué?......

—Ya estás alegre tan temprano?

—Como siempre...... ¡Hola, vieja!......

—No se tire......

—Arréglate con ella, Navarro.

—Es muy fea y muy sangaramonito......

—Y V. muy borrachon.

—Con mi dinero...... yo apesto á giniebra...... V. apesta á berrenchin......

—Vaya V. á dormir la mona...... eslenguao!.... ¡Chicha!.... ¿Aonde te metes, condená?.... Camina!.... ¡Hola, Rubio!.... Güenos dias.

—Buenos dias.

—Qué tienen dentro esas cajetas reondas?

—Polvos de dientes de S. Agustin, á medio la caja.

—No ejarán de ser falsificaos.... ¿Y estos pañuelitos?

—A real.

—Se están riyendo solos de viejos y podrios.... Entuavía dende que te conozco no te he visto vendel ninguna cosa güena.... Pa mi gusto arrecojes lo que botan en el muelle pa engañal á la gente.

—Siga, siga su camino.

—No me da la gana! La plaza es del rey y cá uno pué pararse aonde le salga de aentro.

—Yo creo que V. *patina.*

—No me igas palabras revesás, habla claro pa contestalte como es debío.

—Le digo que V. se *achicha.*

—Deja á Chicha tranquila que no se ha metio contigo.

—No sea bruta!...... Le digo que V. para mi gusto *masca vidrio.*

—Mascavridio lo serás tú, simbelgüenza, negrero, churrioso!.... Mejor fuera que te introdujeras la camisa por aentro é los pantalones y que te arrancaras las lagañas de losojos.

—Mire que no voy á respetar que sea V. mujer, váyase porque si no......

—Si no qué?.... Arrempuja si eres cheche pa restriegarte este aguacate en el jocico.

—Vaya á que la limpien. ¡Cinqueña!

El Rubio logró escabullirse entre la gente, doña Crisóstoma le arrojó furiosa el aguacate que fué á dar en la bomba de un negro que pasaba.

—Quién ha sido el ser desmoralizado que ha tenido el arrojado atrevimiento de lanzarme un aguacate?

—Dispensa, mí jijo, no ha sío con idea.

—El caso es que con ese producto cereal me habeis manchado la bomba de verde, color que no es muy primojénito por su significado.

—Mira, en ca esquina é la plaza tienes una pila aonde puedes lavar la bomba; ya te ije que ha sio sin querer.

—Está bien, señora, soy enemigo de las controversias discutibles en parages tan invisibles por el apogeo de la muchedumbre que nos escucha, y mucho ménos con mujeres que aún no han llegado á la raiz cúbica de la educacion.

—Qué ices tú, negro é los diablos?

—Que basta de discusion. Es V. muy problemática para comprender la idiosincrasia de mi lenguaje.

—Y tú eres muy cachorro y estás muy jediendo á defunto pa contrapunteal colmigo...... Sigue lengüineando y verás como llamo á un salvaguardia paque te lleve á los uberos...... ¡Chicha!

El negro fué prudente, siguió su camino no sin contestarle.

—Qué hay de bueno, doña Crisóstoma?

—Ya lo ves, Rebujina, Chicha! cuidiao con esatracarte de mi lao...... ¿Tú sabes aonde se ha metío Canchila, que jase como un mes que no lo topo?

—Tiene la mujer enferma.

—De la nuralgia?

—Con el *romatismo.*

—Eso es lo que ganan las mujeres con los hombres corrompios.

—Ya está tranquilo.

—El que nace barrigon...... El siempre ha sio mú enamorao y le gustaba mucho la giniebra...... Jéchame un buniatico en el pañuelo...... ¿Y tú que tal vas del siete cueros?

—Así, así.

—Cuando veas que te vaya á salil otro mete el deo en agua

de lejía jirviendo pa matarle el bicho...... Dame unos tomaticos...... Yo tuve uno y así me lo curé..... ¿Tienes un cabo é tabaco?

—No, señora.

—Pos dame el que estás fumando.... ¡Chicha! Vamos.

—Abuelita, abuelita, mire un rial encima de la tarima.

—Cójelo, boba.

Chicha obedeció.

—Dámelo que yo lo gualdaré.

—Medio pa mí y medio pa V., si no se lo digo á Rebujina.

—Cállate, conversaora, luego lo cambiaré...... Sebastian ¿á cómo son los plántanos?

—A medio cada uno.

—Tan patisecos?...... Llevaré tres por un rial y son cuatro los que te debo......

—24.540!...... ¡El premio gordo!

—Pa qué lo vende?

—3.571!!!...... Dos pesos quedan!

—No me grite en las orejas, cristiano...... Bien podía dil á los apuraos infiernos á metel bulla ó á pical priedas á una cantera, que buenos jarretes tiene.

—Y V. bien podía lavar ropa en las arrecojidas y no venir á la plaza á pegar guagua.

—Vaya V. á criticar á otra.... ¡Sió vago! ¡Cara é baqueta!

—Qué es eso, doña Crisóstoma? Tiene V. muy mal carácter.

—Es que á la plaza vienen muchos que debían vivil en un pesiebre.

—Hay que tener paciencia.

—Pacencia?.... De aquí palante voy á trael una china pelona en el bolsillo pa desboronársela en la cabeza al que se meta colmigo.... ¡Chicha! Oye, ahora cuando yo esté convelsando con Juan el frijolero mira á vel si le pues cojel un papel de judías.... Güenos dias, Juanillo.

—Buenos dias. ¿Ya resucitó?

—Eso tienes tú de ruin y mal agradesío....

—Se incomodó? Fué una jarana.

—Esas jaranas no las debes gastal colmigo que pueo sel tu madre.... Pol lo mismo jéchame un papel de arroz en el pañuelo y otro de frijoles de carita.

—Más vale que se lleve la tarima.

—No jarías na de más. Acuéldate cuando te dió el gómito negro, si no hubiera sío pol mi que te asestí estarías en San Antonio chiquito descansando los güesos.

—Tambien me cobró dos pesos diarios.

—Cuatro valía el tener que lidiar coltigo.

Mientras doña Crisóstoma y el frijolero conversaban, Chicha se fué acercando al cajon de las judías para cumplir el mandato de su abuela; tuvo poca suerte, al echar el papel que había cojido en su jaba, el frijolero la pilló.

—Chiquilla! Suelta ese papel donde lo cojiste.

—Abuelita me mandó....

—Ah, calumniaora! ¿Yo?

—Buena crianza le da V. á la niña, hoy roba eso, mañana será capitana de bandoleros como lo fué V.

—Tú que has estao en presidio por robar en los caminos riales lo serás.

—Doña Crisóstoma!

—Don Juanillo!

—No me busque la lengua....

—Jabla jasta que se te caiga.... Esembucha que ya estoy prepará pá contestalte.... ¡Endino!.... ¡Mal agradecío!

—Vividora! ¡Cocorioco!

—Asina fea y vividora bastante has trabajao pol que yo te quisiera, pero como nunca te correspondí ahora me desacreitas.

—Nunca estuve tan loco, yo pico más alto todavía.

—Vete á noramala! Con un peldío como tú no quiero gastal saliva.... ¡Chicha!.... Aspavílate que se hace talde.

—Doña Crisóstoma!. ¡Doña Crisóstoma!

—Me van á gastal el nombre!.... ¿Quién me llama, señor?

Al volver la cara para ver quien la llamaba tropezó con el negro de la bomba.

—Entuavía me persigues?

—V. es la que no tiene muy desarrollado el órgano visual, ya van dos veces que chocamos recíprocamente.

—Mira, negro, que en cuanto se me suba lo que tengo é isleño á la cabeza me tienen que amarral polque doy patás, moldías y fajo.

—Será V. un cuadrúpedo vestido de mujer.

—Jáblame en castellano.

—Hemos concluido, ya le dije que hay una distancia entre nuestros dos seres como de la Habana á la Trocha de Vuelta arriba.

—No le haga caso, doña Crisóstoma.

—Por culpa tuya trompicé conel.

—Ya vá de retirá?

—Entuavía tengo que melcar la carne y el pescao.

—Cuidado no resbale en la escalera.

—Yo ne sé paqué rayos han dío á ponel la carne y el pescao encaramaos. A mí me pesan mucho las patas pa subil escaleras.

—A mí lo mismo.

—Y aluego fabricaron las casillas de jierro, cualquier dia se junden con el peso é la gente y mueren aplastaos los de arriba y los de abajo...... Adios, mi jija, memorias á tu marío.

—Serán apreciadas.

—Chicha!

—Felices, doña Crisóstoma.

—Que fino te has güelto.

—Ahí le tengo guardados unos cabos de tabaco.

—Dios te lo pague.... Rafael, ¿me fias un rial de yuca?

—Para no cobrarlas se las regalo.

—Búscalas tiernecitas y dame un peazo de col y otro de calabaza.

—Quiere quimbombó?

—Dios me libre é comel esa polquería; tiene baba y risbala; un ñame si voy á lleval.

—El ñame atora.

—Al que coma apurao.... ¡Chicha! Vamos á subil parriba.... Pol poquito ponen las casillas é calne en la azotea de la plaza..... Ave-Maria, quede gente!.... Si se errienga esto no quea uno que lo cuente.

—Abuelita, abuelita, mire al hombre ese metiéndole la mano en el bolsillo.

—Yo niña?

—Ah, ladron! Aspérate que voy á llamal un salvaguardia.... Aonde está el medio peso que yo tenia aquí gualdao?

—Señora, V. se ha equivocado, y no escandalice pues los que pasan creerán es cierto lo que V. dice.

—Conque le alcuentro la mano metía en el bolsillo y es mentira?

—Sí, sí, abuelita, él lo cojió y se lo dió á otro que venía á su lado.

La niña no mentía, yo le ví meter la mano en el bolsillo del delantal.

—Mie que soy una probe......

—Déjese de palique.

—Premita Dios que le sirva pa una lavativa, arrastrao! ¡Figurin con trampa!

El caballero de industria tuvo á bien el retirarse.

—No se moleste, doña Crisóstoma.

—Ejame tranquila, Barriguilla, quien diba á pensal al ver al simbergüenza ese tan enlevitao que era un ladron!...... Si el mundo está corrompio!...... Dame una libra é calne salá y un rial de güesos que tengan tútano.

—No lleva puerco?

—Los frijoles!.... Tú quieres que yo muera comía é los bichos esos que le han caío á los cochinos?...... Ya no me acueldo como se llaman......

—Triquinos.

—Eso es, quitrinos. Y que asegun dice la gente se asientan en el estógamo y tupen las tripas.... A mí!.... pa canastra!.... No como calne é puelco asina me muera de hambre.

—Pues yo la como todos los dias.

—Escuídate y verás como te cae la bichera.... El Sábado pagaré lo que llevo, ya viste como ese caballero é industria me robó el inero que traí.... Adios, voy á melcar un cuarto de gallina.... ¡Chicha!.... Camina.... Doña Juana, guenos dias.... ¿Se vende mucho?

—Lus fiadus son los ca me revientan.... ¿Quería alguna cosite?

—Un cualto de gallina.... Sabe que le asienta el julepe que se trae, está muy remozá.... Póngame un poquito de injundia en el papel.... Dentro de tres ó cuatro dias le pagaré.

—Si yo me hubiese sospechadu ca era fiadu no la despachu...... Saque, saque al cuartu de gallina dal pañuelu...... Es V. muy cuaba para cá yo le fie.

—Y V. muy agarrá...... Sabe Dios si entuavía eberá las gallinas esas.

—Basta de conversació, no se la doy porque no me da la gane.

—Ni falta que me jace, otra me lo dará.... Currilla ¿me fias un cualto é gallina?

—Salero!...... ¡Míu V. que redios!...... No pueo complacerla......

—Y V. no me lo puede fiar tampoco, doña María?

—Yo vendu al contadu, tin ca levantarme á media nit á pelar las gallines y venir á las tres de la madrugade pare la plaza. Ya V. vé......

—Lo que veo es que vosté la Curriya y doña Juana están ligás.

—Yo no tengo mes liga ca cun mi maridu. ¡Fuere!

—Afuera debían las tres estal, que la plaza se ha hecho pa los machos.

—Cómu no tome el purtante prontu le cortu el pescuezu con las tijeras como si fuera una galline.

—Y yo la agarro po! las greñas y la jago comel carne salá.

—Siga, siga su camino.

—Si, mas vale que me vaya polque si se me ajuma el pescao jago una brutaliá.

—Qué siempre he de verle peleando, paisanita?

—Hola, Camilo!

—Qué dirá la gente?

—Que igan lo que quieran. Estas gallineras siempre me han de incomodal.

—Trate bien á mi paisanita, doña María.

—Es muy vividora, Camilu, quiere cumer gallinas sin dineru.

—No hay dúa que sus gallinas son muy güenas...... Toas están llenas de moquillo.

—Se concluyó. Enganche, paisanita, la voy á llevar de brazete hasta mi puesto para darle un poco de carabanchel.

Los carniceros y pescadores al ver á doña Crisóstoma de brazo con Camilo comenzaron á chiflar y gritar desaforadamente.

—Fiiiii.... ¡Fuera! ¡Fuera

—Suéltame el brazo, condenao....

—Vaca frita! ¡Raspadura! ¡Fiiiii!

—Ya V. ve como se callaron, son unos envidiosos...... ¿Cuánto daría V. porqué yo la quisiera, paisanita?

—Ni un cualtillo, pa lo que tú silves ya...... Y'el caramanchel?...... Ejame lalgal una buchá.

—Le gusta?

—Lo mesmo que á tí, primero eja é salil el sol que tú é tomal caramanchel...... Chicha! Juye de ahí que te puede moldel una pata esa jicotea.

—Ay!

—Camilo, de quien es ese alimal?

—Mio.

—Y paqué lo ejas esamarrao? Mira que aonde esa fiera jinque los dientes hay que pegarle una brasa é candela en la trasera paque suelte.... ¿No te sobró pescao?

—Este ranchito.

—Regálame dos ó tres.

—Y á mi uno chiquito.

—Vaya para las dos.... ¿Cuándo, cuando va V. á dar una vuelta por los sietes montones?

—Buena falta me jace pa desbaratal el nigosio é mi pleito; pero no pueo...... Dime ¿aquel no es el Ñato que vendía chicharrones en el portal de la plaza quemá?

—El mismo es.

—Voy á decirle algo.... ¿Qué hay de tú vía, Ñato?..... ¿Cómo fué que te has metío á calnicero?

—Porque me botaron aquí del portal.

—Ya libertaste á la negra Orotea?

—Eso se concluyó.

—Espues que le gastaste lo que sacó é lotería la botaste, asina jacen los endinos...... Señol y eso qué es?...... ¿Polqué rayos jarman ese barullo?

Doña Crisóstoma se refería á que los carniceros y pescadores, como movidos por un boton eléctrico, al oir un silbido y la voz de ¡ojo! que salió no sé de donde, guardaron precipitadamente las pesas que tenían en el despacho y pusieron otras en su lugar.

—Camilo, polqué han guardao las pesas y han sacao otras?

—Porque viene el Rejidor:

—Ah, pícaros! De aquí palantre al que no me dé lo que le pido lo entriego.

El Rejidor pasó revista á las balanzas de los carniceros y pescadores y encontrándolas exactas, se retiró.

—Qué te á ele tal? ¿Saben vivil ó no?

—Es necesario hacerlo así, doña Crisóstoma, porque hay mucho guagüero.

—Estoy escandalizá!...... Adios, Camilo, adios, memorias á la mulata......

—Serán dadas.

—Chicha!!......

—Abuelita ¿V. no ha reparado cómo el hombre ese nos si gue siempre?

—Y es veldá.

Doña Crisóstoma encarándose conmigo me preguntó:—Dí game, mocito ¿le debo algo?

—Creo que no.

—Y entónces polqué me sigue?

—V. se ha equivocado, yo voy á mis diligencias.

—Se lo ecía polque si V. se ha creío que yo soy de esas... se ha engañao.

—Soy incapaz...... V. dispense......

—Dispensao.... ¡Chicha! Camina palantre.

Temeroso de que volviera á verme siguiéndola me retiré.

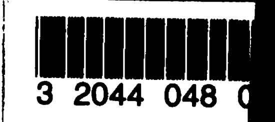
Doña Crisóstoma y Chicha salieron de la Plaza con el pañuelo y la jaba atestados de provisiones para su casa sin costarles un centavo.

Ya vés, Lector querido, el rato tan divertido que pasé; haz lo mismo que yo y te aseguro que no te pesará.

FIN.

INDICE.

6.


3 2044 048